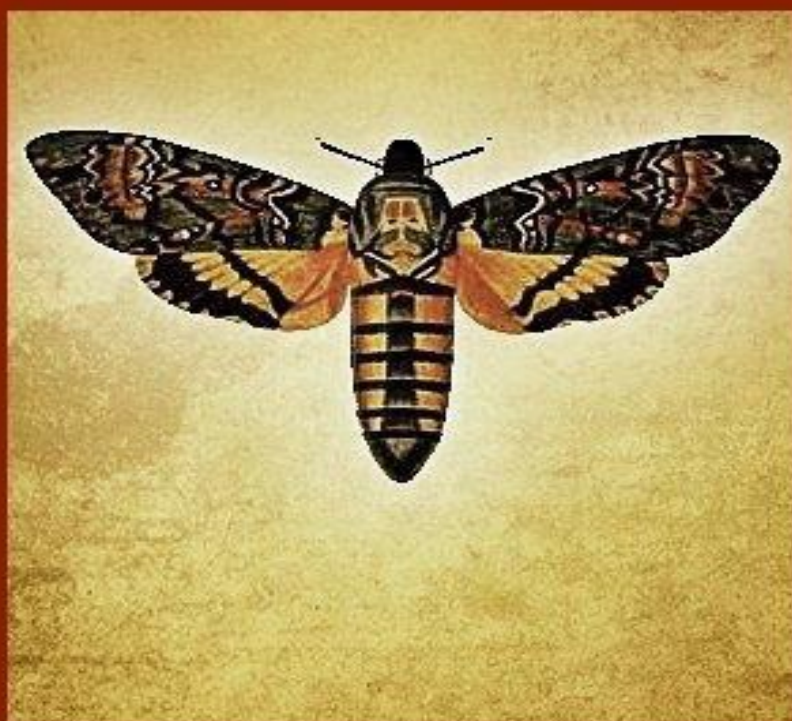


LAS ALAS DE LA ESFINGE

ANDREA
CAMILLERI



Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



Después de lo acaecido en *Ardores de agosto*, la relación entre Montalbano y Livia ha dado un giro tan pronunciado que Salvo se encuentra sumido en un mar de dudas, presa de un profundo desasosiego que el paso del tiempo no parece sino agravar. En tal estado de ánimo se encuentra el comisario cuando una llamada de Catarella lo obliga a zambullirse en la investigación de un crimen. Ha aparecido el cadáver desnudo de una joven, y la única pista sobre su identidad es un tatuaje en la espalda que representa una pequeña esfinge, una mariposa nocturna.

Con el buen pulso al que nos tiene acostumbrados, el escritor siciliano vuelve a poner el foco en la inmigración ilegal y la explotación que conlleva para mostrarnos, una vez más, la turbia idiosincrasia en la que se asienta nuestra sociedad, con la doble moral como bandera y la complicidad del poder político, el económico y el mediático como sostén de los más variados entramados, tan lucrativos como abyectos.

Andrea Camilleri sigue dibujando con trazo fino los desvelos de su famoso personaje, en pleno debate amoroso y existencial. Sus teatrales excesos y geniales estrategias para sonsacar información forman parte de su persona tanto como su sabiduría de zorro viejo, su sentido del humor o su golosa sensualidad.

Andrea Camilleri

Las alas de la esfinge

Comisario Montalbano - 11

Título original: *Le ali della sfinge*

Andrea Camilleri, 2006

Traducción: María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus



1

Pero ¿adónde habían ido a parar aquellas primeras horas de la mañana en que, nada más despertar, se sentía atravesado sin motivo por una especie de corriente de pura felicidad?

No se trataba de que el día se presentara despejado, sin viento y enteramente iluminado por el sol, no; era otra sensación que no dependía de su naturaleza de meteorólogo. Si hubiera querido explicársela a sí mismo, era algo así como sentirse en armonía con todo el universo creado, perfectamente sincronizado con un gran reloj sideral y exactamente colocado en el espacio, en el punto preciso que se le había asignado desde el momento de nacer.

¿Bobadas? ¿Fantasías? Tal vez.

Pero el hecho indiscutible era que antes experimentaba esa sensación bastante a menudo, mientras que desde hacía unos cuantos años, adiós muy buenas. Desaparecida. Borrada. Es más, ahora las primeras horas de la mañana le provocaban muchas veces y de muy buen grado una especie de rechazo, de negativa instintiva a aprobar lo que lo esperaba tras haber tenido que aceptar el nuevo día, aunque no previera ninguna molestia en el transcurso de la jornada. Y la confirmación se la daba la manera en que se comportaba nada más despertar.

Ahora, en cuanto abría los ojos, volvía a cerrarlos de inmediato y permanecía unos segundos a oscuras, mientras que antes, en cuanto abría los ojos, los mantenía abiertos casi de par en par para absorber ávidamente la luz del día.

«Y eso es con toda seguridad un efecto de la edad», pensó.

Pero a esta conclusión se rebeló de inmediato Montalbano segundo:

«Pero ¿qué historia es esa de la edad? ¿Cómo es posible que a los cincuenta y seis años te sientas viejo? ¿Quieres saber la verdad?».

«No», contestó Montalbano primero.

«Pues te la voy a decir de todas maneras. Tú quieres sentirte viejo porque te resulta cómodo. Puesto que te has cansado de lo que eres y lo que haces, te estás construyendo la coartada de la vejez. Pero si eso es lo que sientes, ¿por qué no presentas una buena carta de dimisión y te largas?».

«¿Y qué hago después?».

«Haces el viejo. Te buscas un perro para que te haga compañía, sales por la mañana a comprar el periódico, te sientas en un banco, sueltas el perro y te pones a leer, empezando por las esquelas».

«¿Por qué por las esquelas?».

«Porque si lees que alguien de tu edad ha muerto mientras que tú sigues vivito y coleando, experimentas cierta satisfacción que te ayuda a seguir viviendo un mínimo de veinticuatro horas más. Al cabo de una hora...».

«Al cabo de una hora os vais a tomar por culo tú y tu perro», dijo Montalbano primero, helado ante aquella perspectiva.

«Pues entonces levántate, vete a trabajar y no me toques los cojones», replicó Montalbano segundo.

Mientras se duchaba, sonó el teléfono. Fue a contestar tal como estaba, dejando a su espalda un reguero de agua. Total, más tarde llegaría Adelina y lo limpiaría.

—*Dottori*, ¿qué he hecho, lo he despertado?

—No, Catarè; ya estaba despierto.

—¿Seguro seguro, *dottori*? ¿No me lo dice por cumplido?

—No; quédate tranquilo. ¿Qué hay?

—*Dottori*, ¿qué puede haber para que yo lo llame a primera hora de la mañana?

—Catarè, ¿eres consciente de que cuando me llamas nunca me das una buena noticia?

En cuestión de un momento la voz de Catarella adquirió un tono quejumbroso.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¿Y eso por qué lo dice? ¿Me quiere hacer sufrir? Si por mí fuera, cada mañana lo despertaría con una buena noticia, qué sé yo, que ha ganado treinta mil millones en la lotería, que lo han nombrado jefe de policía, que...

Montalbano no había oído abrirse la puerta, y de pronto se vio ante Adelina, que lo estaba mirando con la llave todavía en la mano. ¿Cómo era posible que la mujer hubiese llegado tan temprano? Azorado, se volvió instintivamente de cara al teléfono, de tal manera que sus vergüenzas no quedaran a la vista. Al parecer, la parte posterior masculina es menos vergonzosa que la anterior. La asistenta se retiró inmediatamente a la cocina.

—Catarè, ¿a que va a resultar que ya sé por qué me llamas? Han encontrado un muerto. ¿Acierto?

—Sí y no, *dottori*.

—¿En qué me equivoco?

—Se trata de una muerta fiminina.

—Oye, pero ¿no está por ahí el *dottor* Augello?

—Ya está en el lugar, *dottori*. Pero ahora mismo el *dottori* acaba de llamar para que yo lo llame a usted porque dice que es mejor que vaya usted también, *dottori*, personalmente en persona.

—¿Dónde la han encontrado?

—En el Sarsetto, *dottori*, justo donde el puente miricano.

Quedaba muy lejos, en la carretera de Montelusa. Y a Montalbano no le apetecía nada sentarse al volante.

—Envíame un coche.

—Los coches están en el garaje, pero no pueden salir, *dottori*.

—¿Se han averiado todos al mismo tiempo?

—No, señor *dottori*; funcionan. Pero es que no hay dinero para comprar gasolina. Fazio llamó a Montelusa, pero le dijeron que tuviera paciencia, que lo envían dentro de unos días, pero poquito... Ahora mismo solo pueden circular los de la brigada móvil y el de escolta para el *onorevoli* Garruso.

—Se llama Garrufo, Catarè.

—Bueno, como se llame. Basta que usía comprenda de quién hablo, *dottori*.

Montalbano soltó un taco. Las comisarías no tenían gasolina, los tribunales no tenían papel, los hospitales no tenían termómetros, y entretanto los del Gobierno moribundo solo pensaban en la construcción del puente sobre el estrecho. Pero la gasolina para las inútiles escoltas de los ministros, los viceministros, los jefes de grupo, los senadores, los honorables diputados

del Congreso, los diputados regionales, los jefes de gabinete, los subalternos, esa nunca faltaba.

—¿Has avisado al ministerio público, a la Científica, al *dottor* Pasquano?

—Sí, señor, pero el *dottori* Guaspano se ha cabreado mucho.

—¿Por qué?

—Dice que como él no tiene el don de la bicuidad, no podrá estar allí antes de unas dos horas. *Dottori*, ¿le importa darme una explicación?

—Dime.

—¿Qué es eso de la bicuidad?

—Que uno puede encontrarse simultáneamente en dos sitios distintos y alejados el uno del otro. Dile a Augello que voy para allá.

Montalbano se dirigió al cuarto de baño y se vistió.

—Ya tiene listo el café —le advirtió Adelina.

En cuanto entró en la cocina, la asistenta lo miró y le dijo:

—Pero ¿sabe que usía es todavía un hombre muy guapo?

¿Todavía? ¿Qué significaba ese todavía? El comisario se molestó. Pero inmediatamente hizo su aparición Montalbano segundo:

«¡Pues no! ¡No puedes cabrearte! ¡Te contradices a ti mismo si hace apenas una hora te sentías un viejo decrepito!».

Mejor cambiar de tema.

—¿Cómo es que hoy has venido tan temprano?

—Porque tengo que darme prisa e ir a Montelusa a hablar con el juez Sommatino.

Era el juez de vigilancia de la cárcel donde estaba cumpliendo condena Pasquale, el hijo menor de Adelina, un delincuente habitual que el propio Montalbano había detenido varias veces y de cuyo primogénito había sido padrino de bautismo.

—Parece que el juez hablará en favor de un arresto domiciliario.

El café era bueno.

—Dame otra taza, Adeli.

Puesto que el *dottor* Pasquano iba a llegar tarde, podía tomárselo con calma.

En la época de los griegos, el Salsetto era un río, pero en la época de los romanos se convirtió en un torrente, en un riachuelo durante la época de la unificación de Italia, después, en la época del fascismo, en un arroyo de mierda, y finalmente, con la llegada de la democracia, en un vertedero de basura ilegal. Durante el desembarco de 1943, los americanos construyeron, sobre el lecho ya seco, un puente metálico que unos años después desapareció de la noche a la mañana, desmontado completamente por los ladrones de hierro. Pero el lugar había conservado su nombre. Montalbano llegó a una explanada donde había cinco vehículos de la policía, dos automóviles privados y los furgones para trasladar los cadáveres al depósito. Los coches policiales pertenecían todos a la Jefatura de Montelusa y los privados eran uno de Mimì Augello y otro de Fazio.

«¿Cómo es posible que en Montelusa tengan gasolina para parar un tanque mientras que a nosotros nos falta?», se preguntó el comisario, contrariado.

Prefirió no darse ninguna respuesta.

Augello se le acercó en cuanto lo vio bajar del coche.

—Pero, Mimì, ¿no podías rascarte los cojones tú solito?

—Salvo, a ti no hay quien te entienda.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si no te hubiese pedido que vinieras, después me habrías dejado atontado con tus «y por qué no me has dicho esto y por qué no me has dicho lo otro».

—¿Cómo es la muerta?

—Está muerta.

—Mimì, una respuesta así es peor que un disparo a traición. Como me sueltes otra, te pego un tiro en legítima defensa. Te lo vuelvo a preguntar: ¿cómo es la muerta?

—Jovencita. Poco más de veinte años. Y parece muy guapa.

—¿La habéis identificado?

—¡Pero qué dices! Está desnuda, y no hay ropa, ni siquiera un bolsito.

Habían llegado al borde de la explanada.

Una especie de sendero de cabras conducía al vertedero, situado unos diez metros más abajo. Justo al final del sendero había un grupo de personas

entre las cuales reconoció a Fazio, al jefe de la Científica y al *dottor* Pasquano, inclinado sobre algo que parecía un maniquí. En cambio, el fiscal Tommaseo se encontraba en medio del sendero, desde donde vio al comisario.

—Espere, Montalbano, ya estoy aquí.

—Pero ¿cómo? ¿Ha venido Pasquano? —preguntó el comisario.

Mimì lo miró perplejo.

—¿Por qué no tendría que haber venido? Llegó hace media hora.

Por lo visto, el cabreo con el pobre Catarella había sido una broma.

Pasquano era célebre por su mal carácter y tenía especial empeño en ser considerado un hombre imposible, por eso muchas veces se dedicaba a hacer teatro, para conservar la fama.

—¿No baja? —preguntó Tommaseo, acercándose sin resuello.

—¿Y para qué voy a bajar? Ya la ha visto usted.

—Debía de ser muy guapa. Un cuerpo maravilloso —dijo el fiscal con los ojos brillantes a causa de la excitación.

—¿Cómo la han matado?

—Un disparo en la cara con un revólver de gran calibre. Está absolutamente irreconocible.

—¿Por qué piensa que ha sido un revólver?

—Porque los de la Científica no han encontrado el casquillo.

—¿Qué ha ocurrido según usted?

—¡Pero si está clarísimo, querido amigo! Bueno pues: la pareja llega a la explanada, baja del coche, recorre el sendero y llega al arenal para ocultarse. La chica se desnuda, y después, una vez terminado el acto sexual... —Se detuvo, se lamió los labios, tragó saliva al pensar en la imagen del acto—. Entonces el hombre le pega un tiro en la cara.

—¿Por qué?

—Bueno, eso ya lo veremos.

—Oiga, pero ¿brillaba la luna?

Tommaseo lo miró desconcertado.

—Verá, no se trataba de un encuentro romántico, la luna no era necesaria, solo se trataba de...

—Ya he comprendido de qué se trataba, *dottor* Tommaseo. Pero lo que quiero decir es que en estas últimas noches no brillaba la luna, así que tendríamos que haber encontrado dos cadáveres.

Tommaseo se quedó estupefacto.

—¿Por qué dos?

—Porque, bajando en medio de una oscuridad total por ese senderito, el hombre tendría que haberse desnucado con toda seguridad.

—¡Pero qué me dice, Montalbano! ¡Debían de tener una linterna! ¡Imagínese si no estaban organizados! En fin, yo, por desgracia, debo irme. Ya hablaremos. Buenos días.

—¿Tú crees que fue eso lo que ocurrió? —le preguntó Montalbano a Mimì cuando Tommaseo se fue.

—¡Eso para mí es una de las consabidas fantasías sexuales de Tommaseo! ¿Por qué tenían que bajar al vertedero a echar un polvo? ¡Ahí abajo hay un pestazo que corta la respiración! ¡Y unas ratas capaces de comerte vivo! ¡Podían hacerlo muy bien en esta explanada, que es famosa por la cantidad de gente que viene a follar! Pero ¿no has visto cómo está el suelo? ¡Hay todo un mar de preservativos!

—¿Le has hecho esa observación a Tommaseo?

—Pues claro. ¿Y sabes qué me contestó?

—Me lo puedo imaginar.

—Me contestó que igual esos dos se fueron a follar al vertedero porque, en medio de la mierda, disfrutaban más. El gusto de la depravación, ¿comprendes? ¡Cosas que solo se le pueden ocurrir a alguien como Tommaseo!

—Muy bien. Pero si la chica no era una puta profesional, es posible que aquí en esta explanada, con tantos coches y con los camiones que pasan...

—Los camiones que se dirigen al vertedero no pasan por aquí, Salvo. Descargan al otro lado, donde hay una pendiente más cómoda que se hizo especialmente para los vehículos pesados.

En la parte superior del sendero apareció la cabeza de Fazio.

—Buenos días, *dottore*.

—¿Les falta mucho?

—No, *dottore*; una media hora más.

A Montalbano no le apetecía ver a Vanni Arquà, el jefe de la Científica. Le inspiraba una antipatía visceral, ampliamente correspondida.

—Ya vienen —dijo Mimì.

—¿Quiénes?

—Mira hacia allí —contestó Augello señalando en dirección a Montelusa.

En la carretera de tierra que llevaba al vertedero desde la provincial se estaba levantando una nube de polvo idéntica a un tornado.

—¡Virgen santísima, los periodistas! —exclamó el comisario. Seguro que alguien de Jefatura se había ido de la lengua—. Nos vemos en el despacho —dijo, encaminándose a toda prisa hacia su automóvil.

—Yo vuelvo ahí abajo —repuso Mimì.

La verdadera razón por la cual no había querido bajar al vertedero era que no deseaba ver lo que habría tenido que ver: el cadáver de una chica de poco más de veinte años. Antes le daban miedo los moribundos mientras que los muertos no le causaban la menor impresión. Ahora, de unos años a esta parte, no soportaba la contemplación de muertos asesinados todavía en la flor de la edad. En su interior surgía una rebelión absoluta en presencia de algo que consideraba contrario a la naturaleza, una especie de sacrilegio máximo, aunque el muerto fuera un delincuente y tal vez incluso un asesino. ¡Y no hablemos de los chiquillos! El comisario apagaba inmediatamente el televisor en cuanto el telediario mostraba cuerpos de niños destrozados, muertos a causa de la guerra, el hambre, la enfermedad.

—Es tu paternidad frustrada —había sido la conclusión de Livia, dicha con cierta perversidad, cuando él le comentó la cuestión.

—Jamás había oído hablar de la paternidad frustrada, siempre de la maternidad frustrada —replicó él.

—Si no se trata de paternidad frustrada —insistió Livia—, a lo mejor quiere decir que sufres un complejo de abuelo.

—Pero ¿cómo puedo sufrir un complejo de abuelo si no he sido padre?

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Sabes lo que es un embarazo psicológico?

—Cuando una mujer presenta todos los signos de estar embarazada y sin embargo no lo está.

—Justamente. Lo tuyo es una abuelitis psicológica.

Y, como es natural, la discusión había terminado de mala manera.

Desde la puerta de la comisaría oyó hablar a Catarella, muy alterado.

—No, señor jefe superior, el *dottori* no puede ponerse al teléfono porque no tiene el don de la bicuidad. Está en el Sarsetto porque... ¿Oiga? ¿Oiga? Pero ¿qué ha hecho? ¿Ha colgado? ¿Oiga? —Entonces vio a Montalbano—. ¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Era el señor jefe superior!

—¿Qué quería?

—No me lo ha dicho, *dottori*. Solo quería hablar urgentemente con usía.

—Muy bien, luego lo llamo.

Encima del escritorio había una montaña de papeles para firmar. Al verlos, Montalbano se puso furioso. Esa mañana no estaba para eso. Dio media vuelta y pasó ante el trastero que le servía de zona de recepción a Catarella.

—Vengo enseguida. Voy a tomarme un café.

Después del café, se fumó un cigarrillo y dio un corto paseo. Regresó al despacho y llamó al jefe superior.

—Soy Montalbano. A sus órdenes.

—¡No me haga reír!

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Ha dicho: «¡A sus órdenes!».

—¿Y qué tenía que decir?

—¡No se trata de decir sino de hacer! ¡Las órdenes se las doy yo, pero no me atrevo siquiera a pensar en el uso que usted hace de ellas!

—Señor jefe superior, jamás me permitiría hacer de ellas el uso que usted supone.

—Dejémoslo correr, Montalbano, será mejor. ¿Cómo acabó el asunto de Ninnio?

El comisario se quedó estupefacto. ¿Qué? ¿De qué niño le estaba hablando?

—Mire, señor jefe superior, yo de ese niño no...

—¡Por el amor de Dios, Montalbano! ¡Qué niño ni qué niño! ¡Giulio Ninnio tiene por lo menos sesenta años! Escúcheme con atención y considere mis palabras como un ultimátum: exijo una exhaustiva respuesta por escrito para mañana por la mañana.

El comisario colgó. Seguramente el expediente de aquel Giulio Ninnio, del cual no conseguía recordar absolutamente nada, estaría enterrado en la montaña de papeles que tenía delante. ¿Tendría el valor de meterle mano? Alargó despacio un brazo y agarró la carpeta que había encima de las demás con una rápida sacudida final, tal como se hace para agarrar un animal venenoso que puede morderte. La abrió y se quedó de una pieza. Era justo el expediente de Giulio Ninnio. Montalbano experimentó el impulso de arrojar al suelo y darle las gracias a san Antonio, que con toda seguridad le había hecho el milagro. Abrió la carpeta y empezó a leer. A Ninnio le habían incendiado su tienda de tejidos. Los bomberos establecieron que se trataba de un incendio intencionado. Ninnio declaró que le habían quemado el negocio por no haber querido pagar el llamado *pizzo*, es decir, el impuesto pagado por los comerciantes a una organización mafiosa. En cambio, la policía pensaba que el que había prendido fuego a la tienda era el propio Ninnio para cobrar el seguro. Pero allí había algo que no encajaba. Giulio Ninnio había nacido en Licata, vivía en Licata, y su tienda estaba ubicada en la calle principal de Licata. Pues entonces, ¿por qué no se dirigían a la comisaría de Licata en lugar de a la suya? La respuesta era muy sencilla: porque los de la Jefatura Superior de Montelusa se habían confundido entre Licata y Vigàta. Montalbano cogió el bolígrafo y escribió en un papel con membrete: «Ilustre señor Jefe Superior, no siendo Vigàta Licata y tampoco Licata Vigàta, está claro que ha habido una errata. La orden que usted menciona no obtuvo ninguna respuesta de mi persona, no por mala fe sino por respeto a la geografía».

Firmó y selló. La burocracia le había resucitado una lejana vena poética. Las rimas cojeaban un poco, es cierto, pero, total, Bonetti-Alderighi jamás se daría cuenta de que él le había contestado en verso. Llamó a Catarella, le entregó el expediente Ninnio y la carta, y le ordenó que lo enviara todo al jefe superior tras haberlo registrado debidamente.

2

Poco después de que Catarella se hubiese retirado, apareció en la puerta Mimì Augello de vuelta del vertedero. Parecía nervioso.

—Entra. ¿Habéis terminado?

—Sí. —Augello se sentó en el borde de la silla.

—¿Qué te pasa, Mimì?

—Tengo que irme corriendo a casa. Mientras venía para acá me ha llamado Beba porque Salvuzzo llora y le duele la barriga, y ella no consigue calmarlo.

—¿Le ocurre a menudo?

—Lo suficiente para tocar los cojones.

—No me parece una actitud muy paternal.

—Si tú tuvieras un hijo que da la lata como el mío, lo arrojarías por la ventana.

—Pero ¿a Beba no le convendría más llamar a un médico que a ti?

—Pues claro, pero si no me tiene a su lado no da ni un paso, no es capaz de tomar una decisión por su cuenta.

—Bueno, pues dime lo que tengas que decirme y vete a casa.

—He conseguido hablar un poco con Pasquano.

—¿Te ha dicho algo?

—Ya sabes cómo es. Cualquier asesinato se lo toma como un asunto personal. Como si lo hubieran ofendido, como si le hubieran hecho un desaire a él. Y cada año que pasa, es peor. ¡Jesús, menudo carácter tiene el tío!

Montalbano pensó que, en el fondo, comprendía muy bien a Pasquano.

—A lo mejor es que ya está hasta la coronilla de descuartizar cadáveres. Dime.

—Entre maldiciones he conseguido que me dijera que, en su opinión, a la chica no la mataron donde fue encontrada.

—Perdona un momento, pero ¿quién la encontró?

—Uno que se llama Salvatore Aricò.

—¿Y qué hacía por allí a primera hora de la mañana?

—Todos los días al amanecer ese hombre va al vertedero a buscar cosas que después arregla y revende. Me ha explicado que ahora encuentra cosas casi nuevas, apenas utilizadas.

—Mimì, ¿es que todavía no habías descubierto el consumismo?

—Aricò acababa de llegar cuando vio el cuerpo y nos llamó con el móvil. Al interrogarlo, comprendí que solo sabía lo que nos había dicho; entonces le pedí su dirección y teléfono y dejé que se fuera, entre otras cosas porque estaba muy impresionado y no paraba de vomitar.

—Me estabas diciendo que, según Pasquano, a la chica la mataron en otro sitio.

—Exacto. Alrededor del cadáver prácticamente no había restos de sangre. Y sin embargo habría tenido que haberlos, y muchos. Además, Pasquano ha visto heridas y arañazos en el cuerpo causados al golpearse varias veces por la cuesta cuando lo arrojaron al vertedero.

—¿Esas heridas no habrían podido producirse durante una pelea anterior al homicidio?

—De momento, Pasquano lo excluye.

—Y difícilmente se equivoca. ¿En la explanada donde aparcan los coches se ha hallado sangre?

—Ni siquiera allí.

—Eso confirma la tesis de Pasquano de que la trasladaron allí cuando ya había muerto. A lo mejor, escondida en el maletero. ¿El doctor ha podido establecer cuánto tiempo llevaba muerta?

—Ahí está lo bueno. Dice que solo podrá saberlo con seguridad después de la autopsia, pero, a ojo, cree que la mataron por lo menos veinticuatro horas antes del hallazgo.

Lo cual era bastante raro.

—Pero ¿por qué ocultarían el cadáver un día entero?

Mimì abrió los brazos.

—No sé decirte, pero eso parece. Y hay otra cosa que podría, repito, podría ser importante. El cuerpo estaba boca arriba, pero en determinado momento Pasquano le dio la vuelta.

—¿Y qué?

—En el hombro izquierdo, cerca del omóplato, lucía un tatuaje que representa una mariposa.

—Bueno, eso puede ser útil para la identificación. ¿Los de la Científica lo han fotografiado?

—Sí. Y les he dicho que nos envíen las fotografías. Pero yo no abrigo demasiadas esperanzas.

—¿Por qué?

—Salvo, tú sabes que yo, antes de casarme, cambiaba de mujer cada dos días, ¿no?

—Sí, Don Juan se moría de envidia. ¿Y bien?

—El tatuaje más habitual entre las chicas es una mariposa. Se la tatúan en todas las partes del cuerpo. Imagina que una vez descubrí una nada menos que en...

—Ahórrame los detalles —imploró el comisario—. Dale muchos saludos de mi parte a Beba y envíame a Catarella.

El cual se presentó diez minutos después.

—Disculpe, *dottori*, pero es que Cuzzaniti ha perdido un montón de tiempo en registrar el expediente. No sabía si el número que tenía que ponerle era el tris mil siticientos cinco o el tris mil siticientos seis. Después Cuzzaniti y yo hemos encontrado la solución.

—¿Qué número le habéis puesto?

—Le hemos puesto los dos, *dottori*. Tris mil siticientos cincuenta y seis.

Seguramente jamás podría localizarse ese expediente, ni siquiera después de cien años de búsqueda.

—Oye, Catarè, echa un vistazo en el ordenador a la lista de personas desaparecidas y comprueba si figura la denuncia de la desaparición de una chica de unos veinte años con una mariposa tatuada cerca del omóplato izquierdo.

—¿Qué mariposa?

—¿Y yo qué coño sé, Catarè? Una mariposa.

—Voy y vengo, *dottori*.

Llegó Fazio. Entró y se sentó.

—¿Qué me cuentas?

—El *dottor* Pasquano ha llegado al convencimiento de que la chica...

—... fue asesinada en otro lugar. Ya lo sé; me lo ha dicho Augello. ¿Y tú qué piensas?

—Estoy de acuerdo. Además, en mi opinión la desnudaron después de haberla matado.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Porque si la hubieran matado estando desnuda, la sangre le habría manchado el tórax, los hombros, el pecho. Y sin embargo estaba limpia. Y tenga en cuenta que hace una semana que no llueve.

—Comprendo. La sangre fue a parar a la ropa que llevaba puesta y no a la piel.

—Exacto, *dottore*. Además, el cuerpo presentaba roces, desgarros y heridas debido a que lo arrojaron desnudo desde la explanada. Si hubiera estado vestida, habría sufrido menos daños. Además, la habían mordido.

Montalbano pegó un brinco en la silla. Experimentó de repente una sacudida en la boca del estómago.

—¿Cómo, mordida? ¿Dónde?

—Tenía tres mordeduras en el muslo derecho. Pero el *dottor* Pasquano no ha querido hablarme de ellas; quiere estudiarlas a fondo, pues no sabe si se trata de mordeduras de hombre o animal.

—Esperemos que sean de animal. —¡Solo faltaba que el asesino fuera un lobo feroz! ¡Un hombre lobo!—. ¿Te ha dicho cuándo practicará la autopsia?

—Mañana por la mañana a primera hora.

Apareció Catarella respirando afanosamente con una hoja en la mano.

—Una sobre los veinte años que he encontrado en la lista. He imprimido la fotografía. Pero en la denuncia no se habla de mariposas.

—Dásela a Fazio.

Fazio tomó la hoja, le echó un vistazo y se la devolvió a Catarella.

—No es la muerta.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó el comisario.

—Porque esta es morena y la otra era rubia.

—¿La muerta no podía haberse teñido?

—No se haga de rogar, *dottore*.

Catarella se retiró, decepcionado.

—No sé por qué, pero no me parece que esta chica trabajara de puta — dijo Fazio.

—Entre otras cosas, porque hoy en día es muy difícil decir quién es una puta —replicó Montalbano.

Fazio lo miró perplejo.

—*Dottore*, no hoy en día, sino siempre, una puta es una mujer que vende su cuerpo por dinero.

—Demasiado fácil, Fazio.

—Explíquese mejor.

—Te voy a dar un ejemplo. Piensa en una chica de veinte años muy guapa y perteneciente a una familia pobre: le ofrecen la oportunidad de dedicarse al cine, pero ella se niega porque es honrada y teme que ese ambiente la corrompa. En determinado momento conoce a un empresario de unos cincuenta y tantos años, más bien feúcho pero muy rico, que quiere casarse con ella. La chica acepta. No quiere a ese hombre, no le gusta y la diferencia de edad es excesiva, pero piensa que, con el tiempo, llegará a quererlo. Se casan, y ella, como esposa, se comportará siempre de manera impecable. Y ahora, en tu opinión, cuando la chica decidió darle el sí al empresario, ¿no vendió el cuerpo por dinero? Por supuesto que sí. Pero ¿te atreverías a calificarla de puta?

—¡Madre mía, *dottore*! ¡Yo he planteado una cuestión y usted ha escrito una novela!

—Bueno, dejémoslo correr. ¿Por qué piensas que no se dedicaba a ese oficio?

—Pues no sé. No llevaba carmín ni maquillaje. Iba arreglada y limpia, claro, pero no de manera excesiva. En fin. Qué quiere que le diga, me ha dado esa impresión. Y ahora hágame el favor de no inventarse otra novela a partir de ella.

—Oye, ¿cuándo nos mandará la Científica las fotografías?

—Esta misma tarde.

—Pues entonces ya puedo irme. Nos vemos luego.

Cuando Montalbano llegó a la *trattoria*, la persiana metálica estaba bajada hasta la mitad. Se agachó y entró. Las mesitas estaban todas puestas, pero vacías. Desde la cocina no llegaba ningún aroma. Enzo, el propietario-camarero, estaba sentado mirando la televisión.

—¿Cómo es posible que no haya nadie?

—*Dottore*, en primer lugar hoy estamos a lunes, nuestro día de cierre. Pero usía lo ha olvidado. Y en segundo, sería todavía muy pronto porque no son ni siquiera las doce y media.

—Pues entonces me voy.

—¡Pero qué dice! ¡Siéntese!

Si no eran ni siquiera las doce y media, ¿por qué tenía tanto apetito? Después el comisario recordó que la víspera no había comido.

Por culpa de una larga y belicosa conversación telefónica con Livia —la cual se había empeñado en hacer un balance por quiebra de su existencia en común, salpicado de acusaciones y excusas por ambas partes—, se había olvidado por completo de la sartén que tenía al fuego para calentar lo que Adelina le había preparado. Y después, debido a los nervios que le había provocado la llamada, se le pasaron las ganas de aderezarlo todo con los tomates y las aceitunas que habría sin duda en el frigorífico.

—*Dottore*, me han traído unas langostas que son una preciosidad.

—¿Grandes o pequeñas?

—Como usted las quiera.

—Tráeme una grande. Simplemente hervida, sin nada más. Y de primero, si no es mucha molestia, un buen plato de espaguetis con almejas, pero sin salsa.

De esa manera, sin conservar en la boca el gusto de la salsa, podría saborear mejor la langosta aliñada tan solo con aceite y limón.

Y fue precisamente mientras estaba a punto de abalanzarse sobre la langosta cuando aparecieron en el televisor las imágenes del vertedero. Desde lo alto de la explanada, el cámara enfocó un cuerpo cubierto con una sábana blanca.

«Un delito atroz...», empezó una voz en *off*.

—¡Apaga eso ahora mismo! —gritó el comisario.

Enzo apagó el televisor y lo miró extrañado.

—¿Qué pasa, *dottore*?

—Perdóname. Pero es que...

¡Qué pronto había aprendido la gente a volverse caníbal!

Desde que la televisión entró en las casas, todos se habían acostumbrado a comer pan con cadáveres. Desde las doce a la una del mediodía y desde las siete a las ocho y media de la tarde, es decir, cuando la gente estaba en la mesa, no había ninguna cadena de televisión que no retransmitiera imágenes de cuerpos destrozados, maltratados, quemados, martirizados, de hombres, mujeres, ancianos y niños, asesinados imaginativa e ingeniosamente en algún lugar del mundo.

Porque no pasaba ni un solo día sin que en algún lugar del mundo hubiera una guerra que mostrar a la urbe y al orbe. Y tú veías a personas muertas de hambre que no tenían ni un céntimo para comprarse una barra de pan, disparando contra otras personas, igualmente muertas de hambre, con bazukas, Kaláshnikov, misiles, bombas, armas todas ellas ultramodernas que costaban mucho más de lo que costaría comprar medicamentos y comida para todos.

Se imaginó un diálogo entre un marido que se sienta a la mesa y su mujer.

—¿Qué me has preparado, Catari?

—De primero, pasta aliñada con niño destripado por bomba.

—Muy bueno. ¿Y de segundo?

—Carne de ternera aliñada con kamikaze que salta por los aires en un mercado.

—¡Ya me estoy chupando los dedos, Catari!

Tratando de conservar el mayor tiempo posible el sabor de la langosta entre la lengua y el paladar, Montalbano dio comienzo a su acostumbrado paseo hasta el extremo del muelle.

A medio camino se tropezó con el habitual pescador con su sedal. Se saludaron, y el pescador le advirtió:

—*Dutturi*, ya verá como mañana llueve a cántaros y refresca. Y hará lo mismo toda una semana.

Aquel hombre jamás había fallado una previsión.

El negro mal humor de Montalbano, que la langosta había conseguido dejar en niveles de tolerancia, volvió a ser tan oscuro como antes.

Pero ¿sería posible que hasta el tiempo se hubiera vuelto loco? ¿Que una semana te murieras de calor en el ecuador y a la siguiente te murieras de frío en el polo norte? ¿O sequía o aguaceros? ¿Ya no había un sensato término medio?

Se sentó en la roca aplanada de costumbre, encendió un cigarrillo y se puso a pensar.

¿Por qué el asesino había ido a arrojar el cadáver de la chica al vertedero? Seguro que no para esconderlo y evitar que lo encontraran. El asesino sabía con toda certeza que pocas horas después lo descubrirían. Tanto es así que había hecho todo lo necesario para que la identificación de la chica se produjera lo más tarde posible. La llevó al vertedero solo para deshacerse de ella. Pero si podía haberla tenido un día entero donde la había matado sin que nadie la descubriera, ¿por qué no la había dejado allí?

Tal vez porque no era un lugar seguro.

¿Cómo que no era seguro?

Pero si el asesino había podido matar a la chica y conservar un montón de tiempo el cadáver en aquel lugar sin que nadie se diera cuenta de nada, ¿por qué hacer aquel traslado tan peligroso? La razón solo podía ser una: la necesidad. Era necesario cambiar de sitio a la muerta. Pero ¿por qué?

La respuesta se la dio la langosta.

O, más concretamente, un regusto de la langosta que le llegó de manera repentina desde el fondo de la lengua. Había encontrado cerrada la *trattoria* de Enzo porque era lunes. Y puesto que estaban a lunes, eso significaba que a la chica la habían matado el sábado, la habían conservado en el mismo sitio todo el domingo y después la habían llevado al vertedero durante la noche entre el domingo y el lunes. O mejor: en las primerísimas horas de la mañana del lunes, cuando en la explanada ya no había coches de putas o de clientes de putas.

¿Qué significaba todo eso?

Significaba, se dijo con orgullo, que a la chica la mataron en un sitio que cerraba el sábado por la tarde y todo el domingo y que volvía a abrir al

público el lunes por la mañana.

El repentino entusiasmo ante la conclusión a la que había llegado le duró poco al pensar en la cantidad de lugares que cerraban el sábado por la tarde y todo el domingo: las escuelas, las oficinas públicas, los despachos privados, los médicos, las fábricas, los notarios, los talleres, los comercios de venta al por mayor y al por menor, los dentistas, los depósitos, los establecimientos de reventa, los estancos... Algo así como decir toda Vigàta. Es más, pensándolo bien, había cosas peores. Porque el homicidio podría haberlo cometido, en cualquier domicilio particular, un marido que hubiese enviado a su mujer y sus hijos a pasar el fin de semana al campo. En resumen, una hora de razonamientos en vano.

Cuando regresó a la comisaría, encontró en su mesa el sobre de la Científica con dos copias de las fotografías. Arquà le caía mal, el solo hecho de verlo le atacaba los nervios, pero Montalbano debía reconocer que hacía muy bien su trabajo.

Las fotografías iban acompañadas de una nota. Sin «querido amigo» y sin saludos. Él también habría hecho lo mismo:

Montalbano, la chica fue asesinada con toda seguridad con un arma de gran calibre. De momento, es irrelevante que se utilizara un revólver o una pistola. El disparo se efectuó desde una distancia de aproximadamente cinco o seis metros, y por ese motivo tuvo efectos devastadores. El proyectil entró por la mandíbula izquierda y salió un poco por encima de la sien derecha con una trayectoria de abajo arriba, haciendo que los rasgos del rostro quedaran irreconocibles. Creo que podrán serte muy útiles las conclusiones a que llegue el dottor Pasquano. Arquà.

En vida, la chica debía de haber sido una auténtica belleza; no hacía falta ser un experto como Mimì Augello para comprenderlo.

A ojo de buen cubero, mediría casi un metro ochenta de estatura. El cabello rubio, que en el momento de ser asesinada llevaba con toda seguridad recogido en una especie de moño, se le había soltado parcialmente y le cubría la cara que ya no existía. Tenía unas piernas infinitamente largas, de bailarina o atleta.

Montalbano echó otro vistazo a las fotografías de cuerpo entero y después dedicó su atención a las del tatuaje. Una era una aceptable ampliación del

dibujo de la mariposa.

Se la guardó en el bolsillo junto con otra de los hombros de la chica en que se veía con toda claridad el omóplato tatuado.

—Vuelvo dentro de unas dos horas —le dijo a Catarella al pasar ante él.

Aparcó delante de la cadena de televisión Retelibera, pero antes de entrar en los estudios encendió un cigarrillo. Dentro estaba prohibido fumar. Y él obedecía siempre, aunque fuera soltando maldiciones, en cuanto veía un letrero de prohibición.

Pero por otra parte, a estas alturas, ¿dónde se le permitía fumar a un pobre desgraciado? Ni siquiera en los retretes se podía; el que entraba después de ti aspiraba el pestazo del humo y te miraba con mala cara. Porque en un abrir y cerrar de ojos se habían formado legiones de fanáticos enemigos de los fumadores. Una vez que pasaba por un jardincito con el cigarrillo en la boca, intervino para separar a dos distinguidos octogenarios que se estaban golpeando mutuamente la cabeza con los bastones vete tú a saber por qué. Y como no conseguía separarlos de tan furibundos que estaban, tuvo que identificarse. Entonces los dos ancianos se aliaron inmediatamente contra él.

—¡Vergüenza tendría que darle!

—¡Usted está fumando!

—¡Y dice que es comisario!

—¡Y en cambio es fumador!

Montalbano se fue, dejando que los dos viejos reanudaran su tarea de romperse los cuernos a bastonazos.

3

—Buenos días, *dottor* Montalbano —lo saludó la chica de la entrada en cuanto lo vio.

—Buenos días. ¿Está mi amigo?

En Retelibera se sentía como en su casa.

—Sí. Está en su despacho.

Recorrió todo el pasillo, llegó a la última puerta y llamó con los nudillos.

—Adelante.

Entró. Nicolò Zito levantó la mirada de una hoja que estaba leyendo, lo reconoció y se incorporó sonriendo.

—¡Salvo! ¡Qué sorpresa!

Se abrazaron.

—¿Cómo están Taninè y Francesco? —preguntó el comisario, sentándose delante del escritorio.

Taninè era la mujer de Nicolò, y cuando le daba por ahí guisaba como un ángel; Francesco era el único hijo de ambos.

—Están bien, gracias. A Francesco este año le toca hacer la reválida del bachillerato.

Montalbano se sorprendió. Pero ¿no fue ayer cuando Francesco jugaba con él a policías y ladrones? ¿Y no fue ayer cuando Nicolò tenía el cabello pelirrojo, mientras que ahora lo tenía casi todo blanco?

—¿Y tu Livia cómo está?

—De salud, muy bien.

Pero Nicolò Zito era demasiado experto y conocía demasiado sus asuntos para aceptar una respuesta diplomática.

—¿Ocurre algo?

—Bueno, digamos que estoy atravesando un período de crisis.

—¿A los cincuenta y seis años, Montalbano, sufres una crisis? —replicó Zito en tono irónico y divertido—. ¡No me hagas reír! A nuestra edad ya hemos hecho todas las jugadas.

El comisario consideró oportuno ir al grano.

—He venido...

—... por la chica que han matado; eso lo he comprendido nada más verte entrar. ¿Qué puedo hacer?

—Tendrías que echarme una mano.

—Estoy a tu disposición, como siempre.

Montalbano sacó del bolsillo las dos fotografías y se las entregó.

—Esta mañana nadie nos ha dicho que la chica tenía un tatuaje —dijo Nicolò.

—Pues ahora ya lo sabes. Eres el único periodista que lo sabe.

—Es un tatuaje muy artístico, los colores de las alas son preciosos —comentó Zito. Y preguntó—: ¿Todavía no la habéis identificado?

—No.

—Dime qué tengo que hacer.

—Sacar estas fotografías en el telediario de la tarde y volver a sacarlas en los de la noche y la madrugada. Queremos saber si alguien conocía a una chica de veintipocos años con un tatuaje como este. Puedes decir también que se aceptan llamadas anónimas. Como es natural, tienes que dar un número de teléfono de aquí.

—¿Y por qué no de la comisaría?

—Pero ¿tú eres consciente de los desastres que podría armarme Catarella?

—¿Puedo decir por lo menos que tú te encargas de la investigación?

—Sí, hasta que el jefe superior me la quite.

Mientras bajaba hacia Vigàta, Montalbano se dio cuenta de que se estaba preparando una de esas puestas de sol tan bonitas que parecen de mentirijillas o de postal.

Mejor irse a Marinella para disfrutarla desde la galería en lugar de regresar al despacho. Además, ¿el pescador no había previsto una semana de lluvias? Por eso convenía aprovechar esa última oferta de temporada.

Pero quizá sería mejor pasar primero por la comisaría, asomar solo la cabeza para avisar a Catarella y largarse. Resultó una decisión completamente equivocada.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Está aquí la señora Picarella!

—¿Al teléfono?

—¡Qué teléfono ni qué historias! ¡Está aquí, *dottori!* ¡Está esperándolo a usía!

—Dile que acabo de llamar y que no vendré al despacho.

—Se lo hi dicho, *dottori*, se lo hi dicho, que me ha salido a mí solo de la cabeza. ¡Pero la señora ha contestado que no se movería de aquí hasta mañana por la mañana, hasta que usía decidiera volver!

¡Vaya por Dios, menuda lata!

—Bueno, vamos a hacer una cosa. Yo voy a mi despacho y tú la haces pasar dentro de cinco minutos.

La cuestión del secuestro de Arturo Picarella había empezado la semana anterior. El cincuentón Picarella, acaudalado comerciante de madera al por mayor, se había construido un bonito chalet de una sola planta justo en las afueras del pueblo en que vivía con su esposa Ciccina, conocida en todo el municipio por las violentas escenas de celos que le montaba incluso en público a su marido, no menos conocido por su insaciable apetito de mujeres. El único hijo varón, casado, era cajero de un banco en Canicatti, se mantenía al margen y visitaba Vigàta más o menos una vez al mes.

Una noche sobre la una, marido y mujer despertaron a causa de un ruido procedente de la planta baja. Oyeron unos pasos y después una silla que caía. Seguramente habían entrado unos ladrones.

Entonces Picarella, tras ordenarle a su mujer que no se levantara de la cama y vestirse de punta en blanco con chaqueta y zapatos incluidos, tomó el revólver que guardaba en el cajón de la mesita de noche, fue a la planta baja y se puso a disparar a ciegas, amparándose tal vez en las recientes leyes sobre la legítima defensa.

Al poco rato, la aterrorizada señora Ciccina oyó abrirse y cerrarse la puerta de la casa. Entonces se levantó, corrió a la ventana y vio a su marido con las manos en alto, obligado a subir a su propio automóvil por alguien que llevaba la cara cubierta y le estaba apuntando con un revólver.

El automóvil se puso en marcha, y desde entonces Arturo Picarella se hallaba desaparecido.

Esos eran los hechos según el angustiado relato de la señora Ciccina.

Cabe añadir que, junto con Picarella, desaparecieron también quinientos mil euros que el comerciante había sacado del banco precisamente la víspera para cerrar un negocio del que nadie sabía nada.

A partir de aquel momento, no pasaba mañana o tarde sin que la señora Picarella, cada vez más furiosa, se presentara en la comisaría para pedir noticias de su marido. El secuestrador no había dado señales de vida para exigir un rescate y tampoco se había localizado el coche de Picarella.

Pero Mimì Augello y Fazio, encargados de la investigación, se habían hecho una idea muy diferente y precisa sobre de qué iba verdaderamente el secuestro.

Para empezar, observaron que Picarella se había encargado de vaciar el cargador contra el techo, que estaba peor que un colador. En cambio, el ladrón, evidentemente desarmado puesto que no había respondido al fuego, en lugar de escapar había conseguido reaccionar y apoderarse del arma.

Además, la puerta no estaba forzada, y lo mismo ocurría con la caja fuerte escondida detrás de una fotografía de gran tamaño de Filippo Picarella, fundador de la dinastía.

Pero ¿por qué el ladrón no se apoderó de los tres mil euros que la señora Ciccina le había pedido la víspera a su marido para pagar a un proveedor y que ella misma había dejado encima de una mesita?

¿Y por qué no cogió una tabaquera de oro macizo que había pertenecido al tatarabuelo y que ella había colocado encima de los tres mil euros?

Y después, ¿por qué Arturo Picarella, que, según las declaraciones de su mujer, dormía en calzoncillos y camiseta, se había vestido rápidamente de punta en blanco antes de bajar a sorprender al ladrón? Con su ya larga experiencia, Augello y Fazio sabían que cualquiera que se despierta por unos ladrones, se levanta de la cama y baja tal como está, desnudo, en pijama o calzoncillos. El comportamiento del comerciante resultaba como mínimo extraño, por no decir sospechoso.

Augello y Fazio presentaron un informe a su superior, tras haber llegado a una conclusión que de ninguna manera se podía revelar a la señora Ciccina.

Una conclusión avalada por los numerosos rumores que desde hacía tiempo corrían por el pueblo, y según los cuales Arturo Picarella había perdido la cabeza por una azafata a la que conoció a bordo de un avión mientras regresaba de Suecia, adonde había ido a comprar madera.

En resumen, para Augello y Fazio, el señor Picarella, con la complicidad de un amigo, había montado un tinglado para fingir un secuestro y se había ido en realidad a pasar una temporada a las Maldivas o las Bahamas en compañía de la guapa azafata. Detalle nada desdeñable: Arturo Picarella guardaba su pasaporte en la misma chaqueta que se había puesto casualmente aquella famosa noche.

—Comisario —empezó la señora Ciccina, haciendo visibles esfuerzos por no ponerse a gritar—. Se lo digo por no tener mala conciencia: sepa que lo he denunciado al ministro.

Montalbano no comprendió nada.

—¿Ha presentado una denuncia al ministro?

—Sí, señor.

—¿Y a quién ha denunciado?

—A usted.

—¿A mí? ¿Por qué?

—¡Porque usted se está tomando a la ligera el asunto de mi pobre maridito!

Montalbano tardó una hora larga en convencerla de que regresara a casa, jurando una y mil veces lo que era falso, es decir, que brigadas enteras de agentes venidos incluso de fuera estaban efectuando batidas por los campos en busca del señor Picarella.

Adiós puesta de sol. Cuando Montalbano llegó a Marinella, el sol ya se había puesto hacía un buen rato. Encendió el televisor, sintonizó Retelibera y vio enseguida que estaban mostrando la fotografía del tatuaje. Nicolò Zito estaba haciendo lo que él le había pedido que hiciera.

Siguió el telediario hasta el final. Desde Lampedusa habían llegado cuatrocientos inmigrantes para ser enviados a los campos de concentración, perdón, los centros de acogida. Una sucursal de la Banca Regionale había

sido atracada por tres hombres armados. En un supermercado se había declarado un incendio, seguramente provocado. Un pobre mendigo sin techo estaba a punto de morir a causa de la brutal paliza propinada por cinco chicos que habían decidido divertirse de esa manera. Una niña de catorce años había sido violada por un...

Cambió de canal y pasó a Televigata. Estaba Pippo Ragonese, el comentarista político que tenía una boca que parecía un culo de gallina parlante. Iba a cambiar de cadena cuando oyó que el sujeto lo mencionaba por su nombre.

«... gracias a la habitual inercia —porque no podríamos definirla de otra manera a no ser que fuera peor— del comisario Montalbano, estamos seguros de que este nuevo y horrendo crimen descubierto en el Salsetto quedará por resolver. El asesino de esta pobre chica podrá dormir tranquilo. Tal como a día de hoy sigue por resolver el singular secuestro del empresario Arturo Picarella. A este respecto, no podemos rehuir el deber de dar a conocer a nuestros telespectadores que la señora Picarella se ha quejado ante nosotros del trato grosero, por no decir algo peor, que el mencionado comisario Montalbano le ha dispensado...».

Montalbano apagó y fue a abrir el frigorífico. El corazón se le ensanchó en el pecho al ver cuatro salmonetes como Dios manda, listos para freír. Pippo Ragonese podía irse a tomar por aquel sitio. Pasó el pescado a una sartén que puso al fuego. Después, para evitar que le ocurriera lo mismo que la víspera, cuando la conversación telefónica con Livia le mandó la cena al carajo, corrió a desconectar el teléfono.

Sentado en la galería se zampó los salmonetes, que estaban muy ricos pero no tan crujientes como los que hacía Adelina. Puesto que aún tenía un poco de apetito, buscó en el frigorífico y encontró medio plato de sobras de *caponatina*, el típico plato siciliano de berenjenas y apio frito, con aceitunas, alcaparras y tomate. Lo olfateó con cuidado, comprobó que estaba en buen estado, se lo llevó a la galería y se lo comió.

Volvió a conectar el teléfono, pero le entró una duda. ¿Y si Livia había llamado cuando estaba desconectado? Teniendo en cuenta que entre ambos había marejadilla, mejor dicho, olas de fuerza ocho, Livia habría sido capaz de pensar que él había desconectado el aparato precisamente para no oírla. Lo

mejor era llamarla él primero. Marcó el número de Boccadasse y no hubo respuesta. Entonces la llamó al móvil.

«El número marcado podría estar apagado o...».

A lo mejor se había ido al cine y estaría disponible más tarde.

Volvió a sentarse en la galería para fumar un cigarrillo.

«A estas alturas, mi historia con Livia ha llegado por desgracia a una encrucijada y es absolutamente necesario elegir», pensó dominado por un arrebató de tristeza tan grande que las lágrimas le asomaron a los ojos.

Hacía falta mucho valor para acabar con todos aquellos años de amor, confianza y complicidad: lo suyo con Livia había sido un auténtico matrimonio, aunque no estuviera sancionado ni por las leyes ni por la Iglesia. Le entraban ganas de reír cuando oía a los obispos y cardenales lanzando públicamente proclamas contra el reconocimiento de las parejas de hecho. Pero ¿cuántos matrimonios, celebrados con sus correspondientes padrinos, había visto él durar mucho menos que su convivencia con Livia?

No obstante, quizá hacía falta mucho más valor para seguir adelante en la situación en que ahora se encontraban.

Una cosa era segura: necesitaban aclarar esas feroces peleas en que ambos se arrancaban mutuamente la piel y se hacían sangre. Pero semejante aclaración no podía hacerse por teléfono: la voz no bastaría, tendrían que participar también sus dos cuerpos. Una mirada podría decir mucho más que cien palabras.

Sonó el teléfono. Miró el reloj: las once de la noche. Seguramente era Livia. Mientras se dirigía al aparato, pensó que le propondría bajar a Vigàta el sábado de la semana siguiente.

—¿*Dottor* Montalbano? —dijo una anciana voz masculina que, al principio, no reconoció.

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

—Soy el director Burgio.

¡Virgen santa, el tiempo que hacía que no lo oía! Después de la muerte de su mujer, el director del instituto se había trasladado a Fela, donde vivía una hija suya profesora.

¿Cuántos años tendría ahora? ¿Noventa?

—Disculpe que lo llame tan tarde —dijo el director.

—¿Faltaría más! ¿Qué tal está?

—Voy tirando. Lo llamo porque he visto en Retelibera el tatuaje de esa pobre chica asesinada.

—¿La conocía?

—No; lo llamo por la mariposa tatuada.

—No sabía que fuera un experto en mariposas.

—Yo no sé nada de eso, pero mi yerno sí, y le llamo tan tarde porque él, mi yerno, se va mañana temprano de viaje y estará ausente una semana. Si me permite, se lo paso.

—Cómo no. Se lo agradezco.

—Soy Gaspare Leontini, buenas noches —dijo el yerno del director del instituto—. Puesto que, como aficionado, tengo una pequeña colección de mariposas...

Al oír esas palabras, a Montalbano se le fue la cabeza detrás de un pensamiento. Antiguamente, por lo menos según lo que él había leído en las novelas del siglo XIX, la colección de mariposas era muy rentable en el sentido de que constituía un excelente pretexto para llevarse a la cama a una chica guapa. «Venga a ver mi colección de mariposas», decían los seductores bigotudos que vestían pantalones ajustados. Las chicas picaban o fingían picar, e inevitablemente acababan traspasadas como las mariposas. Después las chicas guapas adquirieron más experiencia, y si uno no tenía una buena colección de talonarios de cheques...

—Oiga, ¿me oye? —preguntó Leontini.

—Sí, claro. Siga.

—Bueno, pues al ver en la televisión esa imagen le he dicho a mi suegro que a lo mejor yo podría... pero quizá usted ya lo sepa todo.

El señor Leontini necesitaba que lo animaran.

—Yo no sé nada, puede creerme.

—Bien. Esa mariposa es con toda seguridad una esfinge.

Virgen santa, pero ¿qué tenía que ver la Esfinge con la mariposa? ¿La Esfinge no estaba en Egipto? Lo que faltaba.

—¿Una esfinge en qué sentido, perdone?

—Los esfíngidos constituyen una especie particular de mariposas; se conocen más de ciento veinte mil especies, ¿sabe?, pero esencialmente los

lepidópteros se subdividen en dos subórdenes, los homoneuros, cuya familia principal son los hepiálidos, y los heteroneuros...

—¿Es una cuestión de tipo sexual? —preguntó Montalbano, completamente aturdido.

—No entiendo.

—Verá, es que como usted ha dicho homoneuros y heteroneuros, he pensado que...

—Aquí el sexo no tiene nada que ver.

—Perdone.

—A los heteroneuros pertenecen las familias de los tineidos, los tortricidos, los alucítidos y los pirálidos...

¿Y la de los atridas no?

—... en resumen, los conocidos como microlepidópteros; y también pertenecen a ellos las polillas...

Montalbano se rebeló, negándose a considerar mariposa a una miserable polilla.

—Oiga, señor Leontini, ¿le importaría volver a la esfinge?

—Pues claro, perdone la digresión. Los esfíngidos se caracterizan por un cuerpo grueso y peludo y por el hecho de que las alas posteriores son más pequeñas que las anteriores.

—Pero ¿cuántas alas tienen las mariposas?

Leontini vaciló antes de contestar. Seguramente se estaba preguntando cómo era posible que hubiese en el mundo personas que nunca se hubieran molestado en mirar bien una mariposa.

—Cuatro.

Montalbano no había reparado en ello y sintió un poco de vergüenza.

—Los esfíngidos son migratorios —añadió Leontini.

—¿Cómo migratorios? ¿No tienen una vida muy breve?

—Esta especie es capaz de sobrevolar incluso el océano.

—¡Pero qué me dice!

—Así es, muchos no lo saben. En fase de migración vuelan en línea recta, y nada más llegar vuelven a volar con una manera característica, en breves líneas quebradas y un tanto inciertas y confusas. Ah, lo olvidaba: son mariposas nocturnas, se mueven de noche; seguro que las ha visto.

¡Pero si las mariposas no se veían ni siquiera en una mañana de primavera!

—Dígame, señor Leontini, ¿sabe si tienen un país de origen o de preferencia?

—Verá, muchas mariposas son, ¿cómo diría?, estacionarias. Encuentra usted, por ejemplo, la *Catopsilia argante* en Perú, la *Morpho Cypris* en Colombia, la *Papilio deiphontes* en las Molucas, la *Lycorea cleobaea* también en Colombia, la...

¡Virgen santa, aquello era el diluvio!

—¿Y los esfíngidos dónde los encuentro?

—A esas mariposas les va bien cualquier sitio, con tal que haya campos de patatas.

—¿Por qué?

—Porque las orugas de los esfíngidos viven sobre las patatas.

Montalbano le dio las gracias a Leontini, le dio las gracias al director Burgio y colgó.

Ahora habría podido escribir un trabajo merecedor de un aprobado justito sobre las mariposas. Pero no habría podido añadir ni una sola línea al informe sobre la investigación. La conversación telefónica había sido tan larga como inútil. Trataba de averiguar si el dibujo de esa mariposa en concreto tenía algún tipo de significado, pero la respuesta había sido negativa. A lo mejor la chica había elegido la mariposa al azar, hojeando quizá un catálogo. Ya llevaba una hora fumando en la galería y contemplando las luces lejanas de un par de barcas cuando, al ver que Livia no llamaba, decidió irse a la cama.

Antes de quedarse dormido, lo hirió un pensamiento repentino.

El amor entre Livia y él había sido exactamente igual que el vuelo de una esfinge.

Al principio y durante muchos años, recto, seguro, preciso y determinado, había sobrevolado todo el océano.

Después, en determinado momento, aquel espléndido vuelo en línea recta se había transformado en líneas quebradas. Mejor dicho, ¿cómo lo había expresado Leontini?, inciertas y confusas.

Ese pensamiento lo llenó de angustia y le hizo pasar una mala noche.

4

En el aparcamiento de la comisaría encontró un Ferrari a su lado. ¿De quién sería? Seguramente de algún imbécil, aunque el nombre del propietario que figuraba en el carnet podía ser de cualquiera.

Porque solo un imbécil podía ir a dar un paseo por el pueblo con un coche como aquel. Y había también una segunda categoría de imbéciles, parientes cercanos de los imbéciles del Ferrari, integrada por aquellos que, para ir a hacer la compra al supermercado, cogían el todoterreno con tracción a las cuatro ruedas, catorce luces y lucecitas, pico y pala, escalerita de emergencia, brújula y limpiacristales especiales contra posibles tormentas de arena. ¿Y los dementes recién llegados, los de los vehículos deportivos utilitarios?

—¡Ah, *dottori*! —exclamó Catarella—. Hay uno que lo espera desde las nueve porque quiere hablar con usía personalmente en persona.

—¿Tenía cita?

—No, señor. Pero dice que es importante. Se llama... —Examinó un papel—. Aquí me lo ha escrito. Inoto.

¿Sería posible? ¿Ignoto, como el soldado desconocido?

—¿Seguro que se llama así, Catarè?

—Pongo la mano sobre el fuego, *dottori*. Y después hay dos llamadas de dos pirsonas que buscaban...

—Me lo dices luego.

Como es natural, el cuarentón que se presentó tenía un nombre que significaba casi lo contrario de lo que había escrito y dicho Catarella: Francesco di Noto. Vestido de Armani, mocasines de marca sin calcetines, Rolex, pulsera, camisa desabrochada que permitía entrever un crucifijo de oro macizo asfixiado por una densa maraña de trepadores pelos negros.

Seguro que era el imbécil que andaba por ahí con el Ferrari. Montalbano quiso confirmarlo.

—Me encanta ese coche tan bonito que tiene.

—Gracias. Es un Modena trescientos sesenta. También tengo un Porsche Carrera.

Imbécil por partida doble.

—¿En qué puedo servirlo?

—Espero servirlo yo a usted.

—Ah, ¿sí? Dígame.

—Anteayer volví de un mes de estancia en Cuba. Voy a menudo a Cuba.

—¿De vacaciones o porque es comunista?

El hombre lo miró perplejo y después se echó a reír.

—¿He dicho alguna cosa graciosa, señor Di Noto?

—¿Comunista yo? Con un Ferrari, un Porsche... Pero ¿me ve en ese papel?

—Pues yo, la verdad, lo veo muy bien. Vaya si lo veo. Precisamente porque tiene dos coches como esos, viste de Armani, luce un Rolex... Pero dejémoslo correr, será mejor. ¿O sea que va a Cuba por intereses culturales?

—Lo hacía a propósito para provocarlo, pero Di Noto ni siquiera era capaz de captarlo.

—Voy porque en Cuba tengo tres novias.

—¿Tres?! ¿Simultáneamente?

—Sí. Pero sin que ellas lo sepan, naturalmente.

—Naturalmente. Tengo una curiosidad que no es profesional: ¿aquí cuántas tiene?

Di Noto se echó a reír.

—Aquí tengo mujer y un hijo de dos años. Y mi suegro es el que me ha dado el capital para crear mi empresa. ¿Me explico? Aquí no puedo bromear, he de ir más recto que una escoba.

«Espero que tu mujer también tenga tres novios —pensó Montalbano—. Y, naturalmente, sin que tú lo sepas». Pero se limitó a preguntar:

—Disculpe, pero ¿a qué se dedica su empresa?

—A la exportación de pescado.

¡Por eso el precio del pescado había alcanzado cotas estratosféricas! ¡Para mantener los coches y las novias de aquel cabrón!

—Me estaba hablando de Cuba.

—Pues sí. Precisamente la última noche que estuve en La Habana, o sea, hace tres días, Myra, una de mis tres novias, y yo estuvimos en un local nocturno. De pronto vi entrar y sentarse a una mesa que teníamos al lado a un tipo acompañado de una rubia de aspecto respetable, bastante borracho. Me pareció que lo conocía. En efecto, cuando ya llevaba un rato mirándolo, me vino a la mente quién era.

—¿Quién era?

—Arturo Picarella.

Montalbano pegó un brinco en la silla.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Yo no sabía nada de lo que le había ocurrido, pero ayer mi mujer me dijo que lo habían secuestrado y que no se tenían noticias de él. Me extrañó, pero no le conté nada a mi esposa. Quería verlo a usted para saber qué tengo que hacer.

—Ha hecho bien. Oiga, señor Di Noto, antes de ir al local donde cree haber visto a Picarella, ¿había estado en otros lugares?

—Pues claro. De las siete a las nueve en casa de Anja, que es la novia digamos más mayor, de las nueve y media a las once y media en casa de Tania, que es la novia digamos mediana, y desde las doce de la noche a las dos en casa de Myra, que es...

—... digamos la...

—... la nueva novia.

—Comprendo. Pero ¿al otro local cuándo fue?

—Hacia las dos y media de la madrugada.

—Naturalmente, en casa de las novias habría bebido.

—Claro. Ya entiendo adónde quiere ir a parar. No, señor, no estaba borracho. El hombre que vi era justamente Arturo Picarella. Hace años que juego con él en el Círculo.

—¿Por qué no se acercó a saludarlo?

—¿Está de guasa? Igual lo ponía en un aprieto.

—El suyo, señor Di Noto, es un testimonio ciertamente importante. Pero no basta para...

—Mire esto. —Sacó una fotografía del bolsillo y se la entregó.

Mostraba a Di Noto besándose con una chica. Pero el fotógrafo también había captado una parte de la mesita de al lado. El rostro del hombre al que una rubia estaba lamiendo la oreja izquierda era sin asomo de duda el del desaparecido Picarella, que Montalbano había visto montones de veces en decenas de fotografías facilitadas por la señora Ciccina.

O sea que Augello y Fazio solo se habían equivocado respecto al país a donde el tío se había ido a disfrutar a lo grande con la amante: Cuba. Nada de Maldivas ni las Bahamas.

—¿Puede dejarme esta fotografía?

—Es complicado.

—¿Por qué?

—*Dottore* de mi alma, con mucho gusto se la dejaría, pero si después usted la utiliza, sale en la televisión y la ve mi mujer, ¿comprende la que se va a armar?

—Mire, le prometo que me encargaré de que en la fotografía usted resulte totalmente irreconocible.

—Estoy en sus manos, *dottore*.

En cuanto el Ferrari se fue con un rugido que hasta hizo temblar el suelo del despacho, el comisario llamó a Catarella.

—Ve a Montelusa a ver a tu amigo el fotógrafo. ¿Cómo se llama?

—Cicco De Cicco, *dottori*.

—Dale esta fotografía y dile que imprima varias copias tras haber modificado los rasgos de este señor que está besando a la chica. Ten cuidado: solo los de este, por lo que más quieras, no los del otro. Ve enseguida.

—A sus órdenes, *dottori*. Pero ¿me da una explicación?

—Dime.

—¿Los rasgos quiere decir la cara?

—Bravo.

—Gracias. En el teléfono dejaré a Galluzzo. Ah, quería decirle que han llamado dos personas por la mariposa.

—¿Tenemos que llamarlas nosotros o volverán a llamar?

Catarella lo miró perplejo.

—No han dicho nada.

—Pero te habrán dejado un número de teléfono, ¿no?

—Sí, señor. Los tengo escritos en esta hojita. —Se la entregó.

—Muy bien, ahora vete y envíame a Galluzzo antes de que se haga cargo de la centralita.

En el papel figuraban los nombres de un tal señor Gracezza y una tal señora Appuntata. Seguían dos números, en los cuales no se conseguía distinguir si los cincos eran seises y los treses, ochos.

Le tendió la hoja a Galluzzo.

—A ver si entiendes algo de estos números. Llama primero al hombre y después a la mujer.

Mientras esperaba, decidió llamar a Pasquano.

Eran solo las diez, pero Pasquano solía empezar las autopsias hacia las cinco de la madrugada.

—Soy Montalbano. ¿Está el doctor?

—Si es por estar, está.

Como respuesta, no era muy alentadora.

—¿Puede pedirle que se ponga un momento al teléfono?

—¿Está de guasa?

—Soy el comisario Montalbano, haga el favor de avisarlo.

—Comisario, lo he reconocido por la voz, pero sinceramente no me atrevo. Esta mañana el doctor no está para bromas; puede creerme.

—¿Sabe si ya le ha practicado la autopsia a la chica encontrada ayer?

—Sí, señor, ya la ha hecho.

—Muy bien, gracias.

Lo único que podía hacer era ir personalmente, a riesgo de quedar sepultado bajo el habla soez de Pasquano e incluso de tener que esquivar el lanzamiento de un bisturí o unos trozos de cadáver.

Sonó el teléfono.

—*Dottore*, tengo al habla al señor Graceffa; se llama así y no como ha escrito Catarella. ¿Se lo paso?

—¿Señor Graceffa? Soy el comisario Montalbano. ¿Me ha llamado esta mañana?

—Sí. Ayer por la noche llamé a Retelibera y el periodista Zito me dijo que lo llamara a usted.

—Se lo agradezco. Dígame.

Silencio.

—¿Oiga?

Nada.

Virgen santa, ¿se habría cortado la línea? Cada vez que hablaba, a Montalbano se le cortaba la línea, vete tú a saber por qué, y entonces le entraban sudores fríos y se sentía como un chiquillo repentinamente huérfano.

—¡Oiga! ¡Óigame! —se puso a gritar.

—Estoy aquí.

—Pues entonces, ¿por qué no habla?

—Es que la cosa es muy delicada.

—¿Prefiere no hablar de ello por teléfono?

—Sí, porque de un momento a otro puede regresar mi sobrina, que se ha ido a hacer la compra.

—Comprendo. ¿Puede venir aquí?

—No antes del mediodía.

—Muy bien, lo espero.

—¿Das tu permiso? —dijo Augello desde la puerta.

—Entra y siéntate, Mimì. ¿Salvo te ha dejado dormir esta noche?

—Por suerte sí. Pero me he retrasado porque Beba ha ido al médico y yo he tenido que quedarme al cuidado del niño.

—¿Qué tiene Beba?

—Cosas de mujeres. ¿Alguna novedad?

—Esencialmente, ninguna. Pero podría haber alguna dentro de poco. Aunque se refiere a otra cosa.

—¿Cuál?

—Después te la digo.

El golpe del avistamiento de Picarella quería darlo cuando Catarella le devolviera la fotografía y en presencia también de Fazio.

—Ya has visto en Retelibera que le he pedido a Zito que...

—Sí, ya lo he visto.

—Después de la transmisión llamó un tal Graceffa, que vendrá este mediodía. Y llamó también una tal señora...

Sonó el teléfono.

—*Dottore*, la señora que se llama Annunziata y no Appuntata está aquí.

—Pásamela.

—*Dottore*, no me he explicado bien. Está aquí personalmente.

—Pues entonces acompaña la al despacho del *dottor* Augello.

Mimì lo miró con expresión inquisitiva.

—Atiéndela tú, Mimì. Es una que vio la transmisión y a lo mejor puede ayudarnos a identificar a la chica.

—Pero ¿tú adónde vas?

—Voy a ver a Pasquano.

—Mire que esta mañana me echan humo los cojones —fue la amable advertencia inicial del médico.

Montalbano no se impresionó y contestó en el mismo tono. Pasquano solo se volvía tratable si uno sabía plantarle cara.

—¿Pues sabe usted lo que parecen los míos? Exactamente lo mismo que una locomotora de vapor.

—¿Qué demonios quiere?

Había dicho demonios. Ni coño ni puñetas, lo cual significaba que estaba auténticamente furioso.

—¿Qué ocurre, doctor?

—Pues que ayer por la tarde, en el Círculo, me encontré con una escalera servida.

—Qué bien, ¿no?

—No; porque un cabrón también tenía una escalera. Real y servida. ¿Me explico?

—Pues me parece estupendo, doctor. ¿Había relanzado^[1]?

—¿Usted no lo habría hecho?

—Yo no juego. Pero ya verá como esta tarde lo compensa.

—¿Ha venido para consolarme?

—He venido para...

—... ¿para hablar de la vida de los flamencos?

—No; en todo caso de los lepidópteros.

—¿Se refiere a la chica de la mariposa?

—Me refiero.

—Pues verá, seguramente no había cumplido los treinta. Unos veinticinco años. La mataron de un solo tiro en la cara, disparado a menos de diez metros de distancia.

—¿Un buen tirador?

—Muy bueno o con muy buena suerte.

—Los de la Científica dicen que era un arma de gran calibre.

—No hace falta toda esa ciencia de la Científica. Basta con ver los estragos que ha provocado. La bala rozó el hueso maxilar izquierdo y, simplemente por ponerle un ejemplo, le arrancó la mitad de los dientes superiores, que no he encontrado en el cadáver.

—¿Cuándo la mataron?

—El homicidio se produjo seguramente la noche del sábado. Después, la noche del domingo, el asesino se deshizo del cadáver arrojándolo al vertedero.

Todo coincidía.

—Pero ¿por qué lo guardó todo el domingo?

—La cuestión no me corresponde a mí, le corresponde a usted.

—Dígame, doctor, ¿ha conseguido establecer si la chica mantuvo relaciones sexuales antes de ser asesinada?

—Si las hubiera mantenido, ya se lo habría dicho. Y se lo habría dicho sobre todo al fiscal Tommaseo, para hacerlo inmensamente feliz.

—¿Se prostituía?

—Eso también lo descartaría.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Qué estaba haciendo según usted en el momento que le pegaron el tiro?

—Pregúnteselo a la adivina de la mesita de tres patas.

—Me explicaré mejor. ¿Estaba de pie? ¿Tumbada? ¿Sentada?

—Seguramente de pie. Y quien le disparó se encontraba a su espalda.

—¿Cómo a su espalda? ¿No le disparó de frente?

—En mi opinión, la chica se volvió a mirar en el preciso instante en que el asesino estaba apretando el gatillo. A lo mejor el asesino la llamó, ella se giró y recibió el disparo.

Montalbano lo pensó un poco.

—Dese prisa con sus elucubraciones —dijo el médico—. No tengo tiempo que perder.

—¿No cabe que la chica estuviera huyendo?

—Eso es muy probable.

—¿Quizá de un intento de violación?

—Para esa hipótesis, pídale consuelo al fiscal Tommaseo.

Aquella mañana Pasquano estaba francamente grosero.

—¿En los dedos había señales de anillos?

—Llevaba uno en el meñique izquierdo, no en el anular. Por consiguiente, no estaba casada. O se había casado por otro rito. O puede que estuviera casada pero no llevara alianza.

—¿*Piercings*?

—Ninguno.

—¿Las mordeduras en el muslo?

—Ah, ¿eso? Ratas del tamaño de cachorros de perro.

—¿Es todo lo que puede decirme, doctor?

—No.

—Doctor, mire que yo tampoco tengo demasiado tiempo para perder.

—He encontrado dos cosas.

—¿Piensa decírmelas a plazos mensuales?

—Dos trocitos de lana negra en el interior de la cabeza.

—¿Y eso qué significa?

—¿Usted qué cree? ¿Que eran trocitos de lana congénitos?

—¿Quiere decir quizá que la bala traspasó algo de lana antes de penetrar en la carne?

—Suprima el quizá.

—Quizá llevaba un jersey de lana de cuello alto.

—Aquí el quizá está indicado.

—¿Y la segunda?

—La segunda es que debajo de las uñas de ambas manos he encontrado un poco de purpurina.

—¿Purpurina?!

—Por el amor de Dios, no repita lo que digo porque ya me está atacando los nervios. Purpurina, sí señor. ¿No sabe lo que es?

—¿No es el polvillo que se utiliza para dorar?

—Aprobado por unanimidad, y quítese ya de en medio.

—Una última pregunta. ¿Sufría alguna enfermedad?

—La habían operado de apendicitis.

—No; quiero decir alguna enfermedad que la obligara a tomar medicamentos.

—Entiendo. Usted cree poder llegar a identificarla recorriendo las farmacias de Montelusa y Vigàta. Lamento decepcionarlo: la chica estaba sana. Vaya si lo estaba.

—¿Qué pretende decir?

—Que tenía un cuerpo de atleta.

—¿O de bailarina?

—¿Por qué no? Y ahora, ¿cómo tengo que decirle que se quite de en medio, joder?

—Le agradezco su exquisita amabilidad, doctor. Le deseo un *full* servido.

—¿Contra un póquer de ases? Usted es un grandísimo cabrón.

5

Mientras bajaba a Vigàta, Montalbano pensó que un jersey grueso de cuello alto no podía haber sido traspasado por una bala que entrara por encima del hueso de la mandíbula. La trayectoria no lo permitía, era como si la bala, tras haber rozado la parte superior del cuello, subiese repentinamente un escalón.

Podía tratarse, eso sí, de una bufanda negra que la chica llevara cubriéndose la boca, tal como se hace ciertos días de frío. En ese caso, algún hilo de lana podía haber ido a parar al interior de la herida.

Pero la hipótesis no encajaba porque no era la época adecuada para llevar bufandas de lana. Aunque a lo mejor la chica se la había puesto para una ocasión especial. ¿Y cuáles son las ocasiones especiales en que uno se pone una bufanda de lana? No supo responder.

Y además, ¿dónde puede uno mancharse de purpurina?

¿Y por qué la chica tenía la purpurina debajo de las uñas y no en la yema de los dedos, tal como habría sido lógico?

Un poco antes de llegar a Vigàta, se desencadenó el diluvio que el pescador había previsto la víspera. Del aparcamiento a la entrada de la comisaría, Montalbano se empapó.

—Está aquí el señor Beniamino Graceffa —le advirtió Galluzzo mientras el comisario se sacudía el agua de la ropa.

—Dame tiempo para que me seque la cabeza y después lo haces pasar.

En su despacho abrió un clasificador donde guardaba una toalla, se la pasó por el cabello y se peinó. Pero el agua que se le había colado entre la piel y la camisa le molestaba. Entonces se quitó la camisa y se secó la espalda. Pero en cuanto volvió a ponerse la prenda mojada, la molestia se intensificó.

Empezó a soltar maldiciones. Se quitó de nuevo la camisa y la sacudió cual bandera ondeando al viento.

Mimì Augello entró justo en aquel instante.

—¿Te estás entrenando para una corrida?

—No me hagas caso. ¿Qué te ha dicho la señora Annunziata?

—Chorradas.

—¿O sea?

—Tiene miedo de que también maten a su hija Michela, que es una chica de dieciocho años. Me ha enseñado una fotografía. Puedes creerme, Salvo: una verdadera joya.

—¿Por qué tiene miedo de que la maten?

—Porque Michela también lleva una mariposa tatuada.

—¿Como la de la asesinada?

—No; me la ha descrito y no se parece en nada. Además, Michela la lleva tatuada en la teta izquierda.

—¿Y tú qué le has dicho?

—En primer lugar, que si tuvieran que matar a todas las chicas que llevan una mariposa tatuada, sería una auténtica «catombe», como dice Catarella. En segundo lugar, que mande venir aquí a su hija para que yo pueda examinar meticulosamente el tatuaje.

—Pero ¿te has vuelto loco?

—¡Era una broma, Salvo! ¿Sabes una cosa?, antes eras un hombre con sentido del humor.

—Tú, cuando hay una mujer por medio, nunca se sabe si bromeas o no.

—¿Sabes qué te digo? Mejor me voy. Hasta luego, nos vemos esta tarde.

Apareció en la puerta un septuagenario redondo y bajito, con una cara tan colorada como un tomate maduro y unos ojillos astutos escondidos entre pliegues de grasa.

—¿Da usted su permiso?

—Pase.

El hombre entró y Montalbano le indicó que se sentara.

—Me llamo Beniamino Graceffa. —Se sentó en el borde de una silla—. Estoy jubilado —añadió sin que el comisario le hubiera hecho ninguna pregunta—. Tengo setenta y dos años. —Lanzó un suspiro—. Y soy viudo desde hace diez años.

Montalbano lo dejó hablar.

—No tengo hijos.

El comisario le dirigió una mirada de ánimo.

—Me atiende Cuncetta, la hija de mi hermana Carmela.

Pausa.

—Anoche vi la televisión.

Pausa larga. El comisario pensó que, a lo mejor, ahora le tocaba a él.

—¿Ha reconocido el tatuaje?

—Exactamente el mismo.

—¿Y dónde lo vio?

Los ojillos de Beniamino Graceffa brillaron de emoción. Se lamió los labios con la punta de la lengua.

—¿Y dónde iba a verlo, comisario? —Esbozó una sonrisita y añadió—: Detrás del hombro de una chica.

—¿Estaba en el mismo sitio? ¿Cerca del omóplato izquierdo?

—Justo en el mismo sitio.

—¿Y dónde estaba la chica cuando usted vio el tatuaje?

—La cosa es muy delicada.

—Ya me lo ha dicho, señor Graceffa.

—Ahora me explico. Hace unos cinco meses, mi sobrina Cuncetta me dijo que no podría atenderme durante cierto período de tiempo porque tenía que irse a Catania a hacer una suplencia.

—¿Y entonces?

—Entonces mi hermana Carmela, que tiene miedo de dejarme solo porque ya he sufrido dos infartos, me buscó una chica, una... ¿Cómo se llama ahora?

—Una cuidadora.

—Eso. La verdad es que mi hermana habría querido una persona mayor, pero no la encontró. Y por eso me llevó a casa a esa chica rusa que se llamaba Katia.

—¿Muy joven?

—Veintitrés años.

—¿Guapa?

Beniamino Graceffa se acercó el pulgar, el índice y el dedo corazón a la altura de los labios y emitió el ruido de un beso. Ya estaba todo dicho.

—¿Dormía en su casa?

—Pues claro. —El hombre hizo una pausa y miró alrededor.

—Esté tranquilo, aquí estamos solo usted y yo —aseguró Montalbano.

Graceffa se inclinó hacia el comisario.

—Todavía soy un hombre.

—Lo felicito. ¿Intenta decirme que tuvo una relación con aquella chica?

Graceffa lo miró con expresión desolada.

—Pero qué dice, comisario. ¡No fue posible!

—¿Por qué?

—Comisario, yo, una noche en que ya no podía más, entré en su habitación, pero no hubo manera, no conseguí convencerla, ni siquiera diciéndole que estaba dispuesto a pagar mucho.

—¿Y entonces qué hizo?

—¡Comisario, yo soy un caballero de los de antes! ¿Qué tenía que hacer? Lo dejé correr.

—Pero entonces, ¿cómo pudo verle el tatuaje?

—Comisario, ¿puedo hablarle de hombre a hombre?

—Por supuesto.

—La mariposa la vi tres o cuatro veces mientras Katia se bañaba.

—A ver si lo entiendo. ¿Usted estaba con la chica mientras ella se bañaba?

—No, señor comisario. Ella estaba sola en el cuarto de baño; yo, en cambio, estaba fuera.

—Pero ¿cómo podía...?

—Miraba.

—¿Desde dónde?

—A través del agujero.

—¿El de la llave?

—No, señor, desde el agujero de la cerradura no podía verse nada porque muchas veces estaba puesta la llave.

—¿Entonces?

—Un día que Katia había salido a hacer la compra, tomé el taladro y ensanché un agujero que ya había en la puerta.

Justo un caballero como los de antes.

—¿Y la chica no se dio cuenta?

—La puerta es muy vieja.

—¿Esa Katia era rubia o morena?

—Negra como la tinta.

—En cambio, la joven asesinada era rubia.

—Mejor así. Me alegro de que no haya sido ella. Porque uno se encariña con una chica así.

—¿Cuánto tiempo estuvo en su casa?

—Un mes y veinticuatro días y medio.

Seguramente había contado incluso los minutos.

—¿Por qué se fue?

Graceffa lanzó un suspiro.

—Regresó mi sobrina Cuncetta.

—¿Sabe cuánto tiempo llevaba en Italia?

—Más de un año.

—¿A qué se dedicaba antes de ir a su casa?

—Había trabajado como bailarina en clubes de Salerno y Grosseto.

—¿De dónde procedía?

—¿Quiere saber el pueblo ruso? Me lo dijo, pero lo he olvidado. Si me vuelve a la memoria, lo llamo.

—Pero ¿no ganaba más como bailarina en los clubes?

—A mí me dijo que, como cuidadora, ganaba una miseria.

—¿No le explicó por qué había dejado de trabajar como bailarina?

—Una vez me contó que no lo había hecho voluntariamente y que era mejor que pasara un tiempo al margen de todo eso.

—¿Hablaban bien el italiano?

—Suficiente.

—Durante el período en que estuvo en su casa, ¿recibió visitas?

—Jamás.

—¿Tenía un día libre?

—El jueves. Pero volvía a las diez de la noche.

—¿Recibió o hizo llamadas a menudo?

—Tenía su móvil.

—¿Y sonaba con frecuencia?

—De día, como mínimo diez veces. De noche, no sabría decirle.

—De hombre a hombre, señor Graceffa, ¿jamás se le ocurrió levantarse de noche e ir a escuchar detrás de la puerta de la chica?

—Bueno, sí. Algunas veces.

—¿La oyó hablar?

—Sí, en voz demasiado baja para que pudiera comprender algo. No obstante...

—Dígame.

—Una vez que tenía el móvil sin batería, me pidió permiso para hacer una llamada. La oí, pero no entendí nada porque hablaba en ruso. Pero debía de estar hablando con una mujer porque la llamaba Sonia.

—Se lo agradezco, señor Graceffa. Si recuerda el nombre del pueblo, tenga la bondad de llamarme.

La hora de comer ya había pasado hacía un buen rato y Catarella aún no había regresado.

Montalbano decidió ir a almorzar a la *trattoria* de Enzo. Seguía lloviendo.

Esperó fumando un cigarrillo a que el agua del cielo amainara un poco y después pegó una carrerilla, subió a su automóvil y se fue. Por suerte, encontró sitio para aparcar junto a la entrada.

—*Dottore*, le advierto que el mar está muy agitado —le dijo Enzo a modo de saludo.

—¿Y eso a mí qué carajo me importa? No tengo que salir en barca.

—Se equivoca. ¡Tiene que importarle y mucho!

—Explícate.

—*Dottore*, si el mar está agitado, las embarcaciones de pesca no salen a faenar, y por consiguiente mañana, en lugar de pescado fresco, usía se

encontrará en el plato o bien pescado congelado o bien una preciosa chuleta a la milanesa.

Montalbano se horrorizó ante la idea de la chuleta.

—Pero ¿hoy tenemos pescado?

—Sí, señor. Y muy fresco.

—Pues entonces, ¿por qué me das un susto de antemano?

Pensando que tal vez al día siguiente no habría pescado fresco, pidió una ración doble de salmonetes.

Cuando salió de la *trattoria* llovía a cántaros. El paseo hasta el muelle quedaba descartado; lo único que podía hacer era regresar a la comisaría.

Galluzzo seguía a cargo de la centralita.

—¿Alguna noticia de Catarella?

—Ninguna.

—¿Ha llamado alguien para mí?

—El periodista Zito. Dice que lo llame.

—Muy bien, llámalo y pásamelo.

No había terminado de secarse la cabeza cuando sonó el teléfono.

—¿Salvo? Soy Nicolò. ¿Has visto?

—No. ¿Qué hay?

—He vuelto a pasar las fotografías del tatuaje en el telediario de las diez de esta mañana y en el de la una.

—Te lo agradezco. Yo he hablado con las dos personas que te llamaron.

—¿Te han dicho algo útil?

—Uno, el llamado Graceffa, puede que sí. Tendrías que...

—¿Volver a pasarlas? Comprendo. Serás servido.

Finalmente, cuando ya faltaba muy poco para las cuatro, se presentó Catarella, glorioso y triunfante.

—¡Listo, *dottori*! Cicco De Cicco ha tardado mucho rato, ¡pero ha hecho una obra de arte! —Sacó cuatro fotografías de un sobre y las depositó encima del escritorio del comisario—. ¡Mire el original y mire en las tres copias cómo ha cambiado el hombre que usía quería que cambiara!

En efecto, Di Noto, con bigote, gafas y algunas hebras de plata en el cabello, parecía otra persona.

—Gracias, Catarè. Felicita de mi parte a De Cicco. Cuando lleguen el *dottor* Augello y Fazio, envíamelos.

Catarella se retiró haciendo la rueda como un pavo real. Montalbano se quedó un rato pensando y después decidió guardar el original y las tres copias en un cajón.

Fazio y Augello llegaron casi al mismo tiempo, sobre las cuatro y cuarto.

—Catarella nos ha dicho que querías vernos —dijo Mimì.

—Sí. Sentaos y prestad atención.

Y les contó lo que había averiguado a través del doctor Pasquano y lo que le había dicho Graceffa.

—¿Qué pensáis?

—Yo me pregunto —dijo Mimì— si hay algún significado en el hecho de que dos jóvenes rusas de más o menos la misma edad tengan el mismo tatuaje en el mismo lugar.

—¡Pero, Mimì, si tú mismo me has dicho que las chicas de hoy en día lucen tatuajes en cualquier sitio!

—¿De la misma mariposa?

—¿Y quién te asegura que es la misma?

—Te lo ha dicho Graceffa.

—Pero ten en cuenta que Graceffa pasa de los setenta, que miraba a la chica a través de un agujero y desde cierta distancia; imagínate si, viéndola desnuda, iba a quedarse estudiando el omóplato izquierdo. Además, ¡dime qué crédito se puede dar a semejante testimonio!

—A lo mejor, la contemplación de toda aquella belleza le agudizó la vista —replicó Augello.

—Pues yo, en cambio, pienso en la purpurina —terció Fazio.

—Y haces muy bien —contestó Montalbano.

—¿Dónde se trabaja con purpurina? —se preguntó Fazio. Él mismo se dio la respuesta—: En alguna fábrica de muebles.

—¿Se hacen todavía muebles dorados? —preguntó Montalbano.

—¡Cómo no! —dijo Augello—. El otro día estuve en la boda de un pariente lejano de Beba. Pues bien, todos los muebles estaban...

—En algún restaurador.

—No —replicó Augello perplejo—. ¿Por qué lo dices? Los muebles no estaban en el taller del restaurador, sino en la casa.

—Mimì, lo que yo quería decir es que la purpurina también se puede encontrar en el taller de alguien que restaure muebles antiguos.

—Mañana por la mañana voy a echar un vistazo por ahí —dijo Fazio.

—Sí, pero no puedes limitarte a Vigàta. Tienes que mirar también en Montelusa y en algún pueblo de por aquí cerca. El vertedero del Salsetto lo utilizan los de Vigàta, los de Montelusa, los de Giardina, los de Gallotta...

—Y algunas veces también los de Borgina —terció Augello.

—¡Ojalá Dios nos permitiera descubrir que el homicidio se cometió en Borgina! —exclamó Montalbano.

—¿Por qué?

—¿Has olvidado que Borgina depende de la comisaría de Licata? En ese caso, la investigación les correspondería a ellos.

—Yo estaba pensando en la purpurina —dijo Fazio.

—Pero ¿es que todavía no habías pensado?

—*Dottore*, me estaba preguntando por qué la purpurina estaba debajo de las uñas y no también en los dedos.

—Eso también me lo he preguntado yo.

—Pero yo vi a la muerta y usía no. Tuve la impresión...

—¿Cuál...?

—De que la habían lavado después de matarla y desnudarla —respondió Mimì—. Yo también pensé lo mismo que Fazio.

—La lavaron cuidadosamente, pero olvidaron limpiarle las uñas.

—Perdonad, pero ¿por qué pensáis que la lavaron?

—Porque en el cuello no había ni rastro de sangre —dijo Mimì.

—Ni una gota —confirmó Fazio.

—Lo cual significa que, si no la hubieran lavado, nosotros habríamos podido descubrir dónde la mataron —aventuró Montalbano.

—Probablemente sí —contestaron ambos a coro.

Sonó el teléfono. Fazio y Augello hicieron ademán de levantarse y abandonar la estancia.

—Esperad, que todavía tengo que deciros una cosa.

—*Dottori*, al teléfono hay una mujer que no comprendo cómo si llama.

—Prueba a decirme lo que has comprendido.

—*Cirrinchiò, dottori*.

—Pues lo has comprendido muy bien, *Catarè*. Pásamela.

Se preocupó. ¡A ver si ahora Adelina le decía que no podía ir a hacer la limpieza y prepararle la comida!

—¿Qué hay, *Adelì*?

—*Dutturi*, perdone, pero tengo que decirle que esta mañana he ido a ver a mi hijo Pasquale a la cárcel y me ha dicho que quiere hablar con usía.

—¿No le han concedido todavía el arresto domiciliario?

—Todavía no, *dutturi*.

—¿Mañana vienes?

—Pues claro, *dutturi*.

—Prepárame la comida y recuerda que mañana no encontrarás pescado fresco en el mercado.

—Déjeme hacer a mí.

Una vez desaparecida la pesadilla de la chuleta a la milanesa, *Montalbano* se sintió rebosante de alegría.

Se apoyó en el respaldo del asiento y, en su afán de divertirse haciendo un poco de comedia, miró a *Mimì* y *Fazio* con cara muy seria.

6

Tan seria que Augello se preocupó.

—¿Qué pasa?

—Pasa que ha habido una importante novedad en la cuestión del secuestro de Picarella.

—¿Una novedad? —preguntó Fazio asombrado.

Mimì, en cambio, adoptó un tono de guasa.

—¡No me digas que han pedido un rescate!

—¿Y eso te parece de risa?

—¡Pues claro, porque ni muerto me creo que lo hayan secuestrado!

—Y tú, Fazio, si te dijera que han llamado a la señora Ciccina pidiendo un rescate, ¿te lo crees o no te lo crees?

—Podría creerlo si...

Mimì se enfureció y lo interrumpió:

—¡Pero si tú y yo llegamos a la misma conclusión! ¿Cómo es que ahora cambias de idea?

—Déjeme hablar, *dottor* Augello. Podría creerlo pensando que a Picarella se le ha terminado el dinero que sacó de la caja fuerte y ha hecho que llamara su cómplice para obtener más.

—¡En tal caso, me lo creo!

—¿O sea que vosotros seguís pensando que el secuestro era un montaje?

—Sí —contestaron al unísono Augello y Fazio.

—¿Incluso aunque yo tenga la prueba de que estáis equivocados?

—Sí —repitieron los dos.

Montalbano abrió el cajón, sacó una copia de la fotografía y se la entregó a Mimì.

Fazio se levantó y se colocó detrás de Augello para mirar también.

—¡Coño! —exclamó Augello.

—¡Es él! —dijo Fazio.

—¿Cuándo se hizo? —preguntó Mimì.

—¿Cómo la ha conseguido? —apremió Fazio.

—Calma. La fotografía no tiene más de tres o cuatro días.

—¿Dónde se sacó? —inquirió Mimì.

—En La Habana, en un local nocturno. ¿Veis como os habíais equivocado? Picarella no estaba en las Maldivas ni en las Bahamas, sino en Cuba.

—¡El muy cabrón! —exclamó Mimì.

—Me la ha dado el señor de los bigotes y las gafas, que es de Vigàta.

—No lo conozco —dijo Fazio.

—Pues yo creo que sí —repuso Montalbano pasándole la fotografía original.

—¡Pero si es Di Noto, el que exporta pescado!

—Bravo. He mandado que le modificaran los rasgos para no meterlo en un lío.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Mimì.

—Muy fácil. Mañana por la mañana, mientras Fazio busca fabricantes de muebles y restauradores, tú mandas llamar a la señora Ciccina Picarella y le explicas el cómo y el cuándo.

—¡Y esa, con lo celosa que es, igual la toma conmigo!

—Mimì, gajes del oficio.

—Pero ¿cómo tengo que hacerlo?

—Has de tratarla con mucho tacto, Mimì. Empieza diciéndole, por ejemplo, que estás seguro de que su marido, allí donde se encuentra, está muy bien. Mejor dicho, está estupendamente. Mejor dicho todavía: no puede estar más bien. Y en ese preciso instante, mientras la señora lanza un suspiro de alivio, le enseñas la fotografía.

—¿Y si me pregunta cómo la hemos conseguido?

—Le dices que nos la han enviado con carácter anónimo.

—¿Sabes qué voy a hacer? La llamo ahora y le digo que venga aquí. Así me quito de encima la molestia. Y si es necesario, te llamo a ti.

—¿A mí?! Yo en este caso no pinto nada, Mimì, y tampoco quiero pintar. El mérito de haberlo resuelto os corresponde a ti y Fazio. Por eso, ni se te ocurra.

Se quedó en la comisaría media hora más. Después, temiendo que Mimì se sintiera perdido con la señora Ciccina y lo llamara, decidió irse.

—¿Se va a Marinella, *dottori*?

—Sí, Catarè. Nos vemos mañana por la mañana.

La lluvia había hecho una pequeña pausa. Pero amenazaba con seguir con más fuerza que antes. Nada más salir, Montalbano comprendió que no le apetecía demasiado regresar a casa, pues con tanta agua no podría sentarse en la galería. Tendría que comer en la cocina o delante del televisor. En resumen, él solo entre cuatro paredes rumiando su situación con Livia. ¡Menuda diversión! ¿Qué hacer? ¿Ir a Enzo o probar una *trattoria* nueva? ¿Y si volvía a diluviar?

Puesto que, perdido entre estas dudas, circulaba despacio, alguien tocó el claxon a su espalda. Se desvió hacia un lado. Pero el vehículo que circulaba tras él no solo no lo adelantó sino que volvió a darle ruidosamente al claxon.

¿Es que tenía ganas de tocarle los cojones?

Se había puesto otra vez a llover, y por eso, a través del espejo retrovisor, distinguía apenas que el automóvil de gran cilindrada que lo seguía era verde. Entonces bajó el cristal de la ventanilla, sacó el brazo y le hizo señas de que pasara. La respuesta fue otro estridente bocinazo.

¿Buscaban camorra? Pues la tendrían.

Se desvió hasta el bordillo y se detuvo. El otro coche hizo lo mismo. Entonces el comisario perdió la paciencia. A pesar del agua, abrió la puerta y bajó. Vio que el del otro coche abría la portezuela del copiloto.

Corrió hacia el coche verde, dispuesto a soltar el primer tortazo, pero se vio rodeado por los brazos de Ingrid, muerta de risa.

—Te he hecho enfadar, ¿eh, Salvo?

¡Ingrid Sjostrom! ¡Su amiga, confidente y cómplice! Llevaba por lo menos medio año sin verla.

—¡Qué alegría, Ingrid! ¿Adónde ibas?

—A reunirme con un amigo para cenar. ¿Y tú?

—A Marinella.

—¿Estás solo? ¿Tienes algún compromiso?

—Estoy completamente libre.

—Espera. —Cogió el móvil que descansaba en el salpicadero y marcó un número—. ¿Manlio? Soy Ingrid. Oye, tengo que decirte que, por desgracia, mientras me estaba vistiendo para ir a tu casa me ha entrado una jaqueca terrible. ¿Podemos dejarlo para mañana? ¿Sí? Eres un ángel. —Devolvió el móvil a su sitio—. Jamás en mi vida he sufrido una jaqueca —dijo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el comisario.

—A tu casa; si Adelina te ha dejado algo de comer, nos lo repartimos.

—De acuerdo.

Con Ingrid, la perspectiva de la velada en Marinella ya era otra cosa.

—Yo voy delante y tú me sigues.

—No, Salvo, mi coche no puede seguirte; el motor se resiente. Dame las llaves de la casa y yo voy delante.

Cuando Montalbano llegó, Ingrid estaba en el dormitorio, rebuscando en el interior de su bolso de bandolera.

—Salvo, voy a darme una ducha, que tengo la ropa mojada y pegajosa.

—Después me la doy yo.

En aquel momento, el bolso que Ingrid iba a dejar en la mesita de noche cayó al suelo y el contenido se desperdigó por toda la habitación. Se pusieron a recoger, y al poco rato Ingrid comprobó si lo habían recuperado todo.

—En fin —dijo perpleja.

—¿Qué falta?

—Pensaba que tenía una caja de preservativos. No la encuentro. A lo mejor no la he cogido.

Montalbano la miró alucinado.

—¿Por qué pones esa cara, Salvo?

—¿No es el hombre el que tiene que proveerse?

—Teóricamente sí. Pero si se olvida, ¿qué hacemos? ¿Nos ponemos a cantar tarará tarará?

—Espera, que busco mejor.

—No; déjalo, Salvo. No los necesito. Puesto que he venido a pasar la velada contigo... —dijo mientras se iba al cuarto de baño.

«Puesto que ha decidido pasar la velada conmigo, los preservativos no le hacen falta», se repitió Montalbano.

¿El hipotético fauno Montalbano tenía que sentirse ofendido? ¿El casto José Montalbano tenía que sentirse orgulloso? En la duda, fue a abrir la cristalera de la galería y salió. Seguía lloviendo sin descanso, naturalmente.

Si el agua del cielo no había mojado ni la mesita ni la banqueta era porque la marquesina había cumplido con su deber; en cambio, el agua del mar había llegado hasta debajo de la galería y se había comido la playa por completo. Bien mirado, aunque hiciera un poco de frío, podían poner la mesa fuera.

Abrió el frigorífico y sufrió una decepción. No había nada, excepto unas aceitunas y un poco de queso. ¿Tendrían que salir de casa para buscar un sitio donde comer? Abrió el horno.

—¡Hombre de poca fe! —se regañó a sí mismo.

Adelina había preparado pasta *'ncasciata* y berenjenas a la parmesana; bastaba con encender el horno y calentarlo un poquito.

Entró Ingrid, envuelta en un albornoz suyo.

—Ahora ya puedes ir tú.

Montalbano la miró sin moverse.

—¿Y bien?

—Ingrid, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos?

—Más de diez años. ¿Por qué?

—¿Cómo es posible que te hayas vuelto más guapa?

—¿Al final se te ocurren ideas?

—No; era una simple constatación. Oye, he visto que podemos comer en la galería.

—Mejor. Yo lo preparo todo; anda, ve.

Si la pasta *'ncasciata* fue llorada cuando desapareció, las berenjenas a la parmesana se merecieron, al llegar a su final, una especie de prolongado

lamento fúnebre. Junto con la pasta encontró también una honrosa muerte una botella de un blanco tierno y engañoso, y con las berenjenas se sacrificó, en cambio, media botella de otro blanco que, bajo una suave apariencia, escondía un temperamento traidor.

—Hay que terminar la botella —dijo Ingrid.

Montalbano fue a buscar las aceitunas y el queso.

Después Ingrid quitó la mesa y él oyó que se ponía a lavar los platos.

—Déjalo, total mañana viene Adelina.

—Perdóname, Salvo, pero es más fuerte que yo.

El comisario se levantó, cogió una botella nueva de *whisky* y dos vasos y regresó a la galería.

Poco después Ingrid se sentó a su lado. Él le llenó un vaso hasta la mitad. Bebieron.

—Ahora podemos hablar —dijo Ingrid.

Durante la cena apenas habían hablado como no fuera para hacer comentarios acerca de lo que estaban comiendo. En los frecuentes silencios, el olor y el rumor del agua del mar que golpeaba las pilastras sobre las cuales descansaba la galería habían sido un condimento y una música de fondo tan repentinos como bienvenidos.

—¿Cómo está tu marido?

—Bien, creo.

—¿Qué significa «creo»?

—Desde que lo eligieron diputado vive en Roma, donde se ha comprado un apartamento. Yo nunca he ido. Viene a Montelusa una vez al mes, pero pasa más tiempo con sus electores que conmigo. Por otra parte, ya hace años que no mantenemos relaciones.

—Comprendo. ¿Amores?

—Los justos para sentirme viva. De serie B. Van y vienen.

Pasaron un rato en silencio, prestando atención al murmullo del mar.

—Salvo, ¿qué te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Qué me tiene que pasar?

—No te creo. Tú me hablas, pero piensas en otra cosa.

—Perdona, pero tengo entre manos un caso importante y de vez en cuando me distraigo. Se trata de una chica a la que...

—No pico.

—No entiendo.

—Salvo, tú quieres cambiar de tema y tratas de despertar mi curiosidad. Pero yo no pico. Por si fuera poco, eres incapaz de mentir; te conozco desde hace demasiado tiempo. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Esa vez fue Ingrid la que volvió a llenar los vasos. Bebieron.

—¿Cómo está Livia?

Había pasado al ataque directo.

—Bien, creo.

—Comprendo. ¿Te sientes con fuerzas para contármelo?

—A lo mejor, dentro de un ratito.

El aire era tan salado que pellizcaba y ensanchaba la respiración.

—¿Tienes frío?

—Estoy muy bien —contestó Ingrid.

Le pasó el brazo por debajo del suyo, se lo apretó y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—... en resumen, solo a finales de agosto se dignó contestar finalmente mis llamadas. Puedes creerme: debí de llamarla a diario durante casi un mes. Empecé a preocuparme en serio. Livia me dijo que ella también había intentado llamarme varias veces desde el barco de Massimiliano, pero que no había cobertura porque estaban en alta mar. No me lo creí.

—¿Por qué?

—Pero ¿qué era aquello? ¿La vuelta al mundo sin escalas? ¿Es posible que nunca entraran en un puerto con teléfonos? ¡Anda ya! Y de esta manera, cuando tuvimos la posibilidad de volver a vernos, se armó un follón que no veas. Ahora que lo pienso, creo que fui un poco agresivo.

—Conociéndote como te conozco, quitaría ese «poco».

—De acuerdo, pero me sirvió. Livia me confesó que había habido algo entre ella y...

—¿El primito Massimiliano? ¡No me digas!

—Yo también lo temía. Pero no; fue con un tal Gianni, un amigo de Massimiliano que iba con ellos en el barco. No quiso explicarme nada más. Oye, Ingrid, en tu opinión, ¿qué significa eso de que hubo algo?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Cuando una mujer dice que ha habido algo con un hombre, quiere decir que ha habido de todo.

—Ah.

Montalbano apuró el vaso y volvió a llenarlo. Ella lo imitó.

—Salvo, no me digas que eres tan ingenuo como para no haber llegado a esa misma conclusión.

—Llegué enseguida. Solo quería que tú me lo confirmaras. Y entonces yo rematé la faena.

—No entiendo.

—Le solté que en verano yo tampoco había estado mano sobre mano.

Ingrid se sobresaltó.

—¿Lo dices en serio?

—En serio.

—¡¿Tú?!

—Yo, por desgracia.

—¿Y dónde metiste las manos?

—Conocí a una chica mucho más joven que yo. Veintidós años. No sé cómo pudo ocurrir.

—¿Te la tiraste?

Montalbano se sintió un poco molesto ante aquella manera de hablar.

—Para mí fue una cosa muy seria. Y sufrí de verdad.

—Bueno, pero en medio de un diluvio de lágrimas y remordimientos, hiciste el amor con ella. ¿Es así?

—Sí.

Ingrid lo abrazó, se medio levantó y le dio un beso en los labios.

—Bienvenido al club de los pecadores, cabrón.

—¿Por qué me llamas cabrón?

—Porque le has contado a Livia ese desliz senil.

—No fue un desliz sino algo mucho más...

—Peor.

—¡Pero Livia, en el fondo, fue leal conmigo! Me contó su historia. Yo no podía ocultarle que también...

—¡Quita, por Dios! Y sobre todo no seas hipócrita, ni siquiera se te da bien. Tú a Livia el polvo con esa chica no se lo contaste por lealtad sino como represalia. ¿Y sabes qué te digo? Que a lo mejor lo que te indujo a tirarte a esa chica también fue que el silencio de Livia te provocaba celos. Por consiguiente, lo confirmo: eres un cabrón.

—Mira, Ingrid, que la historia con Adriana, así se llama, fue una cuestión muy complicada. Entre otras cosas, todo lo que ocurrió fue porque ella lo quiso, porque tenía una finalidad concreta.

—¿Fuiste a misa el domingo?

—¿Qué tiene que ver la misa?

—¡Que estás razonando como un auténtico católico! ¡Para vosotros los católicos siempre es la mujer la que induce al hombre a cometer el pecado!

—¿Vamos a iniciar una guerra de religión? Dejémoslo correr —dijo Montalbano enfurecido.

Se pasaron un buen rato en silencio, y después Ingrid murmuró:

—Perdóname.

—¿Por qué?

—Por lo que he dicho sobre la chica. He sido estúpidamente vulgar.

—No, mujer, no.

—Sí, lo he sido. He visto que sufrías hablando de eso y entonces...

—¿Entonces qué?

—Me ha dado un ataque de celos.

Montalbano no entendió nada.

—¿Celos? ¿Estás celosa de Livia?

Ingrid rio.

—No, de Adriana.

—¡¿De Adriana?!

—Pobre Salvo, tú a las mujeres jamás las entenderás. ¿Y ahora en qué situación estáis tú y Livia?

—No sabemos si vale o no la pena tratar de colocar los pedazos otra vez en su sitio.

—Mírame.

Montalbano se volvió a mirarla. Ingrid estaba muy seria.

—Va-le la pe-na. Te lo digo yo. No tiréis a la basura todos estos años juntos. Creéis que no habéis tenido hijos, pero en cambio sí tenéis uno: vuestro pasado en común. Yo no tengo ni eso.

Sorprendido, Montalbano vio caer dos gruesas lágrimas de sus ojos. No supo qué decirle. Quería abrazarla, pero pensó que empeoraría aquel momento de debilidad que ella estaba viviendo. Ingrid se levantó y entró en la casa.

Regresó con la cara lavada.

—Vamos a terminarnos la botella.

Se la terminaron.

—¿Te sientes con fuerzas para conducir?

—No —contestó Ingrid con voz pastosa—. ¿Quieres echarme?

—Ni soñarlo. Cuando tú digas, te acompaño.

—No subiría a un coche contigo ni cuando no has bebido; imagínate si voy a subir ahora. ¿Aún te queda *whisky*?

—Tendría que haber media botella.

—Sácala.

Se la bebieron.

—Me ha entrado sueño —dijo Ingrid.

Se levantó tambaleándose ligeramente, se inclinó y besó a Montalbano en la frente.

—Buenas noches.

Él se fue al cuarto de baño procurando hacer el menor ruido posible, y cuando entró en el dormitorio, Ingrid, que se había puesto una de sus camisas, ya estaba durmiendo como un tronco.

7

Montalbano despertó más tarde que de costumbre con un ligero dolor de cabeza.

Ingrid aún estaba profundamente dormida. Durante la noche no se había movido del lugar en que se había tumbado. El perfume de su piel hizo que Montalbano se quedara un poco más en la cama con los ojos cerrados y las ventanas de la nariz abiertas. Después se levantó despacio y fue a mirar a través de la ventana.

No llovía, pero no había muchas esperanzas: el cielo estaba negro y uniformemente cubierto.

Fue al cuarto de baño, se vistió, preparó café, se bebió dos tazas seguidas y le llevó una a Ingrid.

—Buenos días. Yo tengo que irme dentro de poco. Tú quédate en la cama todo lo que te apetezca.

—Espérame. Me ducho rápidamente y estoy lista. Me apetece otro café, pero contigo.

Él regresó a la cocina a preparar otra cafetera para cuatro.

En casa no tenía nada para el desayuno, pues jamás lo tomaba. Los envases de mantequilla y mermelada solo estaban en el frigorífico en los períodos en que Livia, que solía robarlos en los hoteles, bajaba a pasar unos días en Marinella.

Preparó lo mejor que pudo la mesita de la cocina con un par de servilletas de papel, dos tazas y el azucarero.

Ingrid entró cuando el café acababa de salir. Se sentaron, y el comisario le llenó una taza. Por una vez, se sentía un poco cohibido.

Quizá la víspera no tendría que haberse abierto tanto a su amiga, confiarse tan a fondo. ¡Y encima con una sueca! Una gente que tanto respeta

el pudor por los sentimientos... Igual la había puesto en un aprieto. Además, si había meado fuera del tiesto contándole lo suyo con Adriana, ¿con qué derecho le había contado encima la historia de Livia con Gianni?

Era una cuestión que afectaba a Livia y, si acaso, a él, y que debía quedar entre ellos dos. Pero, por otra parte, ¿con quién podía hablar de la situación sino con Ingrid?

«¿Sabes por qué te has ido de la lengua con Ingrid? Porque eres viejo y ya no aguantas el vino mezclado con *whisky*», dijo Montalbano primero.

«El vino, el *whisky* y la vejez no tienen nada que ver —terció Montalbano segundo—. ¿Cómo puedes evitar que salga sangre de una herida abierta?».

Pero Ingrid no insistió en el tema de la víspera porque seguramente había comprendido la incomodidad de su amigo.

—¿Qué caso tienes entre manos, Salvo?

—Estos días las televisiones locales no hablan de otra cosa.

—Yo nunca veo las televisiones locales. Ni siquiera las nacionales, en realidad.

—En un vertedero de basura encontramos a una chica asesinada, y es muy difícil identificarla pues estaba desnuda, sin ropa ni documentos. Solo tiene un pequeño tatuaje.

—¿Qué tatuaje?

—Una mariposa.

—¿Dónde? —preguntó Ingrid, repentinamente atenta.

—Muy cerca del omóplato izquierdo.

—¡Dios mío! —exclamó ella palideciendo.

—¿Qué ocurre?

—Hasta hace tres meses tuve una asistente rusa que llevaba un tatuaje así... ¿Qué edad tenía?

—No más de veinticinco.

—Coincide. La mía tenía veinticuatro. ¡Dios mío!

—No corras tanto. Puede que no sea ella. Oye, ¿por qué dejaste de tenerla a tu servicio?

—Fue ella, que desapareció de repente.

—Explícate mejor.

—Una mañana no la vi por la casa. Pregunté a la cocinera y ella tampoco la había visto. Fui a su habitación, pero no estaba. Ya no regresó. La sustituí por una de Zambia.

¡Cómo iba a sustituirla por una de Trento o de Canicatti! Cada vez que Montalbano llamaba a casa de Ingrid, le contestaba alguien procedente de Antananarivo, Palikir, Lilongüe...

—Pero su desaparición me hizo sospechar —prosiguió Ingrid.

—¿Por qué?

—Mira, yo casi nunca estoy en casa, pero las pocas veces que había hablado con ella...

—¿Cuánto tiempo estuvo en tu casa? —la interrumpió Montalbano.

—Un mes y unos días. Te estaba diciendo que las pocas veces que hablé con ella no me causó buena impresión.

—¿Por qué?

—Era evasiva, ambigua. No quería hablar de sí misma.

—Y al sospechar, ¿qué hiciste?

—Fui a echar un vistazo a los sitios donde guardo las joyas.

—¿No tienes una caja fuerte?

—No. Las tengo escondidas en tres lugares distintos. Nunca me las pongo. Pero una vez me puse algunas porque tenía que acompañar a mi marido a una cena importante, y en aquella ocasión la chica debió de adivinar dónde las guardaba.

—¿Te las robó?

—Las que estaban en aquel escondite, sí.

—¿Estaban aseguradas?

—¡Qué va!

—¿Cuánto valían?

—Entre trescientos y cuatrocientos mil euros.

—¿Por qué no la denunciaste?

—¡La denunció mi marido!

—¿En la Jefatura de Montelusa?

—No; en la comandancia de los carabinieri.

Por eso él no se había enterado. ¡Imagínate si los carabinieri se dignaban mantenerlos informados! Pero ¿acaso ellos no hacían lo mismo con los

carabineros?

—¿Cómo se llamaba?

—Me dijo que Irina.

—¿Nunca viste algún documento suyo?

—No. ¿Por qué habría tenido que verlo?

—Perdona, pero ¿cómo haces para contratar asistentas, cocineras, mayordomos? En tu casa hay un ir y venir continuo.

—No soy yo quien se ocupa de eso, sino el contable Curcuraci.

—¿Y ese quién es?

—Es el viejo administrador que antes se encargaba de los bienes de mi suegro que ahora pertenecen a mi marido.

—¿Tienes su número?

—Sí, lo tengo en el móvil que he dejado en el coche. Ahora cuando salgamos te lo doy. Oye, si quieres yo podría... aunque la cosa no me gustaría para nada...

—¿Querías verla?

—Si puede serte útil para la identificación...

—El disparo que la mató le arrancó prácticamente la cara. No podrías reconocerla. A no ser que... Oye, ¿esa Irina tenía alguna señal particular que tú hubieras observado?

—¿En qué sentido?

—Lunares, cicatrices...

—En la cara o las manos, no. En otras partes del cuerpo no sabría decirte, pues nunca la vi desnuda.

Había sido una pregunta estúpida.

—Espera, estoy recordando... ¿Las lentillas pueden ser una señal particular? —inquirió Ingrid.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque Irina las llevaba. Recuerdo que un día perdió una, pero la encontramos.

—¿Puedes venir conmigo al despacho cinco minutos? Quiero enseñarte una fotografía.

—Es la segunda vez —dijo Ingrid levantándose.

—¿De qué?

—Que hablamos de una persona desconocida sobre la cual tú estás investigando y que yo en cambio...

—Ya —repuso Montalbano de mala gana.

Ella se refería a aquella vez en que, al ver por casualidad la fotografía de un muerto ahogado que había sido amante suyo, permitió al comisario interrumpir un tráfico de niños.

Pero Montalbano no recordaba aquella investigación con agrado: le había costado una herida en el hombro y, aún más grave, también había tenido que matar a un hombre.

—No me cabe la menor duda: el tatuaje es el mismo —dijo Ingrid devolviéndole la fotografía al comisario, que la dejó encima del escritorio.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Y de Ingrid podía fiarse.

—Pues entonces eso es todo. Te lo agradezco.

Ingrid lo abrazó con fuerza. Él correspondió al abrazo. El momento de incomodidad mientras tomaban el café en la cocina ya había desaparecido por completo.

Y, naturalmente, fue entonces cuando se abrió la puerta y apareció Mimì Augello.

—¿Molesto? —preguntó con una voz como para partirle la cara a puñetazos.

—Para nada —contestó Ingrid—. Ya me iba.

—Te acompaño —dijo Montalbano.

—No hace falta —aseguró ella, besándolo ligeramente en los labios—. Y por lo que más quieras: mantenme al corriente.

Le dijo adiós con la mano a Augello y se fue.

—Ingrid nunca me ha tenido demasiada simpatía —dijo Mimì.

—¿Lo has intentado?

—Sí, pero...

—Ten paciencia; no todas las mujeres se mueren de ganas de ser estrechadas entre tus viriles brazos.

—¿Qué nos pasa esta mañana? ¿Un ataque de amargura? ¿Estamos nerviosos? ¿Algo no salió bien anoche?

—Mimì, ya basta de estupideces fuera de lugar. Ingrid ha venido porque vio en Retelibera las fotografías del tatuaje.

—¿Ingrid lo tiene igual? ¿Lo has comprobado?

—Mimì, pero ¿es que no te das cuenta de lo mucho que me tocas los cojones con esas insinuaciones imbéciles? Si no tienes ganas de hablar en serio, vete y envíame a Fazio.

Como si lo hubieran llamado, apareció Fazio.

—Sentaos —dijo el comisario—. En primer lugar, quiero saber cómo terminó la cosa con la señora Ciccina Picarella. ¿Vino ayer?

—Corriendo —contestó Augello—. Yo me había preparado diciéndole a Gallo y Galluzzo que se quedaran cerca y que intervinieran en cuanto ella empezara a pegar gritos. Pero en cambio...

—¿Cómo reaccionó?

—Miró la fotografía y se echó a reír.

—¿Y qué motivo tenía para reírse?

—Me explicó que se reía porque seguramente el de la fotografía no era su marido, sino alguien que se le parecía muchísimo, un doble. No hubo manera de convencerla. ¿Y sabes por qué, Salvo?

—Le ruego que me ilumine, maestro.

—Rechaza la realidad por un exceso de celos.

—Maestro, pero ¿cómo llega a unas introspecciones tan abismales? ¿Utiliza botellas o practica la inmersión libre?

—Salvo, cuando te pones a hacer el cabrón, te sale muy bien.

—Pero ¿quién nos dice que no es la verdad? —preguntó Fazio en tono dubitativo.

—¿Te has conchabado con la señora Ciccina? —reaccionó Augello.

—*Dottore*, no se trata de conchabarse o no. A mí me ha ocurrido encontrarme en una calle de Palermo con mi primo Antonio. Lo paro, lo abrazo, le doy un beso, y el otro me mira extrañado. No era Antonio sino solo su vivo retrato.

—¿Cómo acabó lo de la señora Ciccina? —preguntó el comisario.

—Dijo que esta misma mañana pediría hablar con el jefe superior de policía porque piensa que esa fotografía nos la hemos sacado de la manga para no tener que encargarnos de la investigación.

—Mimì, ¿sabes qué te digo? Esta misma mañana te metes la fotografía en el bolsillo y vas a ver al jefe superior. Bonetti-Alderighi es capaz de dejarse convencer por la señora Ciccina y armar un escándalo contra nosotros.

—De acuerdo.

—Fazio, ¿has tenido tiempo de efectuar aquellas investigaciones?

—Sí, señor. Entre Montelusa, Vigàta y pueblos cercanos hay cuatro fábricas de muebles. Carpinteros restauradores hay dos en Vigàta, cuatro en Montelusa y uno en Gallotta. Tengo los nombres y las direcciones; los he sacado de la guía telefónica.

—Habría que echar un vistazo.

—Muy bien.

—Ahora voy a hacer tres llamadas que quiero que oigáis. Después hablamos —dijo Montalbano. Puso el altavoz—. ¿Catarè? Tienes que llamar al contable Curcuraci al número...

—¿Cómo dice, *dottori*? ¿Culucaci?

—Curcuraci.

—¿Culculupaci?

—Déjalo estar; llamo yo directamente.

—¿Contable Curcuraci? Soy el comisario Montalbano, de Vigàta.

—Buenos días, comisario, dígame.

—Señor contable, la señora Ingrid Sjostrom me ha facilitado su número de teléfono.

—A su disposición.

—La señora Sjostrom me ha dicho que usted es el administrador de los bienes de su esposo y que, entre otras tareas, se encarga de buscar el personal para la casa...

—Exacto.

—Que se trata, en general, de personal extranjero...

—¡Pero siempre totalmente en regla, comisario!

—No lo pongo en duda. Verá, quisiera saber a quién recurre.

—A monseñor Pisicchio. ¿Lo conoce?

—No tengo el gusto.

—Monseñor Pisicchio está al frente de una organización diocesana que se encarga de echar una mano a esos pobres desdichados que...

—Comprendo, señor contable. ¿O sea que usted dispone de los datos correspondientes a una tal Irina...?

—¡Ah, esa! ¡Una ingrata! ¡Una que muerde la mano que le da de comer! ¡Al pobre monseñor Pisicchio le sentó muy mal! Sus datos los incluí en la denuncia a los carabineros.

—¿Los tiene a mano?

—Un momento.

Montalbano le hizo señas a Fazio de que se dispusiera a escribir.

—Aquí los tengo: Irina Ilic, nacida en Chelkovo el quince de mayo de mil novecientos ochenta y tres. El número del pasaporte es...

—Ya es suficiente. Gracias, señor contable. Si necesito alguna otra cosa, volveré a llamarlo.

—¿Doctor Pasquano? Soy Montalbano.

—Dígame, queridísimo amigo.

El comisario se quedó de piedra. Pero ¿cómo? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Nada de palabrotas, nada de insultos, nada de maldiciones?

—Doctor, ¿se encuentra bien?

—Muy bien, querido amigo. ¿Por qué?

—No, nada. Quería preguntarle una cosa sobre la chica del tatuaje.

—Pregunte, faltaría más.

Montalbano estaba tan aturdido ante la amabilidad de Pasquano que le costó hablar.

—¿Lleva... llevaba lentes de contacto?

—No.

—¿No se le podrían haber caído después del disparo?

—No. Esa chica jamás había llevado lentes de contacto; se lo puedo asegurar.

Fue entonces cuando Montalbano tuvo una iluminación.

—Doctor, ¿qué tal le fue anoche en el Círculo?

La carcajada de Pasquano resonó en toda la estancia.

—¿Sabe que me salió el *full* servido que usted me había vaticinado?

—¿De veras? ¿Y cómo terminó?

—Les partí el culo a todos. Piense que uno relanzó en...

—Señor Graceffa, soy Montalbano.

—Comisario, ¿sabe que estaba a punto de llamarlo yo a usted?

—¿Qué quería decirme?

—¿Sabe que me acudió a la mente el pueblo de donde venía Katia?

Chikovo me parece que se llama.

—¿No podría ser Chelkovo?

—¡Eso es!

—Señor Graceffa, lo llamo por otro motivo.

—Usted dirá.

—Después de la marcha de Katia, ¿tuvo usted ocasión de observar si se había llevado algo de su casa?

—¿Y qué tenía que llevarse?

—Pues, no sé, los cubiertos de plata, algo que hubiera pertenecido a su señora...

—Comisario, ¡Katia era honrada!

—De acuerdo, pero ¿usted lo comprobó?

—No lo comprobé, pero...

—Diga.

—Es una cuestión delicada.

—Usted ya sabe que soy una tumba.

—¿Está solo en su despacho? ¿Me oye alguien?

—Estoy solo, hable tranquilamente.

—Pues bueno... aquella noche que le dije, cuando fui a ver a Katia porque... ¿se acuerda?

—Perfectamente.

—Pues... le dije que le regalaría los pendientes de mi mujer si... incluso se los enseñé, son preciosos... pero ella se cerró en banda... no y no... ¿Me explico?

—A la perfección.

El caballero como los de antes estaba dispuesto a regalar incluso unos pendientes, recuerdo de su difunta esposa, si la chica aceptaba.

—¿Comprobó después si esos pendientes...?

—Pues mire... Precisamente anteayer le regalé esos pendientes, junto con un collar y dos pulseras, a mi sobrina Cuncetta, y por consiguiente...

—Se lo agradezco, señor Graceffa.

—Bueno, ¿nos explicas lo que pasa? —preguntó Mimì.

—La situación es esta. El señor Graceffa tuvo una cuidadora llamada Katia que procedía de Chelkovo y tenía un tatuaje de una mariposa muy cerca del omóplato izquierdo. Dicho sea entre paréntesis, llegados a este punto ya no tengo motivos para dudar de la vista de Graceffa. Mi amiga Ingrid Sjoström, tal como nos ha confirmado Curcuraci, tuvo una asistente llamada Irina que procedía de Chelkovo y tenía un tatuaje idéntico. Solo que Irina era una ladrona y Katia no. Pero Irina utilizaba lentes de contacto y Katia era morena. Por consiguiente, la chica asesinada no puede ser ni Katia ni Irina, pero luce el mismo tatuaje que las otras dos. ¿Vosotros qué pensáis?

—Que tres tatuajes absolutamente idénticos y todos en el mismo lugar no son una coincidencia —dijo Augello.

8

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Montalbano—. No se puede tratar de una simple coincidencia. A lo mejor es una señal de pertenencia, una especie de distintivo.

—¿Pertenencia a qué?

—Mimì, ¿yo qué sé? A una asociación de aficionados a los relojes de cuco, a un club de comedoras de ensaladilla rusa, a una secta de adoratrices de un cantante de *rock*... No olvides que son chicas muy jóvenes y que el tatuaje tal vez se remonta a la época en que iban al instituto o lo que hubiera en Chelkovo.

—Pero ¿por qué precisamente una mariposa?

—Quién sabe. Quizá porque el tatuaje de un elefante o un rinoceronte desentona con una chica guapa.

Se hizo el silencio.

—¿Qué hacemos? —preguntó al poco Mimì.

—De momento, esta mañana quiero comprobar una cosa —dijo Montalbano.

—¿Y yo puedo empezar mi recorrido por las fábricas de muebles y los talleres de restauración? —preguntó Fazio a su vez.

—Sí, cuanto antes empieces, mejor.

—¿Y yo? —dijo Augello.

—Ya te lo he dicho: métete en el bolsillo la fotografía de Picarella y corre a ver al jefe superior; hazme caso. Nos vemos esta tarde a las cinco. Ah, envíadme a Catarella.

Mientras ambos salían, Montalbano escribió algo en una hoja doblada. Catarella se presentó de inmediato.

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—En esta hoja hay dos nombres, Graceffa y monseñor Pisicchio. De Graceffa te he anotado también el número. Lo llamas y le pides que te dé el número de su hermana, que se llama Carmela, el número y la dirección. Después busca en la guía telefónica de Montelusa a monseñor Pisicchio, lo llamas y me lo pasas. ¿Está claro?

—Más claro que el sol, *dottori*.

A los cinco minutos sonó el teléfono.

—Pisicchio.

—¡Ah, monseñor! Soy el comisario Montalbano de Vigàta. Disculpe que me haya tomado la libertad de...

—¿Por qué quiere saber cómo se llama mi hermana y su número de teléfono? —lo interrumpió Pisicchio.

Por la voz se deducía que el monseñor estaba más bien cabreado. Virgen santa, pero ¿qué lío había armado Catarella?

—No, monseñor, perdóneme; el encargado de la centralita... el encargado de la centralita se habrá... su hermana no... perdone, yo quería ir a verlo esta mañana a propósito de una investigación que...

—¿Que no se refiere a mi hermana?

—En absoluto, monseñor.

—Pues entonces venga a las doce del mediodía en punto. Via del Vescovado, cuarenta y ocho. Sobre todo, le ruego que sea puntual.

La comunicación se cortó sin ninguna despedida. Era hombre de pocas palabras monseñor Pisicchio.

—¡Catarella!

—¡Aquí estoy, *dottori*! ¡Tengo el número de la hermana de Graceffa!

—Pero ¿por qué le has preguntado el nombre y el número de su hermana también a monseñor?

Catarella lo miró perplejo.

—Pero ¿usía no quería el número de las dos hermanas, la de Graceffa y la de monseñor Pisicchio?

—Déjalo correr. Dame el número que te ha facilitado Graceffa y procura desaparecer.

Catarella se retiró, confuso y humillado. Como es natural, en el número no se distinguía si los treses eran ochos y los cinco, seises. Consiguió acertar a la primera.

—¿Señora Loporto?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy el comisario Montalbano. Su hermano Beniamino me ha facilitado su número. Necesito hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, señora.

—¿Y yo por qué tengo que hablar con usted? ¡Ni hablar del peluquín! ¡Yo la conciencia la tengo tranquila!

—No me cabe duda. Se trata de una simple información.

—¡Ah, bueno! ¡Ya lo he comprendido! —Carcajada sardónica de la señora Loporto.

—¿Qué ha comprendido?

—¡Ya no hay comidita para gatos, amigo mío!

—No entiendo, señora.

—¡Yo, en cambio, a ti te entiendo muy bien! Como la otra vez, que con la excusa de pedirme una información, ¡me vendiste una aspiradora que no funcionaba! Quizá lo mejor sería cambiar de tono.

—Muy bien, pues dentro de cinco minutos van dos agentes a recogerla y la traen a comisaría.

—Pero ¿de verdad eres un poli?

—Sí. Y le aconsejo que conteste a mi pregunta: cuando usted buscaba una cuidadora para su hermano, ¿a quién recurrió?

—Al padre Pinna.

—¿Quién es?

—¿Cómo que quién es? Un cura. ¡El párroco de mi iglesia!

—¿Y él fue quien le indicó a aquella chica rusa, Katia?

—No; el padre Pinna me dijo que me dirigiera a monseñor Pisicchio, que está en Montelusa.

—¿Y fue monseñor Pisicchio quien le envió a Katia?

—No; fue otra persona por cuenta del monseñor.

Las calles de la parte antigua de Montelusa están tan enmarañadas como los intestinos en la barriga; las direcciones prohibidas, las obras públicas, los contenedores de basura llenos a rebosar, los cascotes de una finca baja con jardín que se había derrumbado dos meses atrás y seguían obstruyendo la mitad de una callejuela, hicieron que Montalbano llegara diez minutos después del mediodía.

—Llega usted con retraso —dijo monseñor Pisicchio mirándolo indignado—. ¡Y eso que le había rogado que fuera puntual!

—Perdone, pero el tráfico...

—¿Acaso el tráfico es una novedad? Eso significa que, sabiendo que siempre hay tráfico, uno sale antes de casa y evita llegar tarde.

Era un hombretón de unos cincuenta años, de cabello pelirrojo y figura y modales de exjugador de *rugby*. En el despacho del obispado, todos los muebles estaban en proporción con el tonelaje del monseñor, incluido el crucifijo que había detrás del escritorio y que también lo miró de mala manera, o eso por lo menos le pareció a Montalbano, por haber llegado con retraso.

—Crea que lo siento —dijo Montalbano, temiendo sufrir algún castigo corporal.

—¿Qué desea de mí?

—Me han dicho que está usted al frente de una organización que se encarga de buscar trabajo...

—Sí. La organización, como usted la llama, es una asociación fundada hace cinco años, La Buena Voluntad. Nos encargamos sobre todo de muchachas muy jóvenes para evitar que caigan en ambientes ambiguos o en el mundo del hampa, estilo droga, prostitución...

—¿Cuántos son ustedes?

—Aparte de mí, seis. Tres hombres y tres mujeres. Todos voluntarios, dotados precisamente de buena voluntad.

—¿Cómo hacen las chicas para ponerse en contacto con ustedes?

—De muchas maneras. Algunas se presentan solas porque se han enterado de nuestra existencia; a otras nos las indican los párrocos, asociaciones similares a la nuestra u otras personas corrientes; a otras

conseguimos convencerlas de que abandonen lo que estaban haciendo y confíen en nosotros.

—¿Y cómo las convencen? —preguntó el comisario. Confió en que, entre los medios de convicción, no se incluyeran maneras rudas propias de un jugador de *rugby*.

—Nuestros voluntarios las abordan en las calles donde han empezado a prostituirse o bien en los locales nocturnos... En resumen, intentamos llegar a tiempo, antes de que ocurra lo irreparable.

—¿Cuántas aceptan su ayuda?

—Más de las que pueda imaginar. Muchas jóvenes se dan cuenta del peligro y prefieren un trabajo honrado a las ganancias fáciles.

—¿Ocurre que alguna muchacha se harte del trabajo honrado y regrese a las ganancias fáciles?

—Raras veces.

—¿Podría hablar con sus voluntarios?

—No hay problema. —Buscó bajo el escritorio, sacó una hoja y se la entregó—. Aquí están los nombres, direcciones y números de teléfono.

—Se lo agradezco. He venido por dos chicas rusas, Katia e Irina, que su organización, perdón, su asociación ha...

—Por desgracia, de esa tal Irina me hablaron. Pero usted no tiene que dirigirse a mí.

—¿Pues a quién entonces?

—Verá, yo represento legal y oficialmente a La Buena Voluntad, la presido, recaudo fondos, pero ¿me creerá si le digo que, en cinco años, no he visto ni siquiera a una de esas chicas?

—¿Pues a quién debo dirigirme?

—Al primer nombre de la lista. Es el *cavaliere* Guglielmo Piro, el brazo operativo, vamos a decir.

—¿La organización, perdón, la asociación tiene una sede?

—Sí, en dos cuartitos de via Empedocle, doce. Encontrará todas las indicaciones en la hoja que le he entregado.

—¿Qué horario tienen?

—En via Empedocle hay alguien solo pasadas las siete de la tarde. De día mis voluntarios trabajan, ¿comprende? Además, para hacer lo que hacemos,

nos basta el teléfono. Y ahora no me haga más preguntas. Habrá de perdonarme, pero tengo un compromiso. Si se hubiera dignado ser puntual...

Puesto que se encontraba en Montelusa, se acercó un momento a Retelibera.

Nicolò Zito le dijo que no tenía mucho tiempo porque estaba a punto de salir en antena con el telediario.

—¿Sabes que, a propósito de las fotos, no he recibido ninguna llamada más exceptuando las dos del primer día?

—¿Te parece extraño?

—Un poco. ¿Debo seguir sacándolas en antena?

—Solo hoy y después basta.

Montalbano también se había sorprendido de la escasez de informaciones. En general, la búsqueda de una persona a través de la televisión desencadenaba un diluvio de llamadas de gente que realmente había visto, de gente que había creído ver, y de gente que no había visto nada pero aun así llamaba. Esta vez, en cambio, solo se habían recibido dos llamadas, y por si fuera poco, una de ellas era completamente inútil.

Llovía ligeramente cuando se detuvo delante de la *trattoria*. Seguía sin haber pescado fresco, pero Enzo le llevó de primero pasta con pesto trapanés, y de segundo bacalao *alla ghiotta*, es decir, a la glotona, según la antigua receta mesinesa.

En conjunto, Montalbano no se sintió con ánimos para quejarse aunque no tuviera una especial inclinación por el bacalao.

Al salir de la *trattoria*, puesto que seguía lloviendo un poco, fue a la comisaría.

De la hoja que le había entregado monseñor Pisicchio se deducía que el *cavaliere* Guglielmo Piro, el primero de la lista en su condición de brazo operativo, tenía tres números de teléfono. Después del primero figuraba «dom.», después del segundo «desp.», y después del tercero nada porque era el de un móvil.

Igual a aquella hora el *cavaliere* estaba en su casa descansando después de comer. Marcó el primer número.

—¿Oiga? ¿Hablo con casa Piro? ¿Sí? Soy el comisario Montalbano.

—Tú espera que yo aviso —dijo la voz de una chica.

Se ve que el *cavaliere* se servía de su misma asociación.

—¿Dígame? No he entendido quién llama.

—*Cavaliere*, soy el comisario Montalbano. Necesito verlo urgentemente.

—¿Para una casa?

¿De qué estaba hablando? ¿Qué pintaban las casas?

—No; necesito que usted me proporcione información sobre las muchachas rusas que...

—Entiendo. Como mi principal actividad es la venta de casas, había pensado... ¿Quién le ha facilitado mi número?

—Monseñor Pisicchio, que también me ha dado una hoja ilustrativa de La Buena Voluntad, la asociación que tienen ustedes.

¡Había conseguido no llamarla organización!

—Ah. Pues entonces podríamos vernos más tarde en via Empedocle.

—De acuerdo. Dígame a qué hora.

—¿Le parece bien a las seis? Si quiere verme antes, puede ir a mi agencia inmobiliaria, que está en la via...

—No, *cavaliere*; se lo agradezco, pero me va muy bien a las seis.

Después le entró una duda. ¿Y si en La Buena Voluntad estaban todos chiflados como monseñor Pisicchio?

—Le advierto que a lo mejor llego con un poco de retraso.

—No importa. Lo esperaré.

El primero que apareció a las cinco fue Mimì Augello.

—¿Has visto al jefe superior?

—¿Sabes que la señora Ciccina ya había hablado con él?

—¡Pues se habrá presentado a las tantas de la madrugada! Pero bueno, ¿qué te ha dicho?

—Que nos hemos tomado el secuestro a la ligera. Que enseguida nos hemos empeñado en decir que era un montaje y no hemos organizado

búsquedas serias. Que ha habido demasiada superficialidad. Que él no está en modo alguno dispuesto a defendernos si se descubre que se trata de un auténtico secuestro. Que nada nos autoriza a pensar que la señora Ciccina no tenga razón. Que puede ser un doble. Que la creencia popular según la cual en el mundo hay siete personas exactamente iguales no es tan descabellada en el fondo. Que...

—Ya basta. ¿En resumen?

—¿Tú te acuerdas de Poncio Pilato?

Llegó Fazio.

—¿Me traes algo?

—No, señor *dottore*; vengo con las manos vacías. Además, voy demasiado despacio.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué tengo que preguntar, lo que tengo que hacer, dónde tengo que mirar. En cualquier caso, he empezado con los dos restauradores y con la fábrica de muebles que hay aquí en el pueblo.

—Dime.

—La fábrica de muebles Jannuzzo quebró hace un año. La tienda está abierta para la venta de los muebles que todavía quedan, pero la gran nave donde los fabricaban está cerrada y ya nadie trabaja allí. He echado un vistazo a las cadenas de las puertas, y están todas oxidadas; le garantizo que nadie las ha tocado en los últimos meses.

—¿Y los talleres de restauración?

—Uno está en un local de cuatro metros por cuatro, y el restaurador, por decirlo de alguna manera, arregla sillas de paja, cómodas a las que les falta una pata y cosas así. Las cosas que tiene que reparar las saca a la acera y por la noche las guarda dentro. En cambio, el otro es un verdadero restaurador. He hablado con él; se llama Filippo Todaro. Tenía purpurina y me la enseñó. Me explicó que necesita muy poca para la restauración de dorados. Cuestión de pocos gramos.

—¿Me estás diciendo que nos olvidemos de los restauradores?

—Sí, señor *dottore*.

—Pues muy bien. Recuerdo que me dijiste que las fábricas de muebles son solo cuatro.

—Sí, pero...

—¿Crees que es inútil?

—Sí, señor. Me parece que es una completa pérdida de tiempo, o sea que no merece la pena.

—No te desanimes, Fazio. Mañana habrás terminado. Pero créeme, es demasiado importante, hay que hacer esa comprobación.

—Dos las hago yo —se ofreció Mimì, conmovido por la desconsolada expresión de Fazio.

—Pero ¿por qué piensas que estás haciendo algo inútil? —preguntó Montalbano.

—*Dottore*, no sé explicarlo con palabras. Es una sensación.

—¿Quieres saber una cosa? Yo también tengo la misma sensación. Así que terminemos con el control de las fábricas de muebles, y después, cuando hayamos llegado a la conclusión de que estamos siguiendo un camino equivocado, nos pondremos a buscar otro.

—Como quiera usía.

Puesto que se había desatado otro diluvio y los limpiaparabrisas no daban abasto para retirar el agua del cristal, le costó Dios y ayuda encontrar la maldita via Empedocle. Cuando finalmente la enfiló, no había sitio para aparcar ni siquiera un alfiler. Consiguió estacionar en una callecita casi paralela, via Platone. Teniendo en cuenta que se encontraba en un barrio filosófico, decidió tomarse el asunto con filosofía.

Esperó en el interior del coche a que amainara un poco la lluvia y después bajó, pegó una buena carrera y llegó a la cita con un cuarto de hora de retraso. Pero no hubo reproches.

—Quisiera saber en primer lugar cómo se desarrolla el trabajo que ustedes llevan a cabo.

—En realidad, nuestro trabajo es muy sencillo —dijo el *cavaliere* Guglielmo Piro.

Era un sesentón tirando a bien vestido y un tanto enano, sin un solo cabello en la cabeza ni pagado a precio de oro, y que además tenía un tic: cada tres minutos se pasaba el índice de la mano derecha bajo la nariz. El

primero de los dos cuartitos era una especie de lugar de acogida con sillas, butacas y un sofá; en el segundo, donde se encontraban el comisario y el *cavaliere*, había un ordenador, tres ficheros, dos teléfonos y dos escritorios.

—Se trata de establecer cuál de las chicas disponibles cumple los requisitos necesarios para satisfacer las necesidades especiales de quien se dirige a nosotros. Una vez seleccionada la chica, la ponemos en contacto con el solicitante. Eso es todo.

«Eso es todo y un cuerno», pensó Montalbano, a quien el *cavaliere* le había caído inmediatamente antipático sin un motivo plausible.

—¿Cuáles son las necesidades especiales de sus clientes?

El *cavaliere* se pasó tres veces el dedo bajo la nariz.

—Perdóneme, *dottore*, pero clientes es una palabra equivocada.

—¿Y cuál es la correcta?

—No sabría decirle. Pero querría que le quedara claro que las personas que recurren a nosotros para encontrar una chica no nos pagan una sola lira, mejor dicho, un solo euro. El nuestro es un servicio social, sin ánimo de lucro, que busca el rescate y, ¿por qué no?, la redención...

—Sí, pero el dinero quién se lo da.

El *cavaliere* hizo una mueca de desagrado ante la brutalidad de la pregunta.

—La Providencia.

—¿Quién se oculta detrás de ese seudónimo?

Esta vez el *cavaliere* se puso nervioso.

—Nosotros no tenemos nada que esconder, ¿sabe? Muchos nos ayudan, incluso con donativos, y después contamos con la región, la provincia, el ayuntamiento, el obispado, las limosnas...

—¿El Estado no?

—Sí, en menor medida.

—¿En cuánta?

—Ochenta euros al día por cada huésped.

Lo cual era una buena aportación, aunque fuera minoritaria, tal como decía el *cavaliere*.

—¿Cuántas chicas tienen en este momento?

—Doce. Pero estamos al máximo.

Lo cual significaba 960 euros diarios. Calculando un promedio de diez chicas al día, eran 292 000 euros anuales. ¿Y esto era lo menos? No estaba nada mal para una asociación sin ánimo de lucro.

Montalbano empezó a percibir olor a quemado.

9

Además, algo en la actitud del *cavaliere* no le cuadraba. ¿Se molestaba por la manera en que él le hacía las preguntas o temía que consiguiera hacerle la pregunta apropiada? ¿Aquella que le habría resultado muy difícil de contestar? Pero en ese caso, ¿cuál era la pregunta apropiada?

—¿Tienen algún sitio donde alojar a las chicas que están a la espera de un trabajo? —preguntó a bocajarro.

—Por supuesto que sí. Es un chaletito un poco en las afueras de Montelusa...

—¿Es propiedad de ustedes?

—Ojalá. Pagamos un alquiler bastante alto.

—¿A quién?

—A una sociedad de Montelusa. Se llama Mirabilis.

—¿Tienen personal encargado de atenderlo?

—Sí, personal fijo. Pero necesitamos también personal externo, eventual.

—¿De qué clase?

—Bueno, médicos, por ponerle un ejemplo.

—¿Por si las chicas caen enfermas?

—No solo en caso de enfermedad. Pero es que, verá, cada chica nueva que llega es sometida a un examen médico.

—¿Para ver si sufre alguna enfermedad de carácter sexual?

El *cavaliere* Piro no dio señal de molestarse por la pregunta. Arrugó la frente, elevó los ojos al cielo y se pasó el dedo bajo la nariz, todo simultáneamente y con un bonito efecto cómico.

—Para eso también, naturalmente. Pero sobre todo para saber si tienen una constitución sana y vigorosa. Verá, con la vida tan desgraciada que han tenido que llevar...

—¿Los médicos los pagan ustedes?

—No; es un convenio entre el obispado y...

¡Casi que se arriesgaban a desembolsar una lira!

—¿Los medicamentos también los reciben gratis?

—Naturalmente.

Naturalmente. ¿Qué te habías creído?

—Vamos a dar un paso atrás. Le había preguntado cuáles son las necesidades especiales que usted me ha mencionado.

—Bueno, hay quien necesita una cuidadora, hay quien necesita una asistente o una cocinera. ¿Comprende?

—Perfectamente. ¿Y nada más?

El *cavaliere* se frotó la nariz.

—La edad y la religión también son importantes.

—¿Y nada más?

Frotamiento de la nariz a velocidad supersónica.

—¿Y qué otra cosa podrían querer?

—Pues no sé... color del cabello... de los ojos... longitud de las piernas... circunferencia pectoral... medidas de la cintura...

—¿Y por qué tendrían que hacer esas peticiones?

—Pues mire, *cavaliere*, podría ocurrir que algún viejecito soñara con una cuidadora que se pareciera a la pequeña hada de los cabellos turquí, la de *Pinocho*.

Bajo la nariz, el *cavaliere* se pasó primero el dedo derecho e inmediatamente después también el izquierdo. Montalbano cambió de tema.

—¿Cuál es el promedio de edad?

—Bueno, a ojo de buen cubero yo diría que veintisiete, veintiocho años.

—Pero estas chicas, que cuando llegan a ustedes han hecho otras cosas muy distintas, ¿cómo aprenden a ser cocineras, asistentes?

Guglielmo Piro pareció lanzar un leve suspiro de alivio.

—Tardan muy poco, ¿sabe? Son muy listas. Y nosotros, siempre que descubrimos en una de ellas alguna inclinación especial, la ayudamos, ¿cómo diría?, a perfeccionarse.

—A ver si lo entiendo. ¿Contratan ustedes a maestras que les enseñan a guisar, a...?

—¿Qué necesidad tenemos de contratar a maestras? Aprenden observando a nuestro personal.

Y de esta manera también se ahorran mano de obra.

—Monseñor Pisicchio me ha dicho que algunas chicas se las indican los párrocos, otras proceden de asociaciones similares a la de ustedes, y a otras se las recluta directamente...

El *cavaliere* se pasó frenéticamente el dedo bajo la nariz.

—¡Dios mío, qué palabra tan fea! ¡Reclutar!

—¿He vuelto a equivocarme con las palabras? Disculpe, *cavaliere*, mi vocabulario es más bien limitado. ¿Usted cómo lo llamaría?

—Pues, no sé... convencer, salvar, eso es.

—¿Y cómo se las convence de que se salven?

—Bueno, de vez en cuando Masino, pobrecito, carga con la tarea de darse una vuelta por los locales nocturnos.

—Debe de ser un trabajo muy duro.

El *cavaliere* no captó la ironía.

—Sí.

—¿Se limita a los locales nocturnos sicilianos?

—Sí.

—Las, digamos, consumiciones, ¿las paga de su propio bolsillo?

—¡Faltaría más! Presenta una nota de gastos.

—¿Y cómo actúa?

—Pues mire, una vez detectada una chica, ¿cómo diría?, un poco distinta de las demás...

—¿Distinta cómo?

—Más reservada... menos dispuesta a las proposiciones sexuales que le hacen los clientes... Entonces Masino la aborda y se pone a hablar con ella. Masino es, ¿cómo diría?, muy facundo.

—¡Facundo! Gracias por enriquecer mi vocabulario. Y esos recorridos, ¿los hace todas las noches?

—¡No, por Dios! Solo el sábado por la noche. De lo contrario, si tuviera que permanecer despierto hasta altas horas de la madrugada, su trabajo se iría, ¿cómo diría...?

—¿... a la puta mierda?

El *cavaliere* lo fulminó con una mirada de indignación.

—... a pique.

—¿Cómo se llama Masino?

—Tommaso Lapis, y es el tercer nombre de la lista que le ha entregado monseñor. Pero Anna también hace lo mismo algunas veces. Anna Degregorio es el cuarto nombre.

—¿Anna Degregorio frecuenta sola los locales nocturnos?

—No, de ninguna manera. Es una chica muy guapa y podría haber equívocos. Va con su novio, que sin embargo no pertenece a nuestra asociación.

—Pero sabe combinar lo útil con lo placentero.

—Se me escapa el sentido de la...

—¿La señorita también presenta la nota de gastos?

—Por supuesto.

—¿Y ella también va el sábado por la noche?

—No. El domingo. El lunes no trabaja.

—¿A qué se dedica?

—Es peluquera.

—Mire, voy a decirle el motivo por el cual quería verlo. Le daré dos nombres: Irina y Katia, rusas, veintipocos años, ambas nacidas en Chelkovo.

—Ya me lo imaginaba, ¿sabe? ¿Irina ha vuelto a hacer trastadas? El contable Curcuraci se nos quejó por el robo de las joyas de la señora Sjostrom. Pero nosotros no podemos garantizar la honradez de las chicas. ¿Qué ha hecho ahora?

—No me consta que haya hecho ninguna trastada. Sé que Irina se apellida Ilic. Pero quisiera saber el apellido de Katia.

—Espere un momento.

Piro se acercó al ordenador y se entretuvo buscando un poco.

—Katia Lissenko, nacida en Chelkovo el tres de abril de mil novecientos ochenta y cuatro. ¿Ella también ha causado algún daño?

—No creo.

—Aquí consta que la habíamos colocado como cuidadora de un señor de Vigàta, Beniamino Graceffa. ¿Sigue trabajando allí?

—No; se fue. ¿Se puso de nuevo en contacto con ustedes?

—No hemos vuelto a tener noticias tuyas.

—¿Y de Irina?

—De Irina tampoco, pero si hubiera vuelto a presentarse, habríamos tenido que mandarla detener. No habríamos podido evitarlo. Nosotros respetamos totalmente la...

—¿Han tenido muchos casos de chicas que los hayan defraudado, traicionado su confianza?

—Solo dos veces, por suerte. Como ve, un porcentaje francamente irrisorio. Irina y una nigeriana.

—¿Qué hizo la nigeriana?

—Amenazó con un cuchillo a la señora en cuyo domicilio trabajaba; los hechos ocurrieron hace aproximadamente cuatro años. No hemos tenido otras quejas, gracias a Dios.

Al comisario no se le ocurría ninguna otra pregunta. El pestazo a quemado lo notaba más fuerte que nunca, pero no conseguía establecer su origen. Se levantó.

—Gracias por todo, *cavaliere*. Si necesitara algo más...

—Estoy a su entera disposición. Lo acompaño.

Fue justo en la puerta cuando se le ocurrió preguntar:

—¿Recuerda si Katia e Irina llegaron juntas a su asociación?

El *cavaliere* Piro no tuvo la menor duda.

—Juntas, lo recuerdo perfectamente.

—¿Y eso?

—Estaban muy asustadas. Aterrorizadas. Michelina, el tercer nombre de la lista, la que se encarga de la acogida inicial, ya no sabía qué hacer, hasta el punto de que se vio obligada a llamarme para que la ayudara a tranquilizarlas un poco.

—¿Le dijeron el motivo?

—No. Pero se puede comprender.

—¿O sea?

—Probablemente se habían escapado a espaldas de su, ¿cómo diría?, explotador.

—¿Por qué piensa en un explotador? Al parecer no eran putas, sino bailarinas.

—Ciertamente. Pero a lo mejor no habían terminado de pagar a quien las ayudó a venir a Italia. Usted ya sabe cómo se realizan esas expatriaciones, ¿verdad? Su amiga, en cambio, llegó una semana después.

Seguramente un golpe en la cabeza le habría hecho menos efecto a Montalbano.

—¿Su... su... su amiga?

El *cavaliere* se sorprendió de la violenta sorpresa del comisario.

—Sí... Sonia Mejerev, también de Chelkovo, que...

—¿Dónde la colocaron?

—No tuvimos tiempo de hacerlo porque una noche, después de una semana de permanencia con nosotros, ya no regresó al chaletito. Desapareció.

—Pero ¿no preguntaron a sus amigas si sabían algo?

—Sí, desde luego. Pero Irina nos tranquilizó, nos dijo que Sonia había encontrado a un amigo de su padre y que era...

—¿Fue Masino quien las convenció a las tres de que vinieran aquí, a su asociación?

—No; se presentaron espontáneamente.

—¿Tiene fotografías de las chicas?

—Tengo fotocopias de los pasaportes.

—Vamos dentro. Las quiero.

Mientras el *cavaliere* imprimía desde el ordenador, Montalbano le preguntó:

—¿Puede darme la dirección del chalet donde se alojan las chicas?

—Está en la carretera de Montaperto. Inmediatamente después del surtidor de gasolina. Es un chalet bastante grande...

—¿Cómo de grande?

—Tres pisos; lo reconocerá enseguida.

El chaletito había aumentado repentinamente de tamaño.

—¿Las chicas comen allí?

—Sí. Tenemos cocinera y asistenta. Hay también una, ¿cómo diría?, una encargada que duerme en la casa. Algunas veces nuestras huéspedes están intranquilas. Se pelean por cualquier tontería, llegan a las manos, se hacen desaires.

—¿Puedo ir?

—¿Adónde?

—Al chaletito.

El *cavaliere* no dio la impresión de estar muy de acuerdo.

—Bueno, es que a esta hora... Ya está de guardia el vigilante nocturno. Tiene orden taxativa de no dejar entrar a nadie. Comprenderá que, con todas esas mujeres, unos malvados serían capaces de... Si quiere, puedo llamar y... pero no veo ningún motivo para que usted...

—¿La asistenta y la cocinera también duermen allí?

—La cocinera sí. La asistenta no; entra a trabajar a las nueve de la mañana y sale a la una.

—Anóteme el nombre, el apellido, la dirección y el número de teléfono de la asistenta.

Fue lo primero que hizo nada más llegar a Marinella. Dejó las fotografías encima de la mesita de noche y la llamó.

—¿La señora Ernestina Vullo? Soy el comisario Montalbano.

—¿Comisario de qué?

—De policía.

—Oiga, mire, yo a mi hijo 'Ntoniu lo eché de casa a patadas. ¿Es mayor de edad?

—¿Quién? —preguntó Montalbano, un tanto perplejo y no muy seguro de que la pregunta estuviera dirigida a él.

—Mi hijo. ¿Es mayor de edad?

—No sabría decirle.

—¡Pues claro que es mayor de edad! ¡Tiene treinta años! Y por eso usted tiene que ir a buscarlo donde coño se esté exhibiendo y no a mi casa. Buenas noch...

—¡Espere, señora; no cuelgue! No la llamo por su hijo sino por su trabajo en el chalet de La Buena Voluntad, donde se alojan...

—¡... esas puerkas! ¡Esas grandísimas putas! ¡Guarras! ¡Zorras! ¡Chicas de mala vida! ¡Uff, comisario! ¡Imagínese que por la mañana van desnudas por toda la casa!

Justo lo que él quería saber.

—Oiga, señora, piense un poco antes de contestar. Procure recordar bien. Hace tiempo hubo en el chalet tres chicas rusas, Irina, Sonia y Katia. ¿Las recuerda?

—Pues claro. Katia era una buena chica. Sonia se escapó.

—¿Tuvo ocasión de ver si las tres lucían el mismo tatuaje cerca de la paletilla izquierda?

—Sí, señor, una mariposa.

—¿Las tres?

—Las tres. Una mariposa exactamente igual.

—¿Ha visto que en la televisión han mostrado...?

—Yo no veo la televisión.

¿Sería útil convocarla en comisaría y mostrarle las fotografías? Llegó a la conclusión de que no.

—Una vez, pero de eso hace más de dos años —prosiguió la mujer—, vi un tatuaje en el omóplato izquierdo de una chica rusa, en el mismo sitio exacto donde las otras tenían la mariposa.

—¿Una mariposa de otra clase?

—No, señor, no era una mariposa... Espere que ahora no me sale cómo se llama... se llama... ah, sí: *cululùchira*.

Oh, Virgen santa, ¿qué podría ser? ¿Un trasero tatuado? ¿No sería excesivo incluso para una bailarina de *nightclub*?

—¿Puede explicarme qué es?

—¿No sabe lo que es? ¡Oh, santo Dios! ¡Todos saben lo que es! ¿Y ahora cómo se lo explico yo?

—Inténtelo.

—Bueno, pues digamos que es casi tan grande como una mosca, vuela de noche y hace luz.

¡Una luciérnaga!

En cuanto colgó, el teléfono sonó.

—¿*Dutturi* Montalbano? Soy Adelina.

—Dime, Adeli. ¿Qué hay?

—Que mi hijo quería verlo.

Se le había olvidado por completo.

—Adelì, he tenido tantas cosas que hacer que...

—Mi hijo dice que es urgente.

—Mañana por la mañana voy sin falta. Buenas noches, Adelì.

Puesto que tenía el teléfono a mano, lo utilizó.

—¿Fazio?

—Dígame, *dottore*.

—Perdona que te moleste llamándote a casa.

—¡Faltaría más!

—¿Has conseguido averiguar algo en las fábricas de muebles?

—He decidido con el *dottor* Augello que yo iría a ver las dos de Montelusa. Lo he hecho todo en cuestión de una hora. La primera solo fabrica muebles modernos. La segunda fabricaba muebles con dorados hasta hace un par de años. Le pregunté al propietario si conservaban purpurina y me dijo que la poca que les quedaba la habían tirado.

—¿Pues entonces estamos siguiendo un camino equivocado, tal como decías tú?

—Me parece que sí.

—Esperemos a ver qué dice Augello y después lo decidimos. ¿O sea que tú mañana por la mañana tienes un poco de tiempo?

—Claro. ¿Qué tengo que hacer?

—He sabido que las jóvenes rusas vivían en un chalet alquilado por La Buena Voluntad, que es la asociación presidida por monseñor Pisticchio que se encarga de buscarles trabajo a esas chicas. El brazo derecho del monseñor, el *cavaliere* Guglielmo Piro, que tiene una agencia inmobiliaria, me ha dicho que el chalet pertenece a una sociedad de Montelusa, la Mirabilis. Es un chalet grande de tres pisos en la carretera de Montaperto, pasado el surtidor de gasolina.

—¿Tengo que ir?

—No. A mí me interesa saber quién hay en la Mirabilis, los nombres del consejo de administración, de los socios... Lo que se sabe oficialmente y, sobre todo, lo que prefieren que no se sepa oficialmente.

—Voy a probar.

—No he terminado, perdona.

—Dígame.

—Quisiera saber también la vida y milagros de ese *cavaliere* Piro, que, como ya te he dicho, posee una agencia inmobiliaria en Montelusa. Quiero saber la fama que tiene.

—¿No le convence?

—¿Qué quieres que te diga? No me convence nada de esa asociación. Pero es solo una impresión mía. A lo mejor monseñor Pisicchio no lo sabe, pero igual a sus espaldas...

—Empezaré mañana a primera hora.

No llovía a pesar del mal tiempo. El agua del mar se había retirado de debajo de la galería y ahora se había quedado hacia la mitad de la playa. Podía comer fuera.

Se preparó un plato hondo de caponatina acompañado con pan elaborado con harina de trigo duro. Un pan que le gustaba tanto que algunas veces, cuando estaba recién hecho, lo partía con la mano y se lo zampaba solo y sin ningún acompañamiento.

Para volver a sonar, el teléfono esperó educadamente a que terminara de comer.

10

—Salvo, soy yo.

¡Livia!

Ya no se esperaba esa llamada; no pensaba, después de lo que se habían dicho la última vez, que ella volviera a llamarlo. En todo caso, el que habría tenido que llamar era él. Y lo había intentado, no la encontró en casa y lo dejó correr; sin insistir y sintiéndose, además, un poco aliviado por no haber hablado con ella. Porque volver a llamar habría sido inútil, quizá habría empeorado las cosas. En cambio, era necesario que se vieran personalmente y hablaran. Pero era precisamente ese encuentro el que le daba miedo, pues bastaría una tontería, una palabra equivocada, un pequeño ataque de nervios, para que ambos emprendieran un camino sin retorno. Entretanto estaban como en suspenso, en el aire, como los globitos de los niños que, cuando están medio desinflados, no consiguen ni subir al cielo ni bajar a la tierra.

Pero esa especie de limbo, a cada día que pasaba, se convertía en algo peor que el infierno.

Inmediatamente, la voz de Livia le encogió el corazón. Sintió la boca seca y habló a duras penas.

—Me encanta oírte, de verdad.

—¿Qué estabas haciendo?

—Acabo de cenar en la galería. Por suerte ha dejado de llover, porque desde hace varios días...

—Aquí no llueve. ¿Has conseguido quedarte en mangas de camisa?

—Sí; no hacía frío.

—¿Qué has comido?

Y entonces lo comprendió. Livia intentaba estar en la casa de Marinella con él, se lo estaba imaginando como las muchas otras veces que lo había

visto, trataba de anular la distancia, imaginándoselo mientras hacía los gestos habituales de todas las noches. Montalbano sintió que lo asaltaba una mezcla de melancolía, ternura, añoranza, deseo.

—*Caponatina* —contestó con la voz quebrada por la emoción.

Pero ¿cómo era posible que uno corriera el riesgo de que se le formara un nudo en la garganta diciendo una palabra como *caponatina*?

—¿Por qué no has vuelto a llamarme, Salvo?

—Lo intenté hace varias noches, pero no contestabas. Después no...

—¿Ya no te has sentido con ánimos?

Él fue a contestar que no había tenido tiempo, pero se contuvo y prefirió decir la verdad.

—Me faltó valor.

—A mí también.

—¿Y cómo te has decidido esta noche?

—Porque no podemos seguir así.

—Es verdad.

Se hizo el silencio.

Pero Montalbano siguió percibiendo la respiración un tanto afanosa de Livia. ¿Era solo por estar hablando con él que respiraba de aquella manera? ¿Era la emoción o alguna otra cosa?

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—¿Cómo quieres que esté? ¿Y tú?

—No estoy nada bien, la verdad.

—Pero ¿trabajas?

—Sí, tengo entre manos un caso que...

—Tienes suerte.

—¿Por qué?

—Porque puedes distraerte. Yo, en cambio, ya no he podido.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me he declarado enferma. No es enteramente mentira, ya que todos los días tengo un poco de fiebre.

—¿Todos los días? ¿Has ido al médico?

—Sí, no es nada grave. Tengo que hacer una serie de aburridos análisis. Sea como fuere, desde ayer puedo quedarme dos semanas en casa. Ya no me

sentía con fuerzas para ir al despacho. ¿A que no lo sabes? —Se rio sin jovialidad—. Por primera vez he provocado un estropicio en el despacho. Me han llamado la atención.

Y entonces él dijo sin pensar, porque le salía de lo más hondo del corazón:

—Pero si no vas al despacho, ¿por qué no vienes aquí?

Pasó un ratito antes de que ella contestara:

—¿De verdad lo quieres?

—Coge un avión mañana. Voy a buscarte al aeropuerto. Venga, ánimo, no lo pienses más.

—¿No es mejor esperar?

—¿Esperar a qué?

—A que tú resuelvas el caso que tienes entre manos. No creo que, si voy mañana, tengas demasiado tiempo para mí.

—Lo dejo todo.

—Salvo, ya sabes que después no lo harías; empezarías a buscar excusas que, en este momento, no me siento con ánimo de soportar.

—Te prometo que...

—Ya conozco tus promesas.

Montalbano pensó: «Esas son las palabras equivocadas que yo temía. Ahora empezará la consabida pelea».

Pero Livia añadió:

—Además, no creo que pudiéramos hablar en serio de lo nuestro, viéndonos deprisa y corriendo. Tenemos que hacerlo mirándonos a los ojos durante todo el tiempo que haga falta.

Tenía razón.

—Pues entonces, ¿cómo lo hacemos?

—Vamos a hacer lo siguiente. En cuanto sepas que tienes unos días verdaderamente libres, me llamas y yo voy. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Pues hasta pronto.

—Hasta pronto.

—Que duermas bien.

—Lo mismo te digo.

—Un... saludo.

Y se cortó la comunicación. Montalbano experimentó la clara sensación de que Livia le estaba diciendo «Te quiero» y de que el pudor se lo había impedido. La emoción lo dejó sin respiración. Corrió a la galería, se agarró con fuerza a la barandilla y respiró hondo. Después se sentó y apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados.

En la voz de Livia se advertía una nota de tristeza tan honda que se estaba sintiendo mal. Solo otra vez había percibido en las palabras de ella la misma nota: cuando hablaron del hijo que ya jamás podrían tener.

Durmió mal, dando vueltas en la cama, levantándose y acostándose a cada momento, encendiendo y apagando la luz para ver las manecillas del reloj que parecían moverse a cámara lenta.

Al final vio entrar por la ventana la luz de un claro amanecer.

Se levantó esperanzado; a lo mejor el pescador se había equivocado sobre la duración del mal tiempo. Y así fue efectivamente: el cielo estaba despejado, soplaba un aire fresco y cortante. El mar aún no estaba en calma, pero tampoco tan agitado como para haber impedido que las embarcaciones pesqueras salieran a faenar. Montalbano se sintió consolado por la idea de que Enzo encontraría finalmente pescado fresco. Tan consolado que regresó a la cama y durmió tres horas de sueño que le permitieron recuperar el que había perdido.

Al salir de casa, decidió no pasar por la comisaría sino dirigirse a la cárcel, que se encontraba a unos kilómetros de Montelusa. No tenía ninguna autorización para hablar con el recluso, pero confiaba en su buena amistad con la alcaide del establecimiento y en su comprensión.

En efecto, no tardó ni poco ni mucho en encontrarse en un cuartito con Pasquale, el hijo de Adelina.

—Pero ¿cuándo te van a conceder el arresto domiciliario?

—Es cuestión de días. Dicen que el juez tiene que pensarlo. Pero ¿qué es lo que tiene que pensar? ¿En sus cuernos tiene que pensar? Yo ya no podía

esperar más para decirle lo que quiero decirle.

—¿Y qué quieres decirme?

—*Dutturi*, se lo pido por lo que más quiera. Aunque esté aquí dentro con usía, yo con usía no estoy hablando. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Es más, vamos a hacer una cosa, usía jamás se ha reunido en la cárcel con Pasquale Cirrincì. No quiero ganarme fama de miserable.

—Te doy mi palabra.

—¿Ya han identificado a la chica asesinada del vertedero?

—Por desgracia, todavía no.

Pasquale se quedó pensando y después dijo:

—La otra noche, cuando estaba viendo la televisión, vi que enseñaban dos fotografías.

Montalbano levantó enseguida las orejas; se lo esperaba todo menos que la llamada de Pasquale tuviera relación con el caso que tenía entre manos.

—¿Te refieres a la mariposa tatuada?

—Sí, señor.

—¿La habías visto antes?

—Sí, señor.

—¿Encima de una chica?

—No, señor; en fotografía.

—Habla y no me obligues a arrancarte las palabras con tenazas.

—¿Usía se acuerda de Peppi Cannizzaro?

—No. ¿Quién es?

—Lo acusaron de atraco a mano armada a la Banca Regional de Montelusa. Lo tuvieron unos meses encerrado y después lo pusieron en libertad por falta de pruebas.

—Pero ¿había sido él?

Pasquale acercó tanto el rostro al del comisario que parecía querer darle un beso en la boca.

—Sí, señor, pero no tenían pruebas.

—Bueno, pero ¿qué tiene que ver Peppi Cannizzaro con...?

—Ahora se lo explico. Detuvieron a Peppi Cannizzaro y lo pusieron en la misma celda que a mí.

—¿Lo conocías?

Pasquale adoptó una actitud evasiva.

—Bueno... algunas veces habíamos trabajado juntos.

Mejor no preguntar qué clase de trabajo habían hecho juntos.

—Sigue.

—*Dutturi*, tiene que creerme. No era el mismo Peppi que yo había conocido. Había cambiado. Antes gastaba bromas, se comportaba como un amigo, se reía por cualquier tontería, y ahora en cambio se había vuelto muy callado y estaba nervioso y de mal humor.

—¿Por qué?

—Se había enamorado.

—¿Y le hacía ese efecto?

—Sí, señor, porque no podía estar sin su novia. De noche se quejaba y la llamaba. ¡Me daba una pena el pobre! Tenía siempre su fotografía delante y de vez en cuando la besaba. Un día me la enseñó. La verdad es que era una chica muy guapa.

—¿Y cómo es posible que en la foto se viera el tatuaje?

—Porque la chica estaba de espaldas; la fotografía estaba cortada justo bajo las paletillas y ella tenía la cabeza vuelta hacia atrás. Por eso se veía muy bien la mariposa.

—¿Qué te dijo de ella?

—Que era rusa, que tenía veinticinco años y que antes trabajaba como bailarina.

—¿Cómo se llamaba?

—Zin, me parece.

Pero ¿qué nombre era aquel? ¿Tal vez un diminutivo de Zinaida?

—¿Qué más te dijo de ella?

—Nada.

—¿Dónde puedo encontrar a Cannizzaro?

—*Dutturi*, ¿y yo qué sé? Yo estoy dentro y él está fuera.

—Pasquà, te lo agradezco. Espero que te saquen pronto de aquí. Me has sido verdaderamente útil.

Antes de abandonar la cárcel, pidió a la dirección las señas de Peppi Cannizzaro. Vivía en Montelusa, en una travesía de via Bacchi-Bacchi.

Decidió ir a verlo enseguida.

Era una casa de cuatro pisos; Cannizzaro habitaba en el tercero. Montalbano llamó al timbre, pero nadie abrió.

Volvió a llamar más fuerte. Nada. Entonces utilizó el puño cerrado. Después añadió al puño unos cuantos puntapiés. Armó tal jaleo que se abrió la puerta de enfrente y apareció una viejecita furibunda.

—Pero ¿qué es todo este escándalo? ¡Tengo a mi hijo durmiendo!

—Pues la verdad, señora, es un poco tarde para dormir.

—¡Es que mi hijo trabaja como vigilante nocturno, grandísimo cabrón de mierda!

—Perdone, buscaba a Cannizzaro.

—Si no te abre, es que no está.

—¿Sabe si tardará?

—¡Y yo qué sé! Hace tres días que no veo a Peppi por la escalera.

—Oiga, señora, ¿ha visto hace poco a la novia de Peppi, una chica que se llama Zin?

—Si la he visto o no la he visto, ¿a ti qué carajo te importa?

—Soy el comisario Montalbano.

—¡Pues mira qué miedo me das! ¡Me estoy cagando del susto! —contestó la vieja.

Y le cerró la puerta en las narices con un golpe tan fuerte que el pobre vigilante nocturno debió de caerse de la cama.

No había más que una manera de localizar a Cannizzaro.

Regresó a la cárcel, y la alcaide puso unos cuantos peros, aunque al final se dejó convencer. Montalbano volvió a reunirse con Pasquale en el mismo cuartito de antes.

—¿Qué pasa, *dutturi*?

—He ido a ver a Cannizzaro, pero no estaba en casa; la señora de enfrente dice que hace tres días que no lo ve.

—¿Zin tampoco estaba? Peppi me dijo que se la había llevado a su casa para que viviera con él.

—Ella tampoco. ¿Tienes idea de dónde puedo encontrarlo?

—No, señor *dutturi*. Pero a lo mejor, hablando con alguien de aquí dentro... Hay dos amigos de Peppi... Si me entero de algo, se lo hago saber.

Llegó a la comisaría pasado el mediodía, muy nervioso a causa del tráfico que había en las calles. En cuanto lo vio, Catarella empezó a quejarse en plan coro griego.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*!

—Espera. ¿Está Fazio?

—Todavía no está. ¡Ah, *dottori*, *dottori*!

—Bueno, ¡pero qué pesado eres, Catarè! ¿Qué ocurre?

—¡El señor jefe superior llamó! ¡Dos veces llamó! Estaba fuera de sí. ¡Y la segunda vez más fuera que la primera!

—¿Qué quiere?

—Dice que usía tiene que dejar todo lo que está haciendo e ir enseguida y urgentemente donde él. ¡Virgen María, *dottori*, la de voces que daba! ¡Con todo el respeto debido al señor jefe superior, parecía haberse vuelto loco!

¿Qué podía haber hecho para que el jefe superior se hubiera enfadado tanto? Se le ocurrió una idea que le pegó un susto: ¿quizá resultaba que a Picarella lo habían secuestrado en serio?

—Hazme un favor: llama a Fazio al móvil y pásame la llamada al despacho.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! Pero si no se presenta urgentemente, el señor jefe superior...

—Catarè, haz lo que te digo.

En cuanto se sentó, sonó el teléfono.

—Fazio, ¿dónde estás?

—En Montelusa, *dottore*. Por aquello que usted me dijo que hiciera.

—¿Has encontrado algo acerca de la Mirabilis?

—Después se lo digo.

O sea que había algo; había acertado.

—Oye, Fazio, puesto que me ha mandado llamar el jefe superior, no quisiera que... ¿Hay alguna novedad sobre el secuestro de Picarella?

—¿Y qué novedades quiere usted que haya, *dottore*?

—Nos veremos a las cuatro.

Y cortó la comunicación.

—¿Catarella? Llámame al *dottor* Augello al móvil.

—Ahora mismísimo, *dottori*. Cuente hasta cinco... Aquí lo tengo; se lo paso.

—Mimì, ¿dónde estás?

—En Monterago. He visitado la fábrica de muebles que hay aquí.

—¿Has encontrado algo?

—Nada. Aquí fabrican muebles modernos sin dorados. Horribles, por cierto.

—¿Sabes si por casualidad se han recibido noticias de Picarella?

—¿Y por qué tendría que haber noticias?

—Nos vemos a las cuatro.

Salió, volvió a subir al coche soltando reniegos y repitió el camino de Montelusa. Menos mal que el día seguía despejado, sin una sola nube.

—Buenos días, Montalbano.

—Buenos días, *dottor* Lattes.

¿Sería posible que, cada vez que iba a Jefatura, la primera persona con quien se tropezaba fuera siempre el *dottor* Lattes, apodado Latte e Miele?

—¿Cómo va la familia?

Lattes, el jefe de gabinete del jefe superior, se había emperrado desde hacía tiempo en pensar que él era un hombre casado y con hijos, y no había manera de convencerlo de lo contrario. Por consiguiente, la respuesta de Montalbano no podía ser más que:

—Todos bien, gracias a la Virgen.

Lattes no dijo nada. Si el «gracias a la Virgen» era una expresión que le encantaba, ¿por qué no se había asociado al agradecimiento tal como hacía siempre? ¿Y por qué no lo había llamado «queridísimo» como solía? Fue entonces cuando el comisario reparó en que Lattes estaba menos comunicativo que de costumbre. Le entró la duda de si su actitud se debía a la convocatoria del jefe superior.

—¿Conoce el motivo de la...?

—No he sido informado.

Demasiado rápido en contestar el señor jefe del gabinete. Quizá mereciera la pena insistir.

—Temo haber cometido un error —murmuró Montalbano con rostro contrito.

—Yo también lo temo.

Tono severo.

—¡Entonces es que usted sabe algo y no quiere decírmelo! *Dottor Lattes*, ¿es grave la cosa?

Lattes inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Montalbano siguió haciendo teatro dramático.

—¡Oh, Dios mío! ¡No puedo perder el puesto! ¡Tengo una familia que mantener! ¡Una verdadera familia! ¡Con hijos y todo! ¡No una unión de hecho como las que, por desgracia, suele haber hoy en día!

Lattes miró alrededor; el ujier estaba leyendo el periódico, en la antesala solo se encontraban ellos dos.

—Escúcheme bien —dijo bruscamente—. Parece que usted...

En aquel momento el jefe superior abrió la puerta de su despacho.

—Pero ¿es que todavía no ha llegado ese...?

Lattes tuvo una reacción instintiva: agarró con ambas manos a Montalbano empujándolo hacia el jefe superior, y al mismo tiempo pegó un salto hacia atrás como para distanciarse del comisario. Pero ¿qué era, un apestado?

—¡Aquí está! —exclamó.

—Ya lo veo. Pase, Montalbano.

—¿Necesita algo de mí? —preguntó Lattes.

—¡No!

La puerta se cerró a la espalda del comisario con un sordo rumor de lápida sepulcral.

11

Debía de tratarse de algo muy serio, y por consiguiente lo mejor era no empezar enseguida a hacerse el gracioso con Bonetti-Alderighi y tanto menos dejarse llevar por las ganas de armar jaleo y provocar que todo terminara de mala manera.

El jefe superior se sentó en su sillón detrás del escritorio, pero no le indicó a Montalbano que tomara asiento. Lo cual era una confirmación de la gravedad del asunto.

Bonetti-Alderighi dedicó unos largos minutos a mirar al comisario como si jamás lo hubiera visto, y la conclusión del examen fue un desconsolado: «¡En fin!». Montalbano agotó la mitad de sus energías permaneciendo inmóvil y mudo, sin desmadrarse.

—¿Me explica cómo hace para que se le ocurran ciertas ideas? —dijo finalmente el jefe superior.

¿A qué ideas se refería? Por precaución, quizá le conviniera protegerse adelantando las manos.

—Mire, señor jefe superior, si quiere hablarme del llamado secuestro Picarella, yo asumo la...

—Me importa un carajo el secuestro Picarella. De eso no faltará ocasión para volver a hablar, no se preocupe.

Pues entonces, ¿por qué?

De pronto recordó el asunto del expediente Ninnio, cuando contestó con una poesía. A lo mejor el jefe superior había sido iluminado por el Espíritu Santo y comprendió que lo había mandado a tomar por culo en verso.

—Ah, ya entiendo. Usted se refiere a aquello que escribí de que Vigàta no es Licata y Licata no es Vigàta...

El jefe superior puso unos ojos como platos.

—Pero ¿está usted loco? ¿Qué es esa historia? ¡Sé muy bien que Vigàta no es Licata y que Licata no es Vigàta! ¿Me toma por idiota? Oiga, Montalbano, ¡no empiece a hacerse el tonto porque le aseguro que esta vez no viene a cuento!

El comisario se rindió.

—Pues entonces diga usted.

—¡Pues claro que digo yo! ¡Vaya si digo! A ver si lo entiendo, por favor. ¿Me quiere explicar qué gusto le encuentra, qué soberano placer experimenta en ponerse a sí mismo y ponerme a mí en apuros?

—Ningún gusto y ningún placer, puede creerme. Le aseguro que, si eso ocurre, no lo hago deliberadamente.

—¿Me está diciendo que no lo hace a propósito?

—Exactamente.

—¡Entonces, peor!

—¿Por qué?

—¡Porque significa que usted actúa sin discernimiento, sin tener en cuenta las consecuencias de sus actos!

«Calma, Montalbano, calma. Cuenta hasta tres y después habla. Mejor dicho, cuenta hasta diez».

—¿Se ha quedado mudo?

—Pero ¿qué he hecho?

—¿Qué ha hecho?

—Sí, ¿qué he hecho?

—¿Querría explicarme por qué fue a tocarles los cojones a los de La Buena Voluntad? ¿Por qué? ¿Quiere dignarse decírmelo?

O sea que ese era el misterio.

¡Pero qué rápido había sido el *cavaliere* Piro en ir a quejarse a quien correspondía! Y si el tal *cavaliere* había sido tan rápido en correr a protegerse, ¿no sería entonces que él, Montalbano, oliendo a quemado, había olido bien?

—Pero ¿es que no sabe quién está detrás de ellos? —añadió el jefe superior.

—No, pero puedo imaginarlo fácilmente. ¿Le ha llamado monseñor Pisicchio?

—No solo el monseñor. También el gobernador civil, cuya esposa contribuye con largueza a las iniciativas de esa asociación benéfica. Y también el vicepresidente de la región. Y tampoco podía faltar el asesor provincial de la asistencia social. Ni el municipal. Usted ha metido el dedo en un auténtico avispero, ¿comprende?

—Señor jefe superior, cuando metí el dedo, aún no sabía que fuera un avispero. Al contrario, por su aspecto, lo era todo menos un avispero. Me limité a hacer unas cuantas preguntas a la persona que me indicó monseñor Pisicchio y que se llama Guglielmo Piro.

—El cual afirma que usted utilizó un tono insultante e inquisitorial en el transcurso de su irrupción.

—¿Irrupción? ¡Pero si fue él quien me citó!

—¿Puedo saber por lo menos por qué fue a molestar a monseñor Pisicchio y su asociación?

Con más paciencia que un santo, Montalbano le explicó de qué manera había llegado hasta allí.

El tono del jefe superior, cuando tomó de nuevo la palabra, había cambiado ligeramente.

—Es un verdadero engorro, ¿sabe, Montalbano?

—Estoy de acuerdo. Pero aquí, en cuanto te mueves para llevar a cabo cualquier investigación, siempre te tropiezas con un honorable diputado, con un cura, con un político o un mafioso que forma una cadena de san Antonio para proteger al probable investigado.

—¡Montalbano, se lo ruego! ¡Ahórreme sus teorías, por el amor de Dios! Concretamente, ¿usted cree que entre la asociación benéfica y la chica asesinada puede haber una relación?

—Yo me atengo a los hechos. Tenía que acudir a la fuerza a los de La Buena Voluntad porque otras dos chicas, con el mismo tatuaje que la asesinada, fueron atendidas por la asociación. ¡Más relación que esa imposible!

—Pero ¿cree que puede haber algo más?

—Sí, pero todavía no alcanzo a distinguir si hay verdaderamente algo más y en qué consiste.

—Ese «todavía» suyo es lo que más me preocupa.

—¿En qué sentido?

—¿Cuánto tiempo investigará «todavía» sobre la asociación?

Pero ¿cómo iba a establecer una duración exacta?

—No puedo decirlo con seguridad.

—Pues entonces se lo digo yo. Le doy cuatro días, ni uno más.

—¿Y si no son suficientes?

—Se arregla. Y en esos cuatro días, le ruego encarecidamente que actúe con la máxima prudencia.

—¡No lo dude, derrocharé vaselina! —¡Mecachis la mar, se le había escapado!

—No se haga el gracioso, porque a la primera queja que reciba, el que irá a tomar por ese sitio, y sin vaselina, ¡será usted! Si vienen a protestar por su manera de actuar, le quito inmediatamente el caso. Y aunque usted se me ponga a llorar como una Magdalena, yo me haré el sueco y le diré: «¡Se te ve el plumero!».

Montalbano experimentó una sensación de vértigo al oír aquella retahíla de frases hechas y lugares comunes. Le provocaba mareos. ¿Cómo reaccionar dignamente?

—En resumen, señor jefe superior, el que la hace la paga.

—Veo que me ha comprendido perfectamente.

En la antesala estaba Lattes hablando con alguien. Pero en cuanto vio salir a Montalbano, fue corriendo hacia la primera puerta que encontró abierta y desapareció.

Estaba claro que no quería mantener contactos con Montalbano, el repudiado, el excomulgado, un repugnante anticlerical que no se merecía la preciosa familia que tenía, gracias a la Virgen.

Se había hecho tarde y Montalbano tenía un apetito de lobo. A lo mejor le había entrado por el esfuerzo realizado para mantener la calma en su entrevista con Bonetti-Alderighi.

—¡Hoy ha llegado pescado fresco! —le dijo Enzo en cuanto entró en la *trattoria*.

No solo se lo zampó sino que, al terminar, dio el habitual paseo hasta el faro. El pescador se encontraba en su sitio de costumbre.

—Me equivoqué —admitió el hombre—. No ha durado una semana.

—Mejor así. Pero ¿volverá a llover?

—No tan pronto.

En cuanto Montalbano llegó a la roca aplanada, a saber por qué, pensó que jamás se había sentado allí con Livia. Pero ¿Livia habría querido sentarse? Hoy, por ejemplo, seguro que no.

«¿No ves que todavía está mojada?».

Era cierto. Los pequeños recovecos de la roca brillaban aún por el agua caída del cielo. Como se sentara, el fondillo de los pantalones se le convertiría en una enorme mancha oscura y mojada. Permaneció de pie, indeciso.

«Haz lo que te aconsejaría Livia», dijo Montalbano primero.

«Haz lo que tú quieras», dijo Montalbano segundo.

Se sentó en la roca.

«¿Lo has hecho para desairar a Livia?», preguntó Montalbano primero.

«Pues claro», contestó Montalbano segundo.

«¿Y qué clase de desaire es ese? Sería un desaire si Livia estuviera presente, pero así...».

«Da igual que Livia esté presente o ausente. Lo importante es la toma de posición, el hecho en concreto».

«¿Me permitís una palabra? —terció Montalbano al llegar a ese punto—. El único hecho concreto es que ahora tengo los pantalones empapados».

—¡Ah, *dottori!* Ha tilifoniado el señor Gracezza.

—¿Qué quería?

—Quería hablar urgentemente con usía personalmente en persona. Dice que a ver si usía lo llama; total, él está en la casa.

—Lo llamo más tarde.

Augello y Fazio ya estaban esperándolo en su despacho.

—¿Qué me cuentas, Mimì?

—¿Qué te voy a contar? La segunda fábrica de muebles también hace mobiliario moderno y no utiliza purpurina.

—¿Y tú, Fazio?

—¿Puedo usar los apuntes?

—Basta con que no me sueltes datos del registro civil.

—La sociedad Mirabilis de Montelusa, que desarrolla su actividad desde hace unos diez años, está debidamente registrada. Se encarga de comprar, y de revender o alquilar posteriormente, grandes inmuebles tipo hoteles, edificios destinados a uso exclusivamente comercial, palacetes para congresos, naves industriales y cosas por el estilo.

—¿Entonces la Mirabilis no es la propietaria del chalet, tal como me dijo Piro?

—Piro le dijo la verdad. El chalet es de la Mirabilis y se trata de una excepción; no tienen ningún otro. Se lo compraron hace menos de cinco años a la agencia de Guglielmo Piro, que a su vez se lo había comprado a los marqueses de Torretta por una miseria porque estaba medio en ruinas.

—¿Qué curiosa coincidencia! —exclamó Montalbano.

—¿Cuál?

—La Buena Voluntad se constituye hace cinco años, y la Mirabilis encuentra inmediatamente un chalet a la medida en la agencia de Piro, lo compra y se lo alquila a la asociación. ¿Has conseguido averiguar lo que cobran?

—Siete mil euros mensuales.

—Una bonita suma, el doble que el precio corriente en Montelusa. ¿Tienes el nombre de los miembros del consejo de administración?

—Pues claro —contestó Fazio riendo.

—¿Por qué te ríes?

—Usted también se reirá en cuanto oiga un nombre. Bueno, actualmente están el presidente y administrador delegado Carlo Guarnera y los consejeros Musumeci, Terranova, Blandino y Piro.

—¿Cómo Piro?

—Emanuele Piro, *dottore*.

—¿Es pariente de...?

—Es el hermano menor de Guglielmo. Emanuele entró en el consejo de administración dos meses antes de que la Mirabilis adquiriera el chalet. ¿Qué pasa? ¿No se ríe?

—No.

—¿Ni siquiera si le digo que Emanuele Piro está considerado un idiota que se pasa todo el día jugando con cometas y se echa a llorar cuando el viento se le lleva alguna?

—¡Coño! —exclamó Mimì.

—Está claro por tanto que Emanuele es un testafarro de su hermano el *cavaliere* —dijo Montalbano echándose a reír.

—¿Por qué se ríe ahora?

—Porque me ha acudido a la memoria, aunque no tiene nada que ver con nuestra investigación, que otros *cavaliere* utilizan a los hermanos menores como testafarros. A estas alturas, ya es una costumbre muy arraigada.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Augello.

—¿Qué quieres hacer, Mimì? No tiene nada de ilegal. Es más, de penalmente relevante, tal como se suele decir ahora. E incluso un homicidio, con estas nuevas leyes, puede ser irrelevante desde el punto de vista penal. Dejémoslo correr. Me di cuenta enseguida de que esa asociación debe de ser toda ella un chollo de no te menees. Y no solo eso. Tenemos que andar con cuidado en cómo nos movemos.

—¿Qué quería el jefe superior? —preguntó Augello.

—Mimì, pero qué listo eres. ¿Cómo te has enterado de que fui a ver a los de La Buena Voluntad? ¿Quién te lo ha dicho?

—Se lo dije yo —respondió Fazio.

—Pues el *cavaliere* Piro ha armado un escándalo. El jefe superior está dispuesto a cubrirnos durante cuatro días más, después nos deja tirados.

—Pero ¿podemos saber qué has descubierto? —preguntó Mimì.

Montalbano se lo contó y añadió:

—Irina Ilic, Katia Lissenko y Sonia Mejerev, las tres bailarinas procedentes de Chelkovo y las tres con la misma mariposa tatuada, se hospedan durante algún tiempo en el chalet alquilado por la asociación. Se presentaron espontáneamente, no las convenció ni Tommaso Lapis ni Anna Degregorio. Por lo menos eso me dijo Piro. El cual añadió que llegaron

muertas de miedo pero no le explicaron el motivo. Aunque vete a saber si esa historia de que estaban asustadas es cierta o no. Al cabo de una semana, Sonia desaparece. Katia se va a hacer de cuidadora del señor Graceffa, pero cuando ya no la necesitan, desaparece. Irina, en cambio, se va a trabajar como asistente en casa de mi amiga Ingrid, le roba unas joyas y también desaparece. Pero hay una cuarta exbailarina con la misma mariposa. Su novio, un delincuente llamado Peppi Cannizzaro, la llama Zin, que a lo mejor es un diminutivo de Zinaida. Esta chica es la única que no pasó por La Buena Voluntad.

—O pasó, pero Piro no quiso decírtelo —terció Mimì.

—Exactamente. En cualquier caso, a Peppi Cannizzaro y Zin no hay manera de encontrarlos.

—Pero ¿cuántas bailarinas de Chelkovo con una mariposa tatuada van a salir en esta historia? —preguntó Augello.

—Creo que, aparte de estas cuatro, no hay ninguna más.

—¿Por qué?

—No lo sé con seguridad. Pero... ¿las alas de la mariposa no son cuatro?

—En resumen, la chica asesinada no puede ser más que Sonia o Zin —dijo Fazio.

—Exacto.

—Pero ¿por qué la mataron? —preguntó Mimì.

—Yo estoy empezando a tener cierta idea —dijo el comisario.

—¿Y a qué esperas?

—Es una telaraña demasiado confusa.

—¡Pero dilo de todos modos!

—Irina es una ladrona. Zin se junta con un ladrón. Katia, en cambio, le confiesa a Graceffa que quiere mantenerse al margen de cierto ambiente. Y, en efecto, no roba en casa de Graceffa aunque sigue hablando por teléfono con una tal Sonia.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Déjame terminar, Mimì. Detengámonos en Irina. Esta roba una bonita cantidad de joyas, pero es extranjera. ¿Qué contactos quieres que tenga con el mundo del hampa local para venderlas? ¿A quién puede haber conocido en el poco tiempo que lleva en Montelusa?

—Bueno, una hipótesis podría ser... —empezó Mimì.

—No he terminado. Veamos ahora la chica asesinada. Pasquano le encontró en el interior de la cabeza unos hilos de lana negra. No pueden ser de un jersey grueso o de una bufanda. Entonces yo digo: ¿y si, en el momento que la asesinaron, la chica llevaba puesto un pasamontañas para que no la reconocieran?

—¿Dices que pudieron sorprenderla mientras robaba?

—¿Y por qué no? Alguien la sorprende y le pega un tiro. ¿Te dice algo esa ley tan bonita acerca de la legítima defensa aprobada por nuestro Parlamento soberano?

—Pero ¿no era mejor para el que le pegó el tiro dejarla donde estaba sin armar todo el jaleo de desnudarla e ir a arrojarla al vertedero? —intervino Fazio.

—Desde luego que sí —reconoció Montalbano—. Pero ya os he advertido que esta es una hipótesis débil. Sin embargo, si conseguimos demostrar que la asesinada es Sonia (la cual es rubia, he visto la fotografía del pasaporte) yo os pregunto, siguiendo el dicho popular: ¿qué hay en el cesto?

—Requesón —contestó Mimì.

—Bravo. Y el requesón no es más que la asociación benéfica.

—De acuerdo. Pero ¿cómo hacemos para...?

—Fazio, ¿qué otras noticias me traes de Guglielmo Piro?

—No me ha dado tiempo, *dottore*.

Montalbano sacó un papel del bolsillo.

—Esto me lo dio monseñor Pisicchio. Están los nombres de todos los que trabajan en la asociación. Aquí se indica el nombre y el apellido, la dirección y el número de teléfono. No es suficiente. Quiero saberlo todo, pero lo que se dice todo, acerca de ellos. Guglielmo Piro, Michela Zicari, Tommaso Lapis, Anna Degregorio, Gerlando Cugno y Stefania Rizzo. Ahorraos a la telefonista y al personal de servicio. Repartíos el trabajo, pero mañana al mediodía quiero las primeras noticias.

Llamó a Graceffa sin pasar por la centralita. Al primer timbrado, contestó.

—¿Dígame?

—Señor Graceffa, soy Montalbano.

—Gracias, abogado, estaba esperando su llamada.

—Señor Graceffa, no soy el abogado sino el comisario Montalbano.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—¿Qué quería decirme?

—¿No sería mejor que fuera yo a su despacho, abogado?

Entonces el comisario lo entendió. La sobrina de Graceffa debía de estar por allí y el pobre hombre no quería que lo oyera.

—¿Es una cosa delicada? —preguntó Montalbano como si fuera un conspirador.

—Pues sí.

—¿Puede venir ahora mismo a la comisaría?

—Sí. Muchas gracias.

Beniamino Graceffa entró en el despacho del comisario con la misma actitud que debía de mostrar un seguidor del patriota Giuseppe Mazzini cuando acudía a una reunión secreta de la Joven Italia en favor de la proclamación de la República.

—¿Me permite hacer una llamada urgente?

—Utilice este teléfono.

—¿Abogado Marzilla? Soy Beniamino Graceffa. Si llama mi sobrina Cuncetta, yo estoy acudiendo a su despacho. No, no voy a ir, pero usted tiene que decirle eso, por favor. ¿De acuerdo? Muchas gracias.

—Pero ¿es que su sobrina lo vigila? —preguntó Montalbano.

—Cada vez que salgo.

—¿Por qué?

—Tiene miedo de que me gaste el dinero yendo de putas.

A lo mejor la sobrina Cuncetta no estaba totalmente equivocada.

—¿Qué quería decirme?

—Que esta mañana he ido a Fiacca en el autocar de línea.

—¿Por negocios?

—¿Qué negocios ni qué historias! ¡Yo ya estoy jubilado! He ido... es una cosa muy delicada.

—Pues no me lo diga. Pero ¿por qué quería hablar conmigo?

—Porque a la salida de haber hecho la cosa delicada y cuando iba a tomar el autocar de línea para regresar, vi a Katia.

Montalbano pegó un respingo.

—¿Seguro que era ella?

—Pongo la mano en el fuego.

—¿Y Katia lo vio a usted?

—No. Estaba abriendo el portal de una casa, donde entró.

—¿Por qué no la llamó y le dijo algo?

—No tenía mucho tiempo. Si perdía el autocar de línea, buena la hubiera armado mi sobrina.

—¿Recuerda la calle y el número de esa casa?

—Claro. Via Mario Alfano, número catorce. Es un chaletito de dos plantas. En la puerta hay una pequeña placa que dice «Ettore Palmisano. Notario».

12

Cuando se fue Graceffa, Montalbano le dijo a Catarella que quería ver enseguida a Fazio y Mimì. Pero Augello ya se había ido. Al parecer, lo había llamado Beba porque al chiquillo volvía a dolerle la tripa.

Fazio escuchó atentamente el informe del comisario y después preguntó:

—¿Vamos enseguida a Fiacca?

—Pues no sé.

Fazio consultó el reloj.

—Si salimos ahora mismo, estaremos allí sobre las ocho y media —dijo—. Es una buena hora; igual encontramos a la mesa al notario con su mujer, y a Katia sirviéndoles la cena.

—¿Y si por casualidad Katia no está de servicio por la tarde y, por consiguiente, no duerme en casa del notario Palmisano sino en otro sitio?

—Les pedimos a los Palmisano que nos den la dirección donde se aloja la chica y vamos a verla.

—Siempre que el notario conozca la dirección. Y siempre que Katia le haya facilitado la auténtica.

—Pues entonces llamamos ahora mismo a Palmisano, hablamos con él, vemos cómo está la situación y actuamos en consecuencia.

Cuanto más decidido se mostraba Fazio, tanto más dudaba Montalbano. Pero la verdad era, y lo sabía muy bien, que no le apetecía para nada pegarse aquella paliza vespertina.

—¿Y si contesta Katia?

—Le digo que me llamo Filippotti y que quiero hablar urgentemente con el notario. Si contesta el notario en persona, mejor todavía.

—¿Y al notario qué le dices?

—Me identifico y le pregunto si Katia Lissenko duerme en su casa o se aloja en otro sitio. Si duerme en su casa, no hay problema, le digo que en cuestión de una hora estamos allí y le ruego que no le diga nada a la chica; si en cambio Katia pasa la noche fuera, le pido que me facilite la dirección. ¿He superado el examen?

—Muy bien, prueba a ver. Llama con el directo y pon el altavoz.

Fazio buscó el nombre en la guía y llamó.

—¿Diga? —contestó la voz de una anciana.

Fazio miró perplejo al comisario y este le hizo señas de que siguiera.

—¿Ca... sa Palmisano?

—Sí, pero ¿con quién hablo?

—Filippotti. ¿Está el notario?

—No ha regresado todavía. Ha salido a dar una caminata. Si quiere, dígame a mí de qué se trata y yo se lo digo; soy su esposa.

—No, gracias, buenas tardes.

Y colgó.

—Pero ¿no podías haberte inventado cualquier chorrada para saber si estaba Katia o no?

—Disculpe, *dottore*, me he desconcertado. La presencia de la esposa no se había contemplado como materia de examen.

—¿Sabes una cosa? Con esta idea de llamar, es posible que hayamos hecho daño.

—¿Por qué?

—Estoy seguro de que Katia lo sabe todo, incluso lo del asesinato de una chica que pertenecía al mismo grupo de la mariposa. Está muerta de miedo y se esconde.

—Yo también lo he pensado. Pero ¿por qué, según usted, hemos hecho daño?

—Porque si Katia, mientras sirve la mesa, oye que la mujer del notario dice que ha llamado un tal Filippotti y el notario contesta que no sabe quién es, puede que sospeche algo y vuelva a desaparecer. Pero a lo mejor me preocupo demasiado.

—Yo creo que sí. ¿Qué hacemos?

—Mañana por la mañana, a las ocho como máximo, pasa a recogerme con un coche y nos vamos a Fiacca.

—¿Y lo de los nombres de La Buena Voluntad que me ha dado?

—Te encargas cuando volvamos.

Tras comerse en la galería los salmonetes encebollados que Adelina le había dejado preparados, se sentó delante del televisor.

El telediario de Retelibera dio unas noticias que parecían calcadas de las de la víspera y la antevíspera.

Es más, bien mirado, hacía años que siempre daban las mismas noticias, lo único que cambiaba eran los nombres: los de los pueblos donde ocurrían los hechos y los de las personas. Pero la esencia era siempre la misma.

En Giardina habían incendiado el coche del alcalde (la mañana anterior, en cambio, habían incendiado el coche del alcalde de Spirotta).

En Montereale, detenido un concejal por alteración de subasta, extorsión y corrupción (la víspera habían detenido a un concejal de Santa Maria bajo las mismas acusaciones).

En Montelusa, el incendio de un establecimiento de venta de marcos y pintura, provocado probablemente por el impago de la cuota mafiosa (la víspera se había producido el incendio intencionado de un establecimiento de venta de lencería en Torretta).

En Felsa, hallado carbonizado en el interior de su propio automóvil un agricultor previamente acosado por extorsiones mafiosas (la víspera, el carbonizado de turno había sido un contable de Cuculiana, también víctima de extorsiones).

En la campiña de Vibera se había intensificado la búsqueda de un mafioso que vivía en la clandestinidad desde hacía siete años (la víspera se había intensificado en la campiña de Pozzolillo la búsqueda de otro mafioso que llevaba cinco años en la clandestinidad).

En Roccabumera se había registrado un tiroteo entre carabinieri y delincuentes (la víspera, el tiroteo se había producido en Bicacquino, pero los protagonistas, en lugar de carabinieri, habían sido policías).

Harto, Montalbano apagó el televisor, se pasó una hora dando vueltas por la casa y después se fue a dormir.

Se puso a leer un libro alabado por un periódico que descubría una obra maestra un día sí y otro no.

El cuerpo humano empieza a descomponerse cuatro minutos después de la muerte. Lo que ha sido el envoltorio de la vida experimenta ahora la metamorfosis final. Empieza a digerirse a sí mismo. Las células se descomponen a partir del interior. Los tejidos se transforman en líquidos y después en gas.

Soltando reniegos, lanzó el libro contra la pared de enfrente. «Pero ¿será posible que uno pueda leer un libro así antes de quedarse dormido?». Apagó la luz, pero nada más tumbarse se sintió incómodo. ¿Sería que Adelina le había hecho mal la cama?

Se levantó, tensó mejor la sábana bajera, la remitió bien y volvió a acostarse.

No había manera, la incomodidad era la misma.

Pues entonces, a lo mejor no dependía de la cama sino de él mismo, de algo que tenía en la cabeza. ¿Qué podía ser? ¿Las primeras líneas de aquel libro maldito, que lo habían trastornado? ¿O bien algo que había pensado mientras Fazio llamaba al notario? ¿O quizá alguna noticia del telediario y que, por un instante, le había hecho pensar no en una idea completa sino en la sombra de una idea tan inmediatamente olvidada como había surgido? Tardó en conciliar el sueño.

Fazio llegó a las ocho en punto con su coche.

—¿No podías venir con uno de servicio?

—Es que todavía no hay gasolina, *dottore*.

—¿La gasolina de este viaje la pagas tú?

—Sí, señor. Pero presento la factura.

—¿Te lo reembolsan enseguida?

—Pasan unos meses. Pero algunas veces me lo reembolsan y otras no.

—¿Y eso por qué?

—Porque siguen un criterio muy concreto.

—¿Cuál?

—Según les da.

—Pues esta vez la factura me la pasas a mí y yo me encargo de presentarla.

Permanecieron en silencio porque a ninguno de los dos le apetecía hablar.

Cuando ya estaban en la circunscripción de Fiacca, Montalbano dijo:

—Llama a Catarella.

Fazio marcó el número, se llevó el móvil a la oreja mientras tomaba una curva y se encontró frente a un puesto de control de los carabinieri. Se detuvo soltando maldiciones. Un carabiniere se inclinó hacia la ventanilla, lo miró con la cara muy seria, movió la cabeza con gesto amenazador y dijo:

—¡No solo corría demasiado sino que, encima, iba hablando por teléfono!

—No, yo...

—¿Quiere negar que llevaba el móvil pegado a la oreja?

—No, pero es que yo...

—Carnet de conducir y permiso de circulación.

El carabiniere tomó con la punta de los dedos los documentos que Fazio le tendía, casi como si temiera un contagio mortal.

—¡Vaya, qué antipático es el tío! —masculló Fazio.

—Por la cara que pone, es de esos que, si no estás en regla, te hace ver las estrellas como mínimo —repuso Montalbano.

—¿Le digo que somos polis?

—Ni bajo tortura se te ocurra.

Otro carabiniere se puso a dar vueltas alrededor del vehículo. Después también se inclinó hacia la ventanilla.

—¿Sabe que tiene rota la luz posterior izquierda?

—¿Ah, sí? Pues no me había dado cuenta —dijo Fazio.

—¿Lo sabías? —le preguntó el comisario.

—Pues claro que lo sabía. Me he dado cuenta esta mañana. Pero ¿podía perder tiempo cambiándola?

El segundo carabiniere se puso a hablar con el primero, el cual empezó a escribir cosas en el cuaderno de notas que hasta entonces llevaba bajo el brazo.

—Esta vez, multa segura —murmuró Fazio.

—¿Las multas os las reembolsan?

—¿Está de guasa?

Entretanto, de uno de los vehículos de los carabinieri bajó un comandante y empezó a acercarse.

—¡Me cago en la mar! —exclamó Montalbano.

—¿Qué pasa?

—¡Dame un periódico, Fazio, dame un periódico!

—¡No tengo ninguno!

—¡Pues un mapa de carreteras, rápido!

Fazio se lo dio, Montalbano lo extendió del todo y empezó a estudiarlo con atención, ocultando prácticamente el rostro detrás. Pero oyó una voz desde su ventanilla.

—¡Disculpe, si hace el favor!

Fingió no haber oído.

—¡Le digo a usted! —repitió la voz.

No podía evitar bajar el mapa.

—¡Comisario Montalbano!

—¡Comandante Barberito! —respondió el comisario, poniendo a duras penas cara de sorpresa y mirando al comandante con una sonrisa en los labios.

—¡Cuánto me alegro de verlo!

—Imagínese yo a usted —declaró Montalbano, bajando del automóvil para estrecharle la mano.

—¿Adónde iba?

—A Fiacca.

Entretanto, los dos carabinieri se habían acercado.

—¿Por algo relacionado con el servicio?

—Pues sí.

—Devuélvanle los documentos al conductor.

—Pero es que... —protestó uno de los carabinieri, el cual, enterado de que eran de la policía, no quería soltar el hueso.

—Nada de peros —zanjó Barberito.

—Mire, mi comandante, que si hemos cometido algún fallo, no tenemos ningún inconveniente en... —empezó el plusmarquista Montalbano,

asumiendo la actitud de alguien que está por encima de las mezquindades de la vida.

—¡Usted bromea! —exclamó Barberito tendiéndole la mano.

—Grrr... grrracias. —Tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a rugir de rabia.

Reanudaron la marcha. Al cabo de un prolongado silencio, Fazio hizo el único comentario posible:

—Nos han cubierto de mierda.

Casi a la entrada de Fiacca sonó el móvil de Fazio.

—Es Catarella. ¿Qué hago? ¿Contesto?

—Contesta —dijo Montalbano—. Y déjame oír a mí también.

—¿No habrá otro puesto de control?

—No creo. Los carabineros tienen menos gasolina que nosotros.

—Acérquese todo lo que pueda.

El comisario acercó la cabeza el máximo a la de Fazio, pero debido a los baches de la carretera, de vez en cuando se corneaban como carneros.

—Hola, Catarella. Dime.

—¿El *dottori* está ahí personalmente en persona en tu mismo coche?

—Sí, habla, que te está oyendo.

—¡Emocionado estoy! ¡Virgen María, pero qué emocionado estoy!

—Bueno, Catarè, procura calmarte y habla.

—¡Ah, *dottori, dottori*! ¡Ah, *dottori, dottori*! ¡Ah, *dottori, dottori*!

—¿Se te ha rayado el disco? —preguntó Fazio, que conducía con la mano izquierda mientras con la derecha sujetaba el móvil al alcance de su oído y el del comisario.

—Si ha repetido tres veces «Ah, *dottori, dottori*», la cosa tiene que ser muy seria —dijo Montalbano un tanto preocupado.

—¿Nos dices qué ha ocurrido, sí o no? —preguntó Fazio.

—¡Han encontrado a Picarella! ¡Esta mañana lo han encontrado! ¡A mejor vida pasó!

—¡Coño! —exclamó Fazio mientras el automóvil daba un bandazo, provocando un montón de frenazos y sonoras pitadas de los ciclomotores y camiones que circulaban en ambas direcciones.

—¡Coño y mil veces coño! —jadeó Montalbano.

Para controlar mejor el vehículo, Fazio soltó el móvil.

—Acércate al bordillo y para —indicó el comisario.

Fazio obedeció. Ambos se miraron.

—¡Coño! —remachó Fazio.

—¡Pues entonces el secuestro era verdaderamente de verdad! —dijo Montalbano, confuso y sorprendido—. ¡No era falso!

—¡Nos equivocamos con él, pobrecillo!

—Pero ¿por qué lo han matado sin siquiera pedir un rescate?

—Quién sabe —respondió Fazio, y repitió en voz baja y atemorizada—: ¡Coño!

—¡Llama a Augello y pásamelo!

Fazio recogió el móvil y marcó el número.

«El número solicitado...», empezó una voz femenina grabada.

—Lo tiene apagado.

—Virgen santa —suspiró Montalbano—. ¡Ahora, si el jefe superior la emprende con nosotros a puñetazos y puntapiés en el culo, tendrá toda la razón!

—¿Y a la señora Picarella dónde la deja? ¡Esto va a terminar pero que muy mal para todos nosotros! Igual el señor jefe superior nos manda a todos a freír espárragos por ahí —dijo Fazio, empezando a sudar.

El comisario también se notaba sudado. Estaba claro que el asunto tendría serias y graves consecuencias.

—Vuelve a llamar a Catarella y pregúntale si sabe dónde está Augello. Hay que adoptar inmediatamente un plan común de defensa.

Puesto que estaban parados, a Montalbano le resultó más fácil escuchar.

—Hola, Catarè. ¿Sabes dónde está el *dottor* Augello?

—Como el *dottori* Augello estaba en la comisaría al recibirse la noticia del hallazgo del susodicho Picarella, si ha ido al domicilio de los Picarella para hablar...

«¿Ha ido a ver a la señora Picarella, viuda reciente? —pensó Montalbano—. ¡Qué valiente es Mimì!».

—... con el mismo.

Montalbano y Fazio se miraron perplejos. ¿Habían oído bien? ¿Habían oído de verdad lo que habían oído? Si Picarella había muerto, aquel con

quien Mimì había ido a hablar no podía ser humanamente Picarella. Pero Catarella había dicho «el mismo». Entonces el problema era: ¿qué quería decir Catarella con «mismo»?

—Dile que te lo repita —pidió Montalbano al borde de un ataque de nervios.

Fazio habló con la misma prudencia que se utiliza con un loco de atar.

—Oye, Catarè. Ahora te pregunto una cosa y tú solo tienes que contestar sí o no. ¿De acuerdo? ¿Está claro? Ni una palabra más. O sí o no, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

—¿El *dottor* Augello ha ido a hablar con el señor Picarella, el que habían secuestrado?

—De acuerdo.

Montalbano soltó una maldición y Fazio también.

—¡Tienes que contestar sí o no, joder!

—Sí.

—Pero entonces, ¿por qué has dicho que Picarella había muerto?

—¡Yo no lo he dicho!

—Pero ¿cómo? ¡El *dottor* Montalbano también te ha oído decir que Picarella había pasado a mejor vida!

—¡Ah, sí! ¡Eso claro que lo he dicho!

—Pero ¿por qué lo has dicho?

—¿Acaso no es la verdad? Antes, cuando estaba secuestrado, las pasaba moradas, mientras que ahora que es libre ha pasado a una vida mejor.

—Yo a este cualquier día juro que le pego un tiro —dijo Fazio, cortando la comunicación.

—Pero el tiro de gracia se lo pego yo —añadió Montalbano.

—¿Damos media vuelta?

—No. Mimì ha hecho bien en ir enseguida a casa de Picarella. Ya está él. Nosotros seguimos adelante. Pero en el primer bar que encontremos, paramos y nos tomamos un coñac. Lo necesitamos, que este viaje ha sido demasiado azaroso.

Llegaron a Fiacca pasadas las once.

Encontraron enseguida via Alfano, una calle ancha y de poco tráfico. La verja del chalet estaba cerrada, pero debajo de la placa había un portero automático. Montalbano llamó. Al poco rato contestó una voz de mujer.

—¿Quién es?

—Soy el comisario Montalbano, de Vigàta.

—¿Qué quiere?

—Quisiera hablar con el notario.

—Está ocupado. Haga una cosa, entre y diríjase a la sala de espera. Lo llamarán cuando le toque el turno.

Accedieron a una antesala con dos puertas a la izquierda; encima de una de ellas una placa indicaba «Sala de espera», como en las estaciones de antaño. A mano derecha había otras dos puertas, encima de una de las cuales una pequeña placa rezaba «Despacho». Y debajo, en caracteres más pequeños: «Se ruega no entrar».

Al fondo de la sala, una escalera daba acceso al piso de arriba, donde seguramente vivían el notario y su mujer.

Fazio abrió la puerta de la sala de espera, asomó la cabeza, volvió a sacarla y cerró la puerta.

—Hay unas diez personas esperando.

—En cuanto salga alguien del despacho, pedimos que avisen al notario — dijo Montalbano.

Pasados diez minutos largos, el comisario perdió la paciencia.

—Fazio, sube un poquito y llama a la señora.

Tras subir tres peldaños, Fazio se puso a llamar en voz baja:

—¡Señora! ¡Señora Palmisano!

—¡Pero así no te oye!

—¡Señora Palmisano! —repitió Fazio un poco más fuerte.

No hubo respuesta.

—Haz una cosa. Sube al piso de arriba y dile que queremos hablar con ella.

—¿Y si se asusta al verme?

—Procura que no ocurra.

Fazio empezó a subir tan cautelosamente que si la señora Palmisano lo hubiera visto, lo habría tomado por un ladrón. Y se habría armado un escándalo digno de los demás escándalos que se habían armado esa mañana.

13

Durante la espera, ¿podía fumarse un cigarrillo? Montalbano miró alrededor, pero no vio ningún cartelito que lo prohibiera. A decir verdad, tampoco vio ningún cenicero.

¿Qué hacer? Decidió fumárselo y guardarse después la colilla en el bolsillo. Acababa de dar la primera calada cuando Fazio apareció en lo alto de la escalera.

—Suba, *dottore*.

Montalbano apagó el cigarrillo y se lo metió en el bolsillo. Cuando llegó arriba, Fazio le susurró:

—Es una señora amabilísima.

Habían dado apenas dos pasos cuando Fazio se detuvo, respiró hondo, arrugó la nariz y dijo:

—Huelo a quemado.

—¿Metafóricamente hablando? —preguntó Montalbano.

—No, señor; realmente hablando.

Montalbano comprendió que no había apagado bien la colilla y que la chaqueta empezaba a quemarse. ¿Podía presentarse ante la señora en mangas de camisa?

Se limitó a dar unos manotazos enérgicos al bolsillo para conjurar el principio de incendio.

La sexagenaria Ernesta Palmisano, bien vestida y sin un solo cabello fuera de lugar, los hizo pasar a un bonito salón. E inmediatamente Montalbano se quedó deslumbrado por unas cinco o seis botellas de Morandi^[2] y por dos bañistas de Fausto Pirandello^[3].

—¿Le gustan, comisario?

—Son espléndidos, bellísimos.

—Pues entonces después le enseñaré un Tosi y un Carrà. Están en el estudio privado de mi marido. ¿Tomarán algo?

Fazio y Montalbano se miraron y se comprendieron al vuelo. Era la ocasión perfecta para ver a Katia.

—Sí —contestaron a coro.

—¿Un café?

—Gracias —respondió el pequeño y bien adiestrado coro.

—Tengo que prepararlo yo porque hoy, por desgracia, la asistenta...

—¿Qué ha hecho...? —exclamó Montalbano levantándose de un brinco.

—¿... la asistenta? —terminó Fazio levantándose a su vez.

La señora Palmisano se pegó un susto.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué he dicho?

—Disculpe, señora —dijo el comisario, haciendo un esfuerzo por conservar la calma—. ¿Su asistenta es una joven rusa que se llama Katia Lissenko?

—Sí —contestó perpleja.

—¿Qué ha hecho? —preguntó el pequeño coro.

—Hoy no ha venido.

Montalbano y Fazio, más que sentarse, se derrumbaron de nuevo en las butacas. Habían pasado lo que habían pasado para no llegar a ninguna conclusión. La señora Palmisano también volvió a sentarse, olvidándose del café.

—¿Ha llamado para avisar que no podría venir? —preguntó el comisario.

—No. Pero jamás había ocurrido. Jamás ha faltado ni un solo día. Siempre ha sido muy correcta y puntual, ordenada... ¡Ojalá hubiera muchas como ella!

—¿Desde cuándo está a su servicio?

—Desde hace tres meses.

O sea, que se había trasladado a Fiacca inmediatamente después de trabajar en Vigàta, en casa de Graceffa.

—¿A qué hora tenía que presentarse?

—A las ocho.

—¿Y cómo no la ha llamado usted para saber por qué...?

—Llamé sobre las nueve, pero no contestó nadie. Probablemente no había nadie en casa.

—¿Dónde vive?

—Una viuda, la señora Bellini, le alquila un cuartito. Via Atilio Régulo, número treinta.

—¿Cómo llegó a ustedes?

—Nos la recomendó don Antonio, el párroco de la iglesia que hay justo en esta misma calle. Pero ¿puedo saber por qué todas estas preguntas sobre Katia? ¿Ha hecho algo malo?

—No nos consta. La buscamos porque podría facilitarnos datos muy importantes para una investigación en curso. Se trata del homicidio de una muchacha rusa; ¿ha oído usted hablar de eso?

—No. Cuando oigo historias de homicidios en la televisión, cambio enseguida de canal.

—Y hace muy bien. ¿Cómo es Katia de carácter?

—Es una muchacha tranquila, normal, no diría precisamente alegre, pero tampoco triste. De vez en cuando parece ausente... absorta, eso es, como si estuviera siguiendo un pensamiento poco agradable.

—Señora, le ruego que reflexione bien antes de contestar. ¿Ha observado en Katia algo distinto en los últimos días? Me refiero al período comprendido entre la noche del lunes y ayer por la noche.

—Sí —contestó sin necesidad de reflexionar.

—¿Qué ha observado?

—El martes por la mañana, cuando llegó, estaba muy pálida y le temblaban un poco las manos. Le pregunté qué le ocurría y me contestó que la habían llamado desde su pueblo... ¿Chelkovo?

—Sí.

—Y que había recibido una mala noticia.

—¿Le dijo cuál?

—No. Y no insistí porque comprendí que no quería hablar de eso.

—¿Observó alguna otra cosa?

—Sí. Ayer por la mañana, al volver de correos, adonde mi marido la había mandado a enviar unas cartas certificadas, la vi francamente trastornada. Le pregunté la razón y me contestó que no se encontraba bien,

que había tenido una especie de desmayo y que se trataba sin duda de una consecuencia de esa mala noticia de la que no conseguía recuperarse. Por eso esta mañana, al ver que no venía, no me sorprendí demasiado. Sin embargo, me había hecho el propósito, en caso de no conseguir hablar con ella por teléfono, de ir a verla por la tarde.

Estaba claro, en contra de lo que decía Graceffa, que Katia lo había visto y reconocido. Y había tenido miedo de que Graceffa volviera a aparecer y la metiera en algún problema.

La señora Palmisano, que era toda una señora, no hizo más preguntas. En cambio, el comisario preguntó, levantándose:

—¿Sería tan amable de enseñarme los otros cuadros?

—Faltaría más.

En el estudio privado del notario no había ni un solo libro de temas jurídicos. Las estanterías estaban llenas de novelas de primerísima calidad.

El paisaje de Tosi era espléndido, pero en presencia de la marina de Carrà, a punto estuvo de que se le saltaran las lágrimas.

Al salir de la residencia de los Palmisano, el comisario se dio cuenta de que la colilla mal apagada le había hecho un agujero en el bolsillo. Todavía bajo los efectos de la belleza del cuadro de Carrà, ni siquiera experimentó el impulso de soltar maldiciones.

Pero ¿cómo era posible que en el año 2006 a un alcalde todavía se le ocurriera dedicar una calle a Atilio Régulo^[4]? Misterios de la toponomástica. El número 30 correspondía a un maltrecho edificio de seis pisos sin ascensor, y como es natural, la viuda Bellini vivía en el sexto. Subieron despacio, pero aun así llegaron a la puerta sin resuello.

—¿Quién es? —Voz de anciana.

—¿La señora Bellini?

—Sí. ¿Qué quiere?

A Montalbano se le encendió una repentina luz: si le decía que era comisario, ella no abriría ni a cañonazos. En cambio, las ancianas siempre dejaban entrar en su casa a los estafadores.

—¿Está usted jubilada, señora?

—Sí, cobro una miseria.

—Hemos venido a hacerle una propuesta interesante.

Fazio lo miró asombrado.

La puerta se abrió todo lo que permitía la cadena. La señora Bellini los examinó con recelo mientras ellos procuraban adoptar el aire más angelical posible. Después la viuda decidió retirar la cadena.

—Pasen.

El apartamento estaba limpio, los viejos muebles de la salita estaban tan impecables que hasta brillaban. Los tres se sentaron con corrección. Montalbano lamentó no tener a mano una baraja de naipes.

—Toma notas —le ordenó a Fazio, y este sacó un bloc y un bolígrafo del bolsillo—. Haz tú las preguntas —añadió.

A Fazio le brillaron los ojos de alegría. Las señas personales de la gente eran para él como la droga para un drogadicto.

—Nombre y apellido de soltera.

—Rosalia Mangione.

—Día, mes, año y lugar de nacimiento.

—Ocho de septiembre de mil novecientos treinta en Lampedusa. Pero...

—Díganos, señora —terció Montalbano.

—¿Puedo saber quién les ha dicho mi nombre?

Montalbano se colgó en la cara una sonrisa toda dientes de gato Silvestre.

—Es Katia quien nos ha hablado de usted.

—Ah.

—¿Está aquí? Nos gustaría saludarla.

—Ayer cuando volvió, Katia hizo la maleta, me pagó y se fue.

Montalbano y Fazio se levantaron simultáneamente.

—¿Le dijo adónde iba? —preguntó el comisario.

—No.

—¿El lunes por la noche Katia recibió una llamada de Rusia?

—No.

—¿Cómo lo sabe? ¿Katia no tiene móvil?

—Pues claro. Pero no es de esos con los que se puede hablar con cualquier país del mundo.

—¿Usted tiene televisor?

—Sí... pero...

—Pero ¿qué?

—No suelo mirarla muy a menudo.

—No se preocupe. ¿Se ha enterado de lo de la chica encontrada muerta en el vertedero de basura?

—¿La de la mariposa? Sí, señor.

—¿Y Katia se enteró?

—Estaba conmigo cuando lo contaron en la televisión.

—Vamos —dijo Montalbano.

La vieja los siguió.

—¿Y cuál es la propuesta?

—Esta tarde regresamos y se la hacemos —respondió Fazio.

Montalbano comprendió enseguida que de don Antonio no iban a sacar nada en claro.

Era un recio cincuentón musculoso y taciturno, con unas manos que parecían mazas de picar piedra. El comisario observó en un rincón de la sacristía un par de guantes de pugilismo colgados de la pared.

—¿Practica el boxeo?

—De vez en cuando.

—Perdone, padre, pero ¿fue usted quien recomendó a la familia Palmisano a una chica llamada Katia Lissenko?

—Sí.

—¿Y a usted, a su vez, quién se la indicó?

—No lo recuerdo.

—Intentaré echarle una mano. ¿Quizá la asociación La Buena Voluntad de monseñor Pisicchio?

—No mantengo relaciones ni con monseñor Pisicchio ni con su asociación.

¿No había cierto tono de desprecio en su voz? También debió de notarlo Fazio, el cual dirigió una rápida mirada al comisario.

—¿De veras no lo recuerda?

—No.

—¿Y no hay ninguna esperanza de que, haciendo un esfuerzo...?

—No. ¿Por qué la buscan? ¿Ha hecho algo malo?

—No —contestó Fazio.

—Solo queremos interrogarla sobre ciertos hechos que ella conoce —
puntualizó Montalbano.

—Comprendo.

Pero no preguntó cuáles eran los hechos. O no era curioso o conocía muy bien los hechos. Pero ¿acaso los curas no tienen que ser curiosos por deformación profesional?

—¿Por qué vienen a buscarla aquí?

—Porque no ha vuelto a casa de los Palmisano y se fue a toda prisa de su domicilio. Prácticamente no se tienen noticias suyas. Por consiguiente, pensamos que como Katia ya recurrió a usted la primera vez para que la ayudara...

—Se han equivocado.

—Padre, tengo motivos para considerar que esa chica corre un grave peligro. Incluso corre el riesgo de perder la vida. De modo que cualquier información que...

—¿Me creerá si le digo que no veo a Katia desde hace diez días?

—No.

El cura desvió significativamente la mirada hacia los guantes de boxeo.

—Si quiere desafiarme a un juicio de Dios a base de hostias, acepto —
dijo el comisario, confiando en que el otro no le tomara la palabra.

En efecto, por primera vez don Antonio se rio.

—¿Para que después usted me denuncie por resistencia a la autoridad y agresión a las fuerzas del orden? Mire, comisario, usted me cae bien. En su desgracia, Katia, que es una buena chica, ha tenido suerte. Desde que decidió no tener nada que ver con los de La Buena Voluntad, ha encontrado personas adecuadas que han sabido cómo ayudarla. Déjeme su número de teléfono. Si tengo noticias de Katia, se lo comunicaré.

Montalbano le anotó los números, incluso el de Marinella, y después preguntó:

—¿Sabe por qué Katia ya no ha querido tener nada que ver con la asociación de monseñor Pisicchio?

- Sí.
—¿Podría decírmelo?
—No.
—¿Por qué?
—Porque me fue revelado en confesión.

Emprendieron el camino de regreso.

—¿Usía cree que el cura dará señales de vida?

—Creo que sí. Tras haber consultado con Katia. A quien probablemente, me juego los cojones, don Antonio se ha encargado de esconder en lugar seguro. Tal vez en su propia casa.

—¿Pues entonces a usted le parece que, en resumidas cuentas, el viaje no ha sido inútil?

—Exacto. Creo sinceramente que hemos establecido un contacto indirecto con Katia.

—¿Sabe qué hora es? Llegaremos a Vigàta sobre las tres y media.

En la *trattoria* de Enzo seguramente ya no encontraría nada que comer a esa hora.

—Si vuelven a pararnos los carabinieri, llegaremos a las cinco. Y yo tengo apetito.

—Yo también —coincidió Fazio.

Montalbano vio un ramal con un letrero.

—Gira a la izquierda y vamos a Caltabellotta.

—¿A hacer qué?

—Antes había un restaurante muy bueno.

Fazio tomó la carretera indicada.

A Montalbano lo asaltó un pasaje de una lección de historia y lo recitó con los ojos cerrados:

—«La paz de Caltabellotta, firmada el treinta y uno de agosto de mil trescientos dos, puso fin a la guerra de las Vísperas Sicilianas. Federico Segundo de Aragón fue reconocido como rey de Trinacria y se comprometió a contraer matrimonio con Leonor, hermana de Roberto de Anjou...».

Interrumpió sus palabras.

—¿Y bien? —dijo Fazio—. ¿Cómo acabó la cosa?
—¿Qué cosa?
—¿Federico cumplió el compromiso? ¿Se casó con Leonor?
—Ya no me acuerdo.

«Hervir una coliflor en agua salada, sacarla poco cocida y trocearla. Echarla luego en una sartén donde se haya sofrito una cebollita cortada en tiritas. Aparte, freír un buen trozo de salchicha fresca, y en cuanto esté dorada, cortarla en rodajas de un centímetro como máximo, retirando la piel. Poner la coliflor y la salchicha con el aceite de la fritura, añadir unas cuantas patatas cortadas en finas rodajas transparentes, aceitunas negras troceadas, sal y especias. Mezclar bien los ingredientes. Con un poco de masa de pan fermentada, preparar un hojaldre en forma de disco y colocar en una tartera de borde alto, llenar con la mezcla de ingredientes, cubrir con otro disco de masa de pan y juntar bien los bordes. Untar la parte superior con manteca de cerdo e introducir la tartera en el horno muy caliente. Sacar en cuanto se dore (tardará una media hora)».

Esa era la receta de la empanada de cerdo que el comisario pidió que le dictaran después de haberse chupado los dedos en compañía de Fazio. Para el primer plato habían optado por algo ligero: arroz a la siciliana, ese en que se notan los sabores del vino, el vinagre, las anchoas saladas, el aceite, el tomate, el zumo de limón, la sal, la guindilla, la mejorana, la albahaca y las aceitunas negras llamadas *passuluna*.

Eran platos que exigían vino, y la exigencia no quedó sin respuesta.

Cuando salieron, a Montalbano le faltó el paseo por el muelle hasta el faro.

—Oye, Fazio, vamos a dar un paseo; llegamos hasta el castillo y volvemos antes de subir al coche.

—Sí, señor *dottori*, de esa manera se evaporará un poquito el pestazo de vino que hacemos. Como nos paren los carabinieri, esta vez nos enchironan por conducción en estado de embriaguez.

El paseo resultó parcialmente útil. Mientras subían al coche, Fazio vio a un hombre que estaba levantando la persiana de una papelería.

—¿Me disculpa un momento, *dottore*?

—¿Qué tienes que hacer?

—Como esta noche mi mujer y yo vamos a casa de un amigo para celebrar el cuarto cumpleaños de su hijo, le compraré como regalo una caja de tizas de colores.

Al regresar, dejó la cajita en el salpicadero y se pusieron en marcha.

A la primera curva que tomó Fazio, la cajita resbaló y cayó hacia la parte de Montalbano. El comisario la recogió mientras se preguntaba si cuando él era pequeño ya había tizas de colores o eran todas blancas. Estaba a punto de volver a dejar la caja en su sitio cuando sus ojos se posaron en una línea de letras muy pequeñas en un lateral: «Fábrica de Pinturas Arena - Montelusa».

No sabía que en Montelusa hubiera una fábrica de pinturas.

O sea, una fábrica de tizas de colores.

Una fábrica de pinturas que después las vendía al por menor.

Y las pinturas al por menor se vendían en las tiendas que vendían pinturas.

Le costaba razonar rápido con todo el vino que llevaba dentro. Los pensamientos estaban como retorcidos y resultaba casi imposible desenredarlos.

¿Dónde se había quedado? Ah, sí: en las pinturas que se vendían en las tiendas de pinturas. ¿Y qué? ¡Menudo descubrimiento! Felicidades, *dott...* ¡Un momento! ¿Qué había oído la víspera en la televisión? «¡Haz un esfuerzo, Montalbà, que puede ser muy importante!». Batidas de búsqueda de un fugitivo de la justicia en la clandestinidad, detención de un concejal del Ayuntamiento... ¡Ahí lo tenía! Incendio probablemente provocado en una tienda de pinturas de Montelusa. ¡Esa era la noticia que no le había permitido conciliar el sueño! ¿Dónde se puede encontrar purpurina en cierta cantidad? Donde la producen o donde la venden. No donde la compran, que esos la compran en poca cantidad. Se había equivocado en todo.

—¡Cabron! —gritó, dándose un manotazo en la frente.

El coche derrapó.

—¿Vamos a hacer la segunda de esta mañana? —preguntó Fazio.

—Perdóname.

—¿Con quién la tiene tomada?

—Conmigo, en primer lugar. Y después también un poco contigo y con Augello.

—¿Por qué?

—Porque no podíamos encontrar purpurina en cierta cantidad en las fábricas de muebles o en los talleres de restauración, sino en los sitios donde la producen o la venden. Anoche oí que en Montelusa habían quemado una tienda que vendía pinturas. Quiero acercarme allí ahora mismo. Llama a alguien de los nuestros en Montelusa y pídele que te dé el número de teléfono y el domicilio del propietario.

14

Todo se podía decir de Carlo Di Nardo, menos que fuera celoso de su trabajo.

Recibió a Montalbano con los brazos abiertos en su despacho de la Jefatura de Montelusa; por si fuera poco, ambos habían sido compañeros de curso y se tenían simpatía.

—¿A qué debo el placer?

Montalbano le explicó lo que quería.

—Aquí en Montelusa no tienes más que buscar en tres sitios: en la fábrica de pinturas Arena, que es proveedora de media isla, en la tienda de las hermanas Disberna y en la de Costantino Morabito, o por lo menos en lo que queda de ella. Por lo que me ha parecido comprender, tú piensas que la chica, al caer tras haber recibido el disparo, se manchó con purpurina. ¿Es así?

—Así es.

—Pues yo descarto que las hermanas Disberna hayan podido disparar contra cualquier ser vivo, ni siquiera contra una hormiga. Además, el negocio lo atienden ellas mismas, que tienen setenta y tantos años cada una, con la ayuda de una sobrina de cincuenta y pico. No creo que sea el caso. En cambio, la fábrica de pinturas es grande y tendrías que echarle un vistazo.

—¿No me dices nada de la tienda de Morabito?

—A ese lo he dejado para el final. En primer lugar, el incendio ha sido provocado, a ese respecto no cabe la menor duda. Solo que se ha utilizado una técnica distinta.

—¿O sea?

—¿Tú sabes cómo se incendian las tiendas de los que no quieren pagar el *pizzo*? Raras veces los incendiarios entran en el local: se limitan a arrojar gasolina a través de una ventana abierta o a verterla por debajo de la persiana

metálica o la puerta. En el noventa por ciento de los casos en que el incendiario entra en el local, resulta quemado más o menos gravemente.

—¿Aquí, en cambio, el fuego se prendió desde dentro?

—Exactamente. Y no se han registrado roturas de persianas metálicas, puertas o ventanas. Esta es también la opinión del ingeniero Ragusano del cuerpo de bomberos.

—En definitiva, ¿tú te inclinarías más bien por una hipótesis que implicara al propio Morabito?

—¡Pero qué diplomático te has vuelto con la edad, Montalbà! Locascio, el del seguro, también cree que ha sido Morabito.

—¿Para cobrar el dinero de la póliza?

—Eso es lo que él cree.

—¿Y tú no?

—La posición económica de Morabito es muy desahogada. Si ha pegado fuego a su tienda, habrá sido por otro motivo. Ese hombre esconde algo. Tenía previsto intentar descubrirlo mañana, pero has aparecido tú. ¿Qué quieres hacer ahora?

—Quisiera echar un vistazo a la tienda.

—No hay problema. Te acompaño. ¿Vienes tú también, Fazio?

La tienda de pinturas no había sido una verdadera tienda de pinturas. Se llamaba Fantasía con muy poca fantasía y era una especie de supermercado donde se vendían toda suerte de artículos relacionados con el hogar, desde azulejos para el cuarto de baño a alfombras, desde ceniceros a arañas de cristal. Una importante sección, la que había sido incendiada y de la cual no quedaba prácticamente nada, estaba dedicada a las pinturas: quien tuviera el capricho de pintarse el dormitorio de amarillo paja con cuadraditos verdes, y el comedor rojo fuego, encontraba allí todo lo que necesitaba; pero el que se dedicaba a pintar cuadros podía elegir también entre miles de tubitos de colores al óleo, al temple o acrílicos. Desde aquella sección se podía acceder a través de una escalera interior al apartamento donde vivía el propietario, el señor Costantino Morabito. Como es natural, al apartamento también se accedía a través de una puerta que daba a la calle; la escalera interior solo era

una comodidad que le servía a Morabito para abrir o cerrar el establecimiento desde dentro.

Di Nardo contestó a todas las preguntas del comisario, que fueron muchas.

—Quisiera hablar con Morabito —dijo Montalbano mientras regresaban a Jefatura.

—No hay problema —repitió Di Nardo—. Se ha ido a vivir a casa de su hermana porque el apartamento podía amenazar ruina. Los bomberos quieren efectuar un control.

—Hablando de controles, ¿quién controla la zona? ¿A quién se paga el *pizzo*?

—A los hermanos Stellino. En mi opinión, deben de estar cabreadísimos porque les atribuirán este incendio a pesar de que tal vez no han tenido nada que ver.

—Esa podría ser una buena excusa para poner nervioso a Morabito. ¿Dónde puedo hablar con él?

—En mi despacho; yo tengo que ir a hacer otra cosa. Pongo a tu disposición al inspector Sanfilippo, que lo sabe todo.

—Si Morabito no necesitaba dinero, ¿por qué tendría que incendiar la tienda? —preguntó Fazio cuando ambos se quedaron solos. Y añadió—: El *dottor* Di Nardo nos ha dicho que Morabito no está casado, no es aficionado al juego, no tiene mujeres, no gasta sin freno, pues más bien es tacaño, no tiene deudas... ¿Por qué descartar que se deba a un impago del *pizzo*?

—Una vez vi una película americana, una comedia —dijo Montalbano pensativo—, donde se contaba la historia de uno que se lleva a casa a una puta aprovechando que su esposa se ha ido a pasar el día con su madre. En el momento de irse, cuando faltan tres horas para el regreso de la mujer, la puta no encuentra las bragas. Busca que te busca, pero nada. La puta se va. El hombre, sabiendo que tarde o temprano su esposa descubrirá las malditas bragas, va y prende fuego a la casa. ¿No te parece una buena razón?

—¡Pero Morabito no está casado!

—Claro que no es lo mismo. Pero yo me preguntaba: ¿y si el incendio hubiera servido para esconder otra cosa?

—¿Y qué puede ser?

—Un casquillo, por ejemplo.

—¿Qué hacemos?

—Dile a Sanfilippo que vaya a buscar a Morabito. Y te lo advierto: dame cuerda porque voy a hacer mucha comedia.

Costantino Morabito era un cincuentón desaliñado, con la cara afeitada a la buena de Dios, el cabello despeinado y ojeras. Estaba extremadamente nervioso y se movía a sacudidas. Se sentó en el borde de la silla, sacó un pañuelo del bolsillo y lo mantuvo en la mano.

—Ha sido un golpe muy duro, ¿eh? —le dijo Montalbano tras haberse presentado.

—¡Todo se ha perdido! ¡Todo! El humo lo ha alcanzado todo, incluso lo que había en las otras secciones, ¡y lo ha estropeado todo! ¡Un daño inmenso! ¡Estoy destrozado!

—Pero en medio de la desgracia, usted ha tenido suerte.

—¿Qué suerte, perdone?

—La de no haber perdido la vida.

—¡Ah, sí! ¡San Gerlando me ayudó! ¡Ha sido un verdadero milagro, señor comisario! ¡Las llamas estuvieron a punto de alcanzar el piso de arriba, donde yo me encontraba, y de asarme a la parrilla!

—Oiga, ¿quién se dio cuenta del incendio?

—Yo. Noté un fuerte olor a quemado y...

—Yo también lo noto —lo interrumpió Montalbano.

—¿Ahora? —preguntó perplejo Morabito.

—Ahora.

—¿Y de dónde?

—Lo noto procedente de usted. ¡Qué raro!

Se levantó, rodeó el escritorio, se situó al lado de Morabito, le puso la nariz a cinco centímetros de distancia y empezó a olfatearlo desde el cabello al pecho.

—Ven a oler tú también.

Fazio se levantó, se situó al otro lado e imitó al comisario. Sorprendido, Morabito permaneció inmóvil.

—Algo se nota, ¿verdad?

—Sí —dijo Fazio.

—¡Pero yo me he lavado! —protestó Morabito.

—Se tarda tiempo en lograr que desaparezca, ¿sabe?

Regresaron a sus asientos.

—Siga, señor Morabito.

—Noté un fuerte olor, abrí la puerta que da a la sala y el humo me asfixió. Entonces llamé a los bomberos, que llegaron enseguida. ¿Usted sabe cómo arden las pinturas?

—¿Qué estaba haciendo usted?

—Estaba a punto de irme a dormir. Ya pasaba de la medianoche. Había estado viendo un poco la televisión...

—¿Qué daban?

—No me acuerdo.

—¿No recuerda ni siquiera el canal?

—No, pero...

—Diga, diga.

—Disculpe, comisario, yo ya se lo he contado todo a un compañero suyo, al jefe de bomberos, al del seguro... ¿Usted qué tiene que ver con esto?

—Mi compañero Fazio y yo formamos parte de una brigada especial creada por el señor jefe superior. Especialísima. Nos ocupamos de incendios provocados, atribuibles al impago del *pizzo*. —Se levantó repentinamente y se puso a dar voces—: ¡Así no se puede seguir! ¡Los honrados comerciantes como usted ya no tienen por qué someterse a las horcas caudinas que impone la mafia! ¡Hemos aguantado cuarenta años y ahora se acabó!

Se sentó y se felicitó a sí mismo, tanto por lo de las horcas caudinas como por la cita mussoliniana. Hasta Fazio lo contempló con admiración.

Costantino Morabito, impresionado primero por lo del olor y después por la fanfarronada, se tragó aquel embuste cual agua fresca y se puso muy nervioso.

—Hay que... descartarlo.

—¿A qué se refiere?

—Al impago...

—¿Usted paga el *pizzo* con regularidad?

—No... no se trata de pagar o no pagar. Estoy seguro de que la causa del incendio no es la que usted cree.

—¿No? ¿Y cuál es la que cree usted?

—Que no se trata de un incendio provocado.

—¿Pues qué ha sido?

—A lo mejor un cortocircuito.

—Antes de mandarlo llamar, he estado hablando con el ingeniero Ragusano. Él descarta un cortocircuito.

—¿Por qué?

—Porque se ha localizado el punto en que se inició el incendio. Y por allí no pasa nada que tenga que ver con la electricidad.

—Pues entonces ha sido autocombustión.

—Ragusano también la descarta por una cuestión de temperatura. Y se hace unas cuantas preguntas.

—A mí no me las ha hecho.

—Todavía no, pero ya se las hará.

Ahí quedaba bien una risita un tanto siniestra que le salió bordada. Se mereció otra mirada de admiración de Fazio y un vistazo desconcertado de Morabito.

—¡Se las hará, vaya si se las hará!

Otra risita mefistofélica.

—¿Quiere saber alguna?

—Oigámosla —dijo Morabito, secándose el sudor que le brillaba en la frente.

—El incendio se inició en un punto concreto, exactamente al pie de la escalera interior. Donde no tendría que haber material inflamable, cuyos restos, en cambio, han encontrado los bomberos precisamente allí. Ragusano me ha dicho que esos materiales habían sido amontonados formando una pequeña pira. ¿Quién los puso allí?

—Y yo qué sé. Cuando cerré la tienda, al pie de la escalera no había nada.

—¿No puede aventurar una suposición?

—¿Qué quiere que le diga? Debió de ponerlo el que prendió el fuego.

—Exactamente. Pero el problema sigue siendo el mismo: ¿cómo se las arregló el incendiario para llegar hasta allí?

—Y yo qué sé.

—Las dos persianas metálicas del establecimiento no fueron forzadas. Las ventanas estaban cerradas. ¿Por dónde entró?

El pañuelo que Morabito se pasaba por la frente ya estaba empapado.

—Pudo utilizar un mecanismo de relojería. Lo dejaría al pie de la escalera antes del cierre del local.

—¿Usted cerró la tienda por fuera?

—No. ¿Por qué tendría que haberlo hecho? La cerré igual que siempre.

—¿O sea?

—Desde dentro.

—¿Y cómo hizo para acceder a su apartamento?

—¿Cómo tenía que hacerlo? Subí por la escalera interior.

—¿A oscuras?

A Morabito el sudor le había traspasado incluso la chaqueta: tenía dos manchas oscuras en los sobacos.

—¿Cómo a oscuras? Con la luz.

—¡Ni hablar! Con la luz habría reparado a la fuerza en la presencia del mecanismo de relojería. ¿No lo vio?

—¡Por supuesto que no!

—O sea, tengo que tomar nota de que usted admite...

Morabito osciló tan bruscamente en la silla que poco faltó para que se cayera.

—¿Qué... qué admito? ¡Yo no he admitido nada!

—Disculpe... vamos por orden. Usted, en un primer momento, ha dicho que el incendio podría haber sido causado por un cortocircuito o por autocombustión. ¿No es así?

—Sí.

—Pero si ahora me sale con la hipótesis de un mecanismo de relojería, significa que admite la posibilidad de un incendio intencionado. ¿Está claro?

El hombre no contestó. Un ligerísimo temblor había empezado a reptar por su cuerpo.

—Oiga, Morabito, quiero echarle una mano. Veo que se encuentra en apuros. ¿Quitamos de en medio el hipotético mecanismo de relojería, del cual, por otra parte, no se ha encontrado el menor rastro?

Morabito asintió con la cabeza; evidentemente no estaba en condiciones de articular ni una palabra.

—Muy bien. Eliminado también el mecanismo de relojería. Según Ragusano —prosiguió Montalbano—, esa especie de pira hecha a propósito fue profusamente rociada con gasolina, y después bastó una cerilla... ¡Desde luego es muy raro!

—¿Qué?

—¡Que el incendiario no se incendiara a su vez! ¡Ah, ah! ¡Esta sí que es buena! ¡Francamente buena! ¿No le recuerda *L'arroseur arrosé* de los hermanos Lumière o aquello de ir por lana y salir trasquilado? —Se echó a reír mientras pateaba el suelo y soltaba manotazos sobre el escritorio.

Morabito lo miró asustado y con los ojos desorbitados; a lo mejor empezaba a preguntarse si estaría tratando con un imbécil o un loco. Pero ¿de qué coño le hablaba?

—A no ser que...

Súbito cambio de expresión. Frente arrugada, mirada pensativa, boca ligeramente torcida.

—¿A no ser qué? —preguntó casi sin resuello Morabito.

—A no ser que el incendiario ya se encontrara en la escalera. Amontona la pira, sube los peldaños y arroja la cerilla o lo que fuera desde lo alto de la escalera, quedando lejos de la llamarada. Sí, eso es lo que tiene que haber ocurrido. Pero en ese caso...

Suspense. Pausa. Expresión facial crispada porque en el interior de la cabeza se está formando un pensamiento.

—¿... en ese caso? —inquirió Morabito con un hilo de voz.

—En ese caso el incendiario, para ponerse a salvo, no tenía más remedio que entrar en su apartamento. ¿Usted lo vio?

—¿A quién? —preguntó desconcertado.

—Al incendiario.

—Pero ¿qué dice?

—¿Está seguro?

—Si le digo que...

Montalbano levantó una mano.

—¡Alto ahí! —Y se puso a mirar fijamente el rincón superior izquierdo de la estancia. Después murmuró como para sí—: Sí... sí... sí... —Posó los ojos en Morabito—. ¿Sabe que se me está ocurriendo una idea?

—¿Cu... ál?

—La de que usted no solo vio al incendiario sino que incluso lo reconoció, pero no quiere decírnoslo.

—¿Por... por qué no...?

—Porque está asustado. Y está asustado porque el incendiario era uno de los hermanos Stellino, los mafiosos que controlan su zona.

—¡Por favor! ¡Por el amor de Dios! ¡Los Stellino no tienen nada que ver! ¡Se lo juro!

—Eso lo dice usted. Y puesto que lo dice usted... ¿sabe que se me está ocurriendo otra idea?

Morabito abrió los brazos, resignado.

—¿Tiene usted enemigos?

—¿Yo, enemigos? No.

—Sin embargo, se podría pensar que alguien ha querido hacerle... ¿cómo se llama?... ahora no me sale... Fazio, ayúdame.

—¿Una mala jugada?

—¡Bravo! ¡Eso es! ¡Podríamos incluso llamarlo una broma pesada! ¿No le parece, señor Morabito?

—No entien...

—¡Pero si es muy fácil! Alguien que le quiere mal prende fuego a su tienda para que la culpa caiga sobre los hermanos Stellino.

—Podría ser —dijo el hombre, aferrándose a las palabras del comisario.

—¿Le parece que sí? ¡Pues mire, me alegro de que esté de acuerdo! ¡Me alegro muchísimo! Porque verá: también opina que se trata de un acto doloso el *dottor* Locascio, el inspector de seguros.

—¡Claro! ¡Esos buscan todos los pretextos para no pagar! —replicó Morabito un poco tranquilizado.

—Pero Locascio no está pensando en un impago del *pizzo*.

—Ah, ¿no? ¿Pues en qué está pensando?

—¿Quiere que se lo diga? ¿De veras lo quiere? Piensa que es usted quien ha incendiado la tienda para cobrar la póliza del seguro.

—¡Pero qué hijo de la grandísima puta! ¿Qué necesidad tengo yo del dinero de la póliza? Mis negocios marchan viento en popa. ¡Basta con preguntar a los bancos!

—Mi compañero el comisario Di Nardo, que ya lo ha interrogado, no piensa lo mismo.

—¿Lo mismo que quién?

—Que Locascio, naturalmente. Él está emperrado en la idea del impago del *pizzo*. Y por eso ha pedido nuestra intervención. Quiere utilizar este incendio como acusación contra los miembros de la familia Stellino que ejercen el control de la zona donde usted tiene su establecimiento. Tenga un poco de valor, señor Morabito. ¡Media palabra suya nos bastará para enviar a la sombra a los Stellino!

—¡Y dale con los Stellino! ¡Le digo que los Stellino no tienen nada que ver!

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Además, aunque tuvieran que ver, como yo diga media palabra, ¡esos me matan!

—Sobre todo si los Stellino no tienen nada que ver con el incendio, tal como usted ha declarado reiteradamente.

—¡Oiga, usted no para de hablar y yo ya no entiendo nada!

—¿Se siente cansado, señor Morabito? ¿Quiere que hagamos una pausa?

—Sí.

—¿Y usted qué hace? ¿Me denuncia?

—¿Yo a usted, comisario? ¿Po... por qué?

—Si me fumo un cigarrillo. Aquí está prohibido.

Morabito se encogió de hombros.

15

Montalbano se fumó tranquilamente el cigarrillo, y como no vio ningún cenicero, lo apagó contra el tacón del zapato y se guardó la colilla en el bolsillo. Total, ya tenía un buen agujero y uno más no importaba.

Mientras fumaba, nadie había abierto la boca. Morabito había pasado el tiempo con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Fazio simulaba levantar acta. Solo entonces Montalbano fingió darse cuenta.

—Pero ¿qué estás haciendo?

—Tomo apuntes para el acta.

—¡Pero qué acta ni qué cuernos! Esta es una conversación informal entre amigos. De lo contrario, el señor Morabito habría tenido perfecto derecho a solicitar la asistencia de un abogado y nosotros habríamos tenido que facilitárselo. Por cierto, ¿lo quiere?

—¿Qué?

—Un abogado.

—¿Y para qué un abogado?

—Nunca se sabe. Pero si usted se siente seguro de que no lo necesita, mejor así. Sin embargo, recuerde que yo se lo he ofrecido. ¿Se encuentra mejor?

Morabito volvió a encogerse de hombros sin mirarlo.

—Pues entonces sigamos. Me parece que hemos llegado a un punto definitivo, es decir, que a los Stellino, por lo menos esta vez, tenemos que dejarlos al margen. ¿Está de acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo.

—¿Usted siempre ha pagado el *pizzo* con regularidad?

Morabito no contestó.

—Mire, si usted reconoce haberlo pagado, la cosa quedará aquí entre nosotros tres. Pero si usted lo niega y yo descubro que lo ha pagado, igual me cabreo. Y entonces sería peor para usted, porque yo cuando me cabreo... Díselo tú, Fazio.

—Mejor estar muerto —declaró Fazio en tono sombrío.

—¿Comprendido? Pues entonces piense bien. Vuelvo a preguntárselo. ¿Paga el *pizzo* con regularidad?

—Ss... í.

—¿O sea que por ahí está en regla?

—Sí.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Ya no lo estaría si supongamos que voy y les digo a los hermanos Stellino que usted los ha acusado. ¿No cree que se lo tomarían a mal y vendrían a pedirle explicaciones?

Costantino Morabito pegó un respingo en la silla.

—¿Y po... por... por qué iba usted a decirles algo así? ¡Si estábamos de acuerdo en que los Stellino no tienen nada que ver!

—¡Pues entonces abre la boca y dime quién es el que tiene que ver! —gritó repentinamente el comisario, dando un manotazo en el escritorio que también sobresaltó a Fazio.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —gritó Morabito a su vez. Y de repente rompió a llorar con desconsuelo, como haría un chiquillo asustado.

Montalbano vio encima de la mesita un paquete de pañuelos de papel, sacó uno y se lo dio. A aquellas alturas, con el de Morabito se habría podido fregar el suelo.

—Señor Morabito, pero ¿por qué se pone así? ¡Me sorprende, siendo usted un hombre tan sensato! ¿Tengo yo la culpa? ¿Qué he dicho? Fazio, échame una mano, ¿qué he dicho?

—A lo mejor se ha impresionado porque hablaba usted en dialecto —dijo Fazio con una cara más dura que el cemento.

—No me he dado cuenta; pido disculpas. Algunas veces se me escapa el dialecto.

El hombre seguía llorando. Entonces Montalbano se incorporó para inclinarse hacia él y le gritó:

—¿Cuánto son siete por ocho? ¿Y seis por siete? ¿Y ocho por seis? ¡Conteste ahora mismo, por Dios!

Morabito, pese a estar sumido en el llanto, se llevó tal sorpresa que se giró hacia el comisario.

—¿Ve cómo se ha calmado? Es lo que siempre digo: en los momentos de crisis, basta con repasar las tablas para que todo se arregle. —Montalbano volvió a sentarse con semblante satisfecho—. Oiga, ¿necesita algo?

—Un... un poco de agua.

—Vamos a buscársela —le dijo a Fazio. Y a Morabito—: Venimos enseguida.

Salieron al pasillo.

—Otra sacudida y se derrumba —aseguró Montalbano.

—¿Es él quien ha pegado fuego a la tienda?

—No me cabe la menor duda. Y tiene miedo de que les echen la culpa a los Stellino. Casi me da pena: es como un ratón acosado por dos gatos famélicos: ¡la mafia y la ley!

—Pero ¿por qué iba a hacerlo?

—¿Recuerdas la película que te conté? Para esconder algo que podría tener fatales consecuencias.

—¿O sea?

—¿Y si fuera él quien disparó y mató a la chica?

—Eso también es posible. Pero antes usted ha hablado de un casquillo. ¿Y si Morabito hubiera utilizado un revólver?

—Se lo pregunto enseguida. Ve a buscarle el agua; no le demos tiempo para pensar. Y prepárate para intervenir, porque ahora voy a poner toda la carne en el asador.

Morabito se bebió el vaso de un solo trago; debía de tener la garganta seca y más abrasada que su tienda.

—Tengo una curiosidad: ¿usted dispone de un arma? —preguntó el comisario, volviendo a la carga.

Morabito, que no se esperaba aquel repentino cambio de tema, se sobresaltó. El esfuerzo que hizo para contestar fue evidente. Y Montalbano

comprendió que había elegido el camino adecuado.

—Sí.

—¿Fusil, carabina, pistola, revólver?

—Un revólver.

—¿Declarado?

—Sí.

—¿De qué calibre?

—No lo sé. Pero es grande.

—¿Dónde lo guarda?

—En casa. En el cajón de la mesita de noche.

—Cuando terminemos aquí, vamos a su casa.

—¿Por qué?

—Quiero ver el revólver.

—¿Por qué?

—Perdone, pero debe usted terminar con ese constante por qué y por qué.

El sudor había manchado la pechera de la camisa de Morabito.

—¿Tiene calor? ¿Quiere otro pañuelo?

—Sí.

—¿Ha utilizado recientemente el revólver? —preguntó Fazio, que había comprendido al vuelo la intención del comisario.

—No. ¿Por qué habría tenido que utilizarlo?

—¿Nosotros qué sabemos? Tiene que decirlo usted. Por otra parte, sabremos enseguida si lo ha disparado hace poco o no.

El pañuelito se rompió entre las manos de Morabito.

—¿C... cómo?

—Hay muchos sistemas —respondió Fazio—. Oiga, ¿ha sido víctima de tentativas de robo?

—Pues sí. En la tienda ocurre de vez en cuando que alguien...

—Lo que se llama hurto, no robo.

—No he...

—Me refería a tentativas de robo en su casa.

—No.

—¿Nunca? —terció Montalbano, que se había tomado un descanso.

—¿Suele tener mucho dinero en casa?

—La caja de la jornada, que ingreso en el banco al día siguiente.

—¿Por qué no la ingresa la misma noche en el cajero automático?

—Porque dos comerciantes han sido agredidos cuando iban a ingresar la recaudación.

—O sea, que el dinero de la caja del viernes y el sábado lo ingresa usted en el banco el lunes por la mañana.

—Ss... í.

—Entonces cabe suponer que el sábado por la noche siempre tiene en casa una suma considerable.

—Sí.

—¿Dónde suele guardar el dinero? ¿Tiene caja fuerte?

—No; en un cajón del escritorio que tengo en casa.

—¿Vive solo?

—Sí.

—¿Quién le arregla la casa?

—Pues mire... como viene una empresa de limpieza para el almacén, llegué a un acuerdo con ellos... —El esfuerzo que tuvo que hacer para hablar tanto lo dejó agotado. Empezó a respirar afanosamente, como si le faltara el aire.

—Señor Morabito, veo que está cansado y quisiera terminar. Conteste a mis preguntas simplemente con un sí o un no. ¿Usted descarta que el incendio haya sido doloso?

—Ss... í.

—¿Descarta por tanto cualquier participación de los Stellino?

—Sí.

—Bien. Pues entonces solo me queda una cosa por hacer.

—¿Cuál?

—Convocarlo aquí mañana por la mañana a las nueve.

—¿¿Todavía?! ¿Y para qué?

—Para un careo.

—¿Con quién?

—Con los hermanos Stellino. Esta misma tarde los mando detener.

Gruesas lágrimas empezaron a resbalar por el rostro de Morabito. Le temblaba la papada. El temblor era tan evidente que el hombre parecía

atravesado por una corriente eléctrica.

—Señor Morabito, veo que el incendio lo ha afectado mucho. Y no quiero cansarlo más. Ahora vamos a su casa a ver el revólver.

—¡Pero es que... no... se puede!

—¿Por qué?

—Los bom... bomberos... han...

—No se preocupe; les pediremos autorización. ¿Ha venido con su coche?

—No.

—Pero ¿tiene?

—Sí.

—¿Dónde lo guarda?

—En un ga-ga-garaje que se co-co-comunica con la ti-tienda.

—¿Tiene un maletero grande?

—Bastante.

—¿Podría ser más concreto? Le pondré un ejemplo: ¿dentro cabría un cuerpo?

—Pero ¿qué...?

—No se altere, no hay motivo. Después iremos a echar un vistazo a su coche. Especialmente al maletero. Fazio, antes de que nos vayamos, ¿tienes alguna pregunta?

El comisario rogó a Dios que Fazio hiciera la jugada adecuada.

Y Fazio, que había comprendido que le pasaban el balón, chutó directamente a portería.

—Perdone, ¿usted vende purpurina?

Marcó. Morabito se levantó, dio media vuelta sobre sí mismo y cayó al suelo como un saco vacío. Fazio se inclinó, lo agarró con fuerza y lo sentó de nuevo en la silla, pero el hombre, nada más sentarse, volvió a resbalar. Un muñeco de trapo.

—Déjalo así. Llama a Sanfilippo y que le diga a Di Nardo que venga aquí enseguida. ¡Seguro que este imbécil ha matado a la chica! ¡Lástima!

—¿Lástima por qué?

—Porque ahora la investigación pasará a Di Nardo y de Di Nardo pasará a los de homicidios. Competencia territorial.

—Pues entonces, a partir de este momento ¿ya estamos fuera?

—Por completo. Es más, ¿sabes qué te digo? Que llamo un taxi y me voy a Marinella. Nos vemos mañana por la mañana y me cuentas la continuación.

Pero la continuación ya la sabía sin necesidad de esperar al día siguiente. Se la contó mientras se dirigía en coche a Vigàta.

Un sábado por la noche un ruido despierta a Morabito. Presta atención y cree que ha entrado un ladrón en casa. Abre el cajón de la mesita de noche, coge el revólver y se levanta cautelosamente de la cama. Y ve que el ladrón, que ha entrado por la puerta con una llave falsa o lo que sea, está intentando abrir el cajón del escritorio donde guarda las ganancias de dos días. Pero el caco lo oye acercarse y huye.

Seguro que ha tenido ocasión de estudiar el plano del apartamento y baja por la escalera que lleva a la tienda. A lo mejor, haciendo una inspección previa antes de entrar en la casa, ha visto que la ventana de la sección de pinturas estaba abierta. Llega rápidamente a la sección, se encarama a un banco para alcanzar la ventana, que es muy alta, pero resbala, cae en medio de los saquitos de purpurina, alguno de ellos se rompe, se gira para ver a qué distancia se encuentra Morabito y este le pega un tiro.

Probablemente no quería matarlo, pero el disparo da en el blanco. Sin embargo, el tiro debe de haber desplazado el pasamontañas de lana negra que cubría la cara del ladrón, y Morabito descubre que se trata de una mujer.

Entonces pierde la cabeza.

Es cierto que se las podrá arreglar con la nueva ley acerca de la legítima defensa, pero se pregunta si la ley es igualmente válida en caso de que el ladrón sea una mujer. Y por si fuera poco, una mujer desarmada.

Superado el primer momento de temor, empieza a reflexionar.

Y empieza a vislumbrar una salida. Puesto que nadie lo ha oído disparar, ¿no sería mejor mantenerse al margen del asunto? ¿No comparecer para nada?

Sigue pensando a lo largo de toda la noche y el domingo siguiente. Después toma la decisión que le parece más apropiada.

Desnuda el cadáver, lo lava porque en las partes superiores está manchado de purpurina, y lo introduce desnudo en el maletero de su coche.

No tiene ningún problema porque el garaje se comunica con la tienda y, por consiguiente, nadie puede verlo.

Durante la noche entre el domingo y el lunes se sienta al volante y va a arrojar el cadáver al Sarsetto.

Y adiós muy buenas.

Pero ¿por qué a los pocos días decidió que lo mejor que podía hacer era pegarle fuego a la tienda?

Eso sí tendría que decírselo Fazio al día siguiente.

Montalbano llegó a Marinella de tan mal humor que ni siquiera le apetecía comer.

La conclusión del asunto lo había decepcionado.

Un delito imbécil cometido por un imbécil. Pero, por otra parte, ¿cuántos eran los casos de homicidios inteligentes cometidos por personas a las que la cabeza les funcionaba? En toda su carrera, habría podido contarlos con los dedos de una mano. De acuerdo, pero aquel era más imbécil que el término medio.

Pero Di Nardo o el jefe de la brigada de homicidios, tras demostrar que Morabito había matado a la ladrona, ¿iría más allá? ¿Conseguiría, por lo menos, dar un nombre a la chica asesinada? ¿O bien, tras comprender que aquella investigación no era tan sencilla como parecía, se echaría atrás?

Pero ¿acaso no estaba obligado a comunicar a sus compañeros el punto al que él había llegado en la investigación?

Porque a aquellas alturas no cabía la menor duda de que al menos dos de las chicas rusas que llevaban la mariposa tatuada eran unas ladronas. Y estaba demostrado que tres de ellas habían tenido algo que ver con La Buena Voluntad.

La susodicha asociación tenía la pinta de ser un terreno peligroso, prácticamente un campo minado. ¿Di Nardo, o quienquiera que ocupara su lugar, se vería con ánimos para afrontar el peligro de volar por los aires? ¿Cuántos políticos con poderosas influencias en Roma, todos ellos, de la derecha, el centro o la izquierda, con enchufes clericalescos, entrarían en liza para alinearse en defensa de monseñor Pisicchio y La Buena Voluntad? ¿Y el

ministerio público tendría el valor de asumir sus responsabilidades? ¡Pero si habían bastado cuatro preguntas formuladas al *cavaliere* Piro para que el jefe superior se viera sepultado bajo un alud de llamadas de protesta!

Mejor no echar mano de salidas ingeniosas. Quedarse quieto. Dejarle la iniciativa a Di Nardo. Si los de Jefatura daban señales de vida y pedían informes acerca de la investigación que hasta aquel momento él había llevado a cabo, les diría todo lo que hubiera que decir. «En caso contrario, guarda silencio, Montalbano, y disimula».

Mientras permanecía sentado en la galería fumando y bebiendo *whisky* en una noche que parecía hecha a propósito para disipar los más siniestros pensamientos, notó poco a poco que se evaporaba aquella mezcla de decepción y leve rabia que había nacido en su interior al comprender que la investigación se le había escapado de las manos.

Paciencia, no era la primera vez que ocurría.

Entretanto había un lado positivo, es decir, tenía por delante unos cuantos días sin líos ni problemas. Pues mira, podría aprovecharlos para hacer...

«¿Hacer qué? —le preguntó repentinamente Montalbano primero—. ¿Querías explicarme qué sabes hacer en la vida, aparte de tus intrigas policiacas? Comes, defecas, duermes, lees alguna novela, vas al cine de vez en cuando y listo. No te gusta viajar, no practicas deportes, no tienes ninguna afición y, bien mirado, ni siquiera tienes amigos con quienes pasar unas horas...».

«Pero ¿qué chorradas estás diciendo? —replicó en plan polémico Montalbano segundo—. Hace unos largos de natación que ni un campeón olímpico, ¿y tú vienes a contarme que no practica deportes?».

«Los largos no cuentan. ¡Cuentan los intereses verdaderos y serios, los intereses que dan sentido a la vida de un hombre y la enriquecen!».

«¿Ah, sí? ¡Pues ponme un ejemplo de esos intereses! ¿La jardinería? ¿La filatelia, las discusiones sobre si la Juve se merecía el *scudetto* de campeón de Liga más que el Milán?».

«Pero ¿me dejáis terminar a mí? —intervino Montalbano—. Estaba pensando simplemente que podría aprovechar esos pocos días libres que

tengo por delante para que viniera Livia. Es más, ¿sabéis lo que os digo? Que cojo el teléfono y la llamo ahora mismo».

Se levantó, entró en la casa, agarró el teléfono y marcó el número, pero en cuanto oyó el primer timbrado colgó.

No, pensándolo bien, no estaba totalmente libre.

Aún estaba pendiente la cuestión del secuestro Picarella. Se le había ido completamente de la cabeza. ¿Cómo había terminado? ¿Habría reconocido Picarella la simulación o no? Miró el reloj. Demasiado tarde para llamar a Mimì; igual despertaba al crío y la cosa acababa mal.

Quizá fuera mejor llamar a Livia la noche siguiente, cuando tuviera la seguridad absoluta, o mejor dicho relativa, de que ya no había más incordios a la vista. Y entonces se hizo una solemne promesa: la tarde del día siguiente como máximo demostraría que Picarella había hecho comedia y lo enviaría a la cárcel por simulación de delito. Y a continuación llamaría a Livia. Se fue a la cama y durmió casi seis horas seguidas.

16

Casi seguidas porque tuvo un sueño extraño, después del cual despertó y permaneció un rato en vigilia antes de volver a dormirse.

Estaba con Livia en las Bahamas (sabía que eran las Bahamas pese a estar seguro de no haber estado jamás allí), en una playa llena a rebosar de gente en traje de baño: mujeres maravillosas en *topless* y tanga, adolescentes como el de *Muerte en Venecia*, hombres obesos y barrigudos, gais que se abrazaban, socorristas todo músculo como los de las películas americanas. Hasta Livia iba en traje de baño. En cambio, él no; él iba vestido de punta en blanco, con corbata y todo.

—Pero ¿no podríamos haber ido a una playa menos concurrida?

—Esta es la menos concurrida de la isla. Pero ¿por qué no te quitas la ropa?

—No me he traído el bañador.

—¡Pues aquí venden! ¿Ves allí abajo, aquel avión? Venden de todo, trajes de baño, toallas, gorros...

Había un avión en la playa, con gente alrededor comprando cosas.

—Me he dejado el billeteo en el hotel.

—¡Tú te las inventas todas con tal de no bañarte! ¡Pero ahora vas a ver tú! Y de repente ya no estaban en las Bahamas.

Ahora se encontraban en el cuarto de baño de una casa y Livia era su tía sin dejar de ser Livia.

—¡No, tú no vas al colegio si primero no te quitas la ropa y te bañas!

Él se quitaba la ropa un poco avergonzado y Livia-su-tía le miraba una enorme mancha oscura sobre el corazón.

—¿Y esto qué es?

—No lo sé.

—¿Cómo te lo has hecho?

—Ni idea.

—Lávate, y antes de vestirte llámame para que le eche un vistazo. No salgas de la bañera si la mancha no se ha ido.

Lava que te lava, pásale jabón y restriega con la esponja, pero no había manera: la mancha no se iba. Desesperado, se echaba a llorar.

Abrió los ojos y vio a Adelina con una taza de café de la cual brotaba un aroma delicioso.

—¿*Dutturi*, me he equivocado? A lo mejor quería seguir durmiendo...

—¿Qué hora es?

—Están a punto de dar las nueve.

Montalbano se levantó, se duchó, se vistió y se dirigió a la cocina.

—*Dutturi*, quería decirle que esta mañana temprano me ha llamado el abogado de mi hijo Pasquali porque ayer por la tarde fue a verlo. Me ha dicho que mi hijo le dijo que me diera una dirección que después yo tenía que darle a usía.

Montalbano experimentó un ligero mareo al seguir las curvas de la última frase.

—¿Y cuál es esa dirección?

—Via Palermo dieciséis, de Gallotta.

Era el lugar donde se encontraba Peppi Cannizzaro. El cual estaba claro que se había trasladado de Montelusa a Gallotta. Pero ahora la cosa no tenía importancia, pues la investigación ya no le correspondía a él.

—¿Y cuándo se deciden a concederle el arresto domiciliario?

—Parece que dentro de dos días.

—Dale las gracias por la dirección. Anda, sírreme otra taza de café.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Ayer me pasé todo el día sin verlo!

—¿Me echaste de menos? En los próximos días me verás hasta hartarte.

—¡Yo nunca me hartó de usía, *dottori!*

Una declaración de amor en toda regla. Dicha por otro, habría resultado como mínimo turbadora.

—¿Quién está?

—Están todos, *dottori*.

—Envíame a Augello y Fazio.

Se presentaron conversando animadamente entre sí.

—Felicidades —dijo Mimì—. Fazio me ha contado que la de ayer con Morabito fue una de tus mejores interpretaciones.

—Modestia aparte. Oye, Fazio, no me cuentes nada de lo que ha dicho Morabito. Solo quiero saber una cosa: por qué pegó fuego a la tienda.

—Por culpa de Ragonese.

—¿El periodista de Televigata?

—Sí, señor. Al día siguiente del hallazgo del cadáver, Ragonese, hablando en la televisión del asesinato de la chica sin nombre... él lo llama el asunto, el caso del cadáver sin nombre...

—Parece el título de una película —dijo Mimì.

—De serie B —añadió Montalbano.

—... reveló un detalle conocido a través del doctor Pasquano.

—¿La purpurina?

—No, señor, Pasquano no habló de la purpurina. Dijo que el disparo le había arrancado los dientes superiores a la chica. Por consiguiente, Morabito pensó que los dientes tenían que encontrarse cerca del lugar donde él la había matado. En cuanto cerró la tienda, se pasó la noche buscándolos, pero no los encontró. Al día siguiente debía ir el equipo de la limpieza, pero él, con una excusa, lo impidió. Y continuó buscando infructuosamente. Entonces, cuando ya estaba a punto de volverse loco, se le ocurrió que lo único que podía hacer era prender fuego a la tienda.

—Saldrá bien librado —comentó Montalbano.

—No creo. El ministerio público estaba fuera de sí. Ocultamiento y profanación de cadáver, incendio doloso...

—¿Di Nardo te dijo por casualidad si tenía intención de ponerse en contacto conmigo para saber a qué punto habíamos llegado?

—No. No paraba de elogiarlo a usted ante el ministerio público. Pero dejando eso aparte...

—Bueno. Y tú, Mimì, ¿qué has hecho con Picarella?

—¿Qué querías que hiciera? Ese es un actor más hábil que tú. Me lo encontré tumbado en la cama, con su mujer consolándolo y sujetándole la mano. El doctor Fasulo acababa de visitarlo y lo había encontrado en un grave estado de confusión. De todas maneras, tuve ocasión de hacerle una pregunta: ¿podía enseñarme el pasaporte?

—¡Bravo, Mimì!

—Gracias. Me contestó que se lo habían quedado los secuestradores.

—¡Claro! ¡No podía enseñarte el pasaporte con los visados de Cuba! ¿Has dicho secuestradores?

—Sí. Dice que eran dos, aunque la señora Picarella declare que solo vio a uno.

—¿Hablasteis de la fotografía?

—Claro. Él y su mujer me llenaron de insultos y maldiciones. No dicen que es una falsedad pergeñada por nosotros, pero poco les falta.

—¿O sea, que tú piensas que lo de Picarella va a ser una historia muy larga?

—Pues sí. Picarella se mantendrá en sus trece, más por su mujer que por nosotros. Ten en cuenta que la que tiene dinero es ella; personalmente él anda más bien escaso. Pero en este momento no tenemos gran cosa, excepto una fotografía más que discutible.

—¿Cómo piensas actuar?

—Hoy a las tres de la tarde vuelvo allí con Fazio. Estará también el fiscal para el interrogatorio formal. Y en cuanto a aquellos nombres que me diste...

—¿Los de La Buena Voluntad? Déjalo correr, Mimì, ¿todavía no has comprendido que ya estamos fuera de todo eso? ¿Puedo sugerirte unas cuantas cosas que deberías preguntarle a Picarella delante del fiscal?

—Habla.

—Como es natural, el fiscal tratará de averiguar detalles acerca del secuestro, dónde lo tenían, cómo lo trataron, bobadas de este tipo. Picarella ya se habrá preparado muy bien esas respuestas. Tú, en cambio, tendrías que preguntarle: primero, ¿tiene idea de por qué los secuestradores no presentaron una petición de rescate? Segundo: si el secuestro no se hizo por dinero, ¿qué otra razón pudo haber? Tercero: ¿quién sabía que había retirado una elevada

suma de dinero y que la guardaría en casa una sola noche, precisamente la misma en que lo secuestraron?

—Me parecen tres buenas preguntas.

—¿Cuántos almacenes de madera tiene Picarella? —le preguntó a Fazio.

—Dos.

—Dame las direcciones. ¿Tenemos listas de todos los que trabajan en ellos?

—Sí, señor.

—Tráemelas. Pero antes dime una cosa: en ausencia de Picarella, ¿quién ha estado al frente de los almacenes?

—El contable Crapanzano.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Mimì mientras Fazio iba a buscar las listas.

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿Podrías darme un pequeño anticipo?

—Mimì, Picarella ha tenido uno o dos cómplices, ¿vale? Unos cómplices que se han arriesgado y se arriesgan desde el punto de vista penal. Quiero decir que son cosas que se hacen por amistad o por dinero. ¿Tú y Fazio no me habéis dicho que Picarella no tiene amigos íntimos?

—En efecto, es un lobo solitario. Permanece escondido en su guarida, y cuando sale, se va a cazar mujeres.

—Lo cual significa que la complicidad que necesitaba para el falso secuestro tuvo que pagarla muy cara. Y yo quiero empezar a buscar entre los que trabajan para él.

—Aquí están las listas —dijo Fazio entrando en el despacho.

—Muy bien. Os lo ruego: ningún periodista debe hablar con Picarella. Silencio absoluto con la prensa. Nos vemos al anochecer.

—¿Contable Crapanzano? Soy el comisario Montalbano.

—A su disposición, comisario.

—Señor contable, usted se habrá enterado seguramente de la feliz conclusión del secuestro del señor Picarella, por lo que jamás terminaremos de dar gracias al Señor.

—¡Cómo no! ¡Cómo no! ¡Hasta hemos brindado! Y estamos pensando en celebrar una misa de acción de gracias.

—¡Muy bien! Entonces digamos que si se han terminado sus males, ahora los males empezarán para otros.

—¿Para quiénes? —preguntó perplejo el otro.

—Pues para quienes lo secuestraron, ¿no? No nos hemos movido antes porque temíamos poner en peligro al señor Picarella, pero ahora ya tenemos las manos libres.

Mentira solemne pero plausible.

—¿Y yo en qué puedo serle útil?

—Señor contable, aparte de usted, ¿cuántas personas trabajan en el almacén de via Bellini?

—Cinco. Un empleado y cuatro mozos de almacén.

—¿Y en el almacén de via Matteotti?

—Allí también son cinco.

—Bien. —Eché un vistazo a las listas de Fazio. Coincidían—. Quisiera ver dentro de una hora como máximo a todos los empleados reunidos en su almacén.

—¡Pero entonces ya será casi la una! ¡La hora del cierre para el almuerzo!

—Precisamente. Ustedes vuelven a abrir a las cuatro, ¿no? A mí me basta una hora escasa. No los obligaré a saltarse el almuerzo. Pero de esta manera no habrán de tener los almacenes cerrados fuera del horario.

—Bueno, siendo así...

Las listas elaboradas por Fazio eran minuciosas: no se limitaban a nombre, dirección y teléfono, sino que, respecto a cada empleado, había especificado si estaban casados, qué vicios tenían, qué antecedentes penales...

«Si Fazio —pensó el comisario—, en lugar de siciliano, hubiera sido ruso, habría hecho carrera en la época del KGB». Quizá hasta llegar a primer ministro, tal como solía ocurrir por aquellos lugares en la época de la democracia.

Cuando llegó, ya estaban todos en el almacén.

El sexagenario contable Crapanzano le presentó al otro contable, un treintañero que se llamaba Filippo Strano, responsable del almacén de via Matteotti, y a la señorita Ernestina Pica, cincuentona y también contable. Había solo cuatro sillas, en las que tomaron asiento el comisario y los tres empleados.

Los mozos de almacén, en cambio, se sentaron encima de dos mesas de madera adosadas a otras mesas. Crapanzano los presentó a todos, de izquierda a derecha.

Montalbano tomó la palabra:

—Seguramente el señor Crapanzano ya les habrá dicho quién soy y por qué quería verlos. No queremos perder ni un minuto más en la caza de los peligrosísimos delincuentes que secuestraron al señor Picarella. Les pido disculpas por haberlos obligado a quedarse aquí durante la pausa del almuerzo. Pero creo que ustedes comprenderán que las verdaderas investigaciones empiezan ahora. El pobre señor Picarella ha podido decirnos muy poco hasta ahora, dadas las preocupantes condiciones en que se encuentra.

—¿Se encuentra mal? —se atrevió a preguntar Crapanzano.

Montalbano protagonizó una preciosa escena mímica. Abrió los brazos, elevó los ojos al cielo y movió repetidamente la cabeza.

—Muy mal. Apenas puede hablar.

—¡Pobrecito! —exclamó la contable Pica enjugándose una lágrima.

—Y está así —continuó Montalbano— porque ha sido duramente golpeado, día y noche, a lo largo de todo el secuestro. Eso nos ha dicho. Puntapiés, puñetazos, bastonazos. Malos tratos y humillaciones de toda clase. Y sin ningún motivo.

—¡Pobrecito, pobrecito! —repitió la contable.

—Sus carceleros han sido despiadados. Ese comportamiento agrava su situación. Creo que el ministerio público quiere calificarlo de intento de homicidio. ¡Y nosotros seremos inexorables con sus carceleros!

¿Sería posible que fuera tan fácil? Acababa de aludir a los malos tratos sufridos por Picarella, inventados justo en ese momento, cuando el tercer mozo de almacén empezando por la izquierda, el cuarentón Salvatore

Spallitta que antes había puesto una cara absolutamente sorprendida, ahora parecía bastante asustado.

Consultó una de las listas que llevaba en la mano. Spallitta trabajaba en el almacén de via Matteotti y Fazio lo había calificado de drogodependiente y camello ocasional.

Puesto que estaba ofreciendo una representación improvisada, Montalbano decidió seguir por ese camino.

—Pero hay algo más. Les ruego que me escuchen con atención. Para la puesta en libertad del señor Picarella no se ha exigido ningún rescate. Entonces, ¿por qué lo secuestraron? La respuesta a esta pregunta es muy sencilla: para mantenerlo alejado algún tiempo de su lugar de trabajo. ¿Y a qué se debía esa necesidad? Al hecho de que en esos días, en uno de sus almacenes o en los dos, iba a ocurrir algo a sus espaldas, algo que él habría podido advertir de haber estado presente.

—Pero... ¡aquí estos días no ha ocurrido nada! —dijo Crapanzano.

Montalbano rezó al Señor para que hubiera sucedido cualquier cosa en el otro almacén. Y miró a Filippo Strano.

—En nuestro almacén tampoco. Aparte de un gran cargamento de madera...

—¿De qué procedencia?

—Ucrania.

Montalbano soltó una carcajada sardónica. Le salió muy bien.

—¿Y eso dice usted que no es nada?

—Pero, perdone, ¿por qué?

—¡Yo sé bien por qué!

Preocupado, Strano se calló.

—¿La madera se encuentra todavía en el almacén?

—No. Era un encargo y ya la hemos...

—No han perdido el tiempo, ¿eh?

Strano miró a Crapanzano como pidiéndole ayuda.

—Pero ¿se puede saber por qué era tan importante esa madera? —preguntó Crapanzano, olvidándose del italiano y hablando con un acusado acento siciliano.

—Porque algunos tablones estaban huecos y contenían droga —disparó el comisario.

Fue como si a todos los reunidos les hubiera dado un ataque repentino. Sobre todo le dio de lleno a Spallitta, quien se quedó más pálido que un muerto.

—Es una suposición de la brigada antidroga, que conste. La cual no suele hablar a tontas y a locas.

En el almacén se hizo un silencio tan profundo como en el interior de un ataúd.

—No quiero robarles más tiempo. A partir de mañana por la mañana, serán ustedes convocados uno a uno. Practicaremos interrogatorios muy largos y minuciosos. También estarán presentes los de la brigada antidroga. En cualquier caso, he querido verlos por eso: si a alguno de ustedes se le ocurre algo, puede llamarme. Les doy las gracias.

Se levantó y se fue, dejándolos a todos pasmados.

En la *trattoria* de Enzo comió con tanto apetito como si llevara un retraso de varios años. Después, para aprovechar el día, dio su habitual paseo hasta el faro.

—¿Qué tiempo nos viene? —le preguntó al pescador.

—Bueno.

Se sentó en la roca aplanada. Pero no le apetecía pensar en nada; se sentía vacío por dentro. Se pasó media hora tocándole los cojones a un cangrejo que intentaba subir a la roca. En cuanto ganaba cinco centímetros, lo obligaba a regresar al punto de partida empujándolo hacia atrás con una varilla.

«¡Míralo! —dijo Montalbano primero—. Pero ¿no te da vergüenza? ¿Ves a qué estado has quedado reducido? ¡A jugar con un cangrejo!».

«¿Quieres dejarlo en paz? —terció Montalbano segundo—. ¿Acaso está prohibido pasar el rato como a uno le dé la gana? Esta mañana ha hecho su trabajo, ¿sí o no?».

«¡Menudo esfuerzo! ¡Se ha desriñonado!».

Como castigo, pues en el fondo Montalbano primero tenía razón, nada más llegar a su despacho se puso a firmar la montaña de documentos que había encima del escritorio.

Sonó el teléfono poco después de las seis.

—*Dottori*, está aquí el señor Mallita.

—Pregúntale cómo se llama.

—*Dottori*, ahora mismo li he dicho cómo se llama.

—Tú pregúntaselo.

Lo oyó soltar maldiciones.

—Me he equivocado, *dottori*. Spalitta se llama.

Le faltaba una ele, pero se podía conformar; la perfección no es de este mundo.

—Pásame la llamada.

—No puedo porque ya está aquí.

—Bueno, pues hazlo pasar.

Tuvo la absoluta certeza de que esa misma noche podría llamar a Livia. Había cumplido la solemne promesa.

Spallitta parecía víctima de un ataque de fiebre terciana.

—¿Tiene algo que decirme?

—Sí, señor. Puesto que he tenido alguna pequeña condena por cuestiones de droga, temo verme mezclado con eso.

—¿Con qué, perdone?

—Con el asunto de los tablones llenos de droga. Se lo juro: ¡yo nada sabía y nada sé!

—Bueno, si usted tiene la conciencia tranquila, ¿qué teme?

—Pero es que...

—No tiene la conciencia tranquila, ¿verdad?

Spallitta inclinó la cabeza y no dijo nada.

—¿Cuánto le pagó Picarella para que lo ayudara en el falso secuestro?

—Quinientos euros. ¡Pero se lo juro, me presentó la cosa como una broma! Necesitaba desaparecer porque le había prometido a una puta que la llevaría una semana a Cuba. ¿Por qué cuenta ahora esa mentira de los golpes? Yo lo traté siempre como él quería, lo tuve escondido unos días en casa de mi

hermano, en el campo, pero a diario le llevaba comida, cigarrillos, periódicos... ¡Y ahora quiere arruinarme ese grandísimo cabrón!

Llamaron a la puerta y entró Augello. Vio que el comisario estaba ocupado e hizo ademán de retirarse.

—No, no, Mimì; pasa. Vienes como anillo al dedo. Siéntate. ¿Qué tal ha ido el interrogatorio?

Augello vaciló un instante dada la presencia del desconocido. Después decidió contestar sin dar nombres.

—No ha ido mal. Creo que, como máximo, en dos días lo suelta todo.

—Yo creo que antes. Si todavía no has tenido ocasión de conocerlo, te presento al señor Spallitta. Él es quien ayudó a Picarella a montar su secuestro. Podéis seguir hablando aquí. —Se levantó.

—¿Y tú adónde vas? —preguntó Mimì un poco extrañado.

—A Marinella. Tengo que hacer una llamada importante. Nos vemos mañana.

—¿Cómo estás?

—Un poco mejor, ¿y tú?

—Bastante bien, gracias.

—¿Qué tiempo tenéis por ahí?

—Bueno. ¿Y vosotros?

—Inestable.

Pero ¿dos personas pueden pasar años y años de vida en común y acabar hablándose como dos extrañas? ¿No habría sido mejor emprenderla a palabrotas o intercambiar insultos? ¿Propinarse empujones y soltarse un guantazo?

Montalbano experimentó una rabia contenida contra la situación en que se encontraban Livia y él. A aquellas alturas, si la culpa había sido suya o de Livia ya no tenía la menor importancia; ahora lo importante era hablar mirándose largo rato a los ojos, aclararlo todo y salir como fuera de las arenas movedizas en que se estaban hundiendo lentamente.

—¿Sigues teniendo la misma idea?

—¿Cuál?

—La de venir aquí si...

—Pues claro.

—Entonces te digo que he conseguido disponer de tres o cuatro días absolutamente libres.

—Muy bien.

¿Y nada más? ¿Nada de oh, qué bonito, qué alegría? ¡Qué poco entusiasmo! ¿No había cumplido él su palabra? «Te llamaré en cuanto tenga unos días libres», le había prometido. Había corrido a toda prisa a Marinella para darle la noticia, ¿y así se lo agradecía?

—O sea que cuando tú quieras...

—Por mí, incluso mañana —se apresuró ella a contestar.

Lo cual significaba que tenía la maleta preparada y había pasado el mayor tiempo posible en casa a la espera de esa llamada. Y también significaba que no se trataba de escaso entusiasmo, tal como él había pensado, sino de que Livia vigilaba cuidadosamente cada palabra que decía por temor a revelar la intensidad de sus sentimientos.

—Muy bien, pues voy a recogerte a Punta Raisi.

—Déjalo.

—Pero ¿por qué?

—Porque podrías tener algún contratiempo inesperado. Y yo no resistiría esperarte en vano. Por mi propia tranquilidad, prefiero coger el autobús.

—Livia, ¡pero si te he dicho que estoy completamente libre!

—¿Qué te cuesta dejar que yo...?

—¡Pero si ya te he dicho que no hay ningún problema! Anda, ¿a qué hora tienes previsto llegar?

—Con el habitual vuelo del mediodía.

—A mediodía estoy allí.

—Oye, no te enfades, pero...

—Pero ¿qué?

—Preferiría que no nos quedáramos en Marinella.

—¿No quieres pasar aquí estos días?

—No.

Montalbano se sintió un poco ofendido. ¿Qué daño le había hecho Marinella a Livia para que ahora no le pareciera bien?

—¿Por qué? ¿Alguna vez no te has encontrado a gusto aquí?

—Precisamente por eso.

—No lo entiendo.

—Siempre me he encontrado muy bien ahí. Demasiado quizá.

—¿Pues entonces?

—Intuyo que Marinella influiría en mis decisiones y acabaría por condicionarme.

—¿Y a mí no me condiciona?

—Relativamente, porque es tu casa.

—Entiendo; quieres jugar la partida en territorio neutral.

En el silencio de Livia comprendió el esfuerzo que ella estaba haciendo para no darle la respuesta que se merecía.

—Perdóname, he dicho una tontería. Vamos a hacer una cosa. Una vez en Punta Raisi, decidimos juntos adónde ir y vamos sin necesidad de pasar por aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Montalbano colgó, pero se quedó un buen rato al lado del teléfono, pensando en las palabras de Livia.

¡Conque la casa la habría condicionado! Pero ¿qué bobadas decía? ¡Cuatro paredes no condicionan nada! Son unas paredes como otras y nada más. Las casas buenas o malas que provocan la felicidad o la desgracia de quienes viven en ellas solo existen en las películas americanas. Pensándolo bien, ni siquiera los muebles consiguen condicionar. Siempre y cuando uno no quiera participar en el condicionamiento.

Hablando claro: a no ser que uno no quiera ser condicionado a sabiendas. Entonces basta cualquier cosa, por ejemplo, esa estatuilla que Livia compró en Fiacca...

La tomó en sus manos.

Medía unos quince centímetros de altura y representaba a un muchacho con el alegre rostro de un pilluelo que llevaba un cesto de peces a la espalda. No era una obra de arte, pero tenía su gracia. Livia la había comprado precisamente por la expresión de la cara, viva, abierta e inteligente. Y de pronto Montalbano recordó lo que ella le había susurrado al oído en el momento de regalársela:

—Si algún día tenemos un hijo, lo querría así.

Pero ¿cuántos años habían pasado desde entonces? ¿Diez? ¿Quince? Y mientras lo invadía un repentino arrebato de emoción, comprendió que Livia tenía razón.

«No la casa en sí misma, sino todo lo que hemos acumulado en ella de recuerdos, memorias, tristezas y alegrías, esperanzas y decepciones, risas y lágrimas, ¡eso sí que condiciona!».

Fue a dejar la figurita en su sitio, pero le resbaló de la mano y cayó al suelo. Se agachó a recogerla soltando maldiciones.

Solo la cabeza se había separado limpiamente del cuerpo; lo demás no había sufrido el menor daño. Intentó recomponerla: encajaba a la perfección, no se había perdido ni un solo trocito.

Entonces se puso a buscar el pegamento universal, lo encontró, se sentó y, con mucho cuidado, pegó la cabeza al cuerpo. Se mostró complacido, pues la unión le había quedado impecable pese a no ser habilidoso en las manualidades. Dejó la estatuilla en la mesita y se levantó para ir a preparar la maleta.

Con Livia estaría fuera por lo menos cuatro días. Pero en cuanto bajó la maleta de encima del armario y la abrió, le entró el mal humor y se le pasaron las ganas.

Al día siguiente por la mañana tendría todo el tiempo que quisiera para hacerla.

Decidió quedarse en la galería hasta que le entrara el sueño.

Por la mañana despertó más tarde que de costumbre, pasadas las ocho; se ve que su cerebro y su cuerpo ya se sentían de vacaciones. Se dio una ducha muy larga y, tras afeitarse, cogió la maquinilla, el jabón, el peine y los demás artículos de aseo, los guardó en un elegante neceser negro que le había regalado Livia y fue a dejarlo en la maleta. Después abrió el armario y empezó a elegir camisas. A las nueve la maleta ya estaba lista; la cerró, la llevó al coche y la introdujo en el portamaletas.

¿Debería pasar por la comisaría? ¿O bien subía al coche sin decirle nada a nadie y, en todo caso, llamaba desde fuera?

Quizá fuese mejor telefonar para avisar que se iba.

Y entonces, mientras cogía el auricular, vio la estatuilla. La tomó en la mano y la miró.

La cabeza encajaba perfectamente; alrededor del cuello discurría una línea tan fina como un cabello que revelaba de manera inequívoca la rotura y la subsiguiente compostura.

Sí, vista de lejos, la figurita parecía entera y perfecta, pero vista de cerca...

«Paciencia —se dijo, depositándola en el mismo sitio de antes—. Lo importante es haberla salvado, no haber tenido que tirarla a la basura».

Levantó el auricular y oyó hablar a alguien. ¿Una interferencia? Pero enseguida reconoció la voz de Catarella.

—¿Diga? ¿Diga? ¿Quién está al teléfono?

—Soy Montalbano, Catarè.

—Pero ¿usía me ha llamado a mí?

—No, Catarè; estaba a punto de llamarte, pero tú ya estabas en línea.

—¿Y cómo es que yo he contestado sin la llamada de usía?

—No es que me hayas contestado, se ve que tú me estabas llamando y... Oye, dejémoslo. Llamo para decirte que no iré al despacho porque me marchó un...

—¡No puede irse de ninguna manera, *dottori*!

—¿Por qué?

—Pues porque han matado a uno.

Fue como un puñetazo en pleno rostro.

—¿Dónde?

—Precisamente a la entrada del pueblo por la carretera de Montelusa.

Esperaba que la cosa hubiera ocurrido fuera de la jurisdicción de la comisaría. Pero no; tendrían que encargarse ellos.

—¿Sabes cómo se llama la víctima?

—Fazio me lo ha dicho, pero ahora no me sale... Espere... ¿Cómo se llama eso que se necesita para escribir?

Pero ¿sería posible que Catarè se pusiera a hacer concursos en aquel momento?

—Pluma.

—No, señor.

—¿Bolígrafo? ¿Han matado a alguien que se llama Bolígrafo?

—No, señor *dottori*, no lleva tinta.

—¿Lapicero?

—¡Bravo, *dottori*!

—Oye, pero ¿no está el *dottor* Augello?

—No, señor *dottori*; el *dottor* Augello no está porque esta noche han tenido que llevarlo al hospital.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué le ha pasado?

—A él personalmente en persona nada, *dottori*. Pero tuvieron que llevar al chiquillo. Al hospital piriátrico lo llevó.

Montalbano se lo jugó a pares y nones. Si salía enseguida de casa, podría dedicar media hora a ayudar a Fazio y después podría irse a Punta Raisi. Sí, media hora bastaría. No conocía a nadie que se llamara Lapicero y jamás lo había oído nombrar. Puede que fuera un ajuste de cuentas entre pequeños camellos. Podía dejar el asunto en manos de Fazio, sobre todo cuando, más tarde o más temprano, Augello regresaría del hospital y se encargaría de todo.

—Dime dónde está Fazio.

Catarella se lo dijo.

Cuando llegó al lugar, tuvo que abrirse paso entre fotógrafos, periodistas y cámaras que tapaban un Panda que se había estrellado contra un árbol al borde de la carretera. Gallo dirigía el tráfico que iba o venía a Montelusa. Galluzzo trataba de mantener apartados a los curiosos que se detenían y bajaban a ver qué había ocurrido. Fazio estaba hablando con el cuñado de Galluzzo, que era periodista de Telegigata. Montalbano consiguió llegar a la altura del Panda y vio que estaba vacío. Miró con más atención. Manchas de sangre en el salpicadero y en el reposacabezas del conductor.

Fazio, que lo había visto llegar, se le acercó.

—¿Dónde está el muerto?

—*Dottore*, no está muerto. Pero no creo que pueda salvarse. Se lo han llevado al hospital de Montelusa, pero ni siquiera sé si ha llegado vivo.

—¿Eres tú quien ha pedido la ambulancia?

—¿Yo? ¡Pero qué dice! Nosotros hemos llegado cuando las cosas ya estaban hechas. Cuando han abierto fuego, había mucho tráfico, un jaleo tremendo. Dos o tres coches se han detenido, uno ha llamado al ciento dieciocho, otros nos han llamado a nosotros...

—¿Alguien ha visto algo?

—Sí, señor. Un testigo ocular. Le he pedido que me describiera lo que ha visto, he anotado su nombre, apellido y dirección y lo he dejado irse.

—¿Qué te ha dicho?

—Que vio cómo una motocicleta de gran cilindrada se acercaba al Panda, después que el coche derrapaba y que el motociclista se daba a la fuga.

—¿No le vio la cara?

—Llevaba un casco integral.

—¿La matrícula, para lo que sirve?

—No la anotó.

—Oye, Fazio, he de decirte una cosa. Cuando Catarella me llamó, yo estaba a punto de marcharme fuera unos tres o cuatro días. Puesto que creo que tú y Augello podéis arregláros las muy bien...

Fazio lo miró extrañado.

—Pero, *dottore*...

—Mira, Fazio, necesito realmente estar fuera unos tres días. Total, creo que lo de este Lapicero...

—¿Lapicero?

—¿Por qué? ¿No se llama así?

—No, señor: es uno que usía quería conocer. Se llama Lapis, Tommaso Lapis. Es el de La Buena Voluntad, ¿recuerda?

Y en aquel momento llegaron todos, la Científica, el ministerio público y el doctor Pasquano, que se puso a soltar maldiciones como un loco en cuanto vio que lo habían llamado en vano.

Montalbano se vio perdido. Ya eran las diez y media.

Si salía enseguida, circulando a toda velocidad tal como él no sabía hacer, puede que llegara al mediodía a Punta Raisi. Lo mejor era avisar a Livia de que llegaría con retraso. Le pidió el móvil a Fazio y llamó.

«El número marcado...».

Ya. A aquella hora Livia estaría en el aeropuerto a punto de embarcar. O puede que ya estuviera en el aire.

¿Qué hacer? ¿Enviar un vehículo de servicio, pagando la gasolina de su propio bolsillo? Pero seguramente Livia se las arreglaría. Habían acordado hacer otra cosa, irse de Punta Raisi a algún lugar elegido sobre la marcha. No; enviar un coche pondría en peligro la situación.

Estaba claro que no tendría más remedio que esperar al mediodía. En cuanto llegara, Livia encendería el móvil y así podrían ponerse de acuerdo.

—Fazio, me parece que aquí lo único que estamos haciendo es perder el tiempo.

—A mí también me lo parece.

—Llama al hospital y que te digan cómo se encuentra Lapis.

—*Dottore*, no me lo dirán por respeto a la privacidad.

—Vamos con mi coche.

En el hospital consiguieron hablar con un médico amigo.

—No creemos que pueda superarlo.

—¿Cuántos disparos?

—Solo uno, pero suficiente. Ha sido un arma de gran calibre. El disparo, efectuado a través de la ventanilla abierta, entró por la mandíbula izquierda, le arrancó media cara y salió un poco por encima del ojo derecho.

Entonces Montalbano hizo una pregunta que sorprendió al médico:

—¿Le arrancó también los dientes superiores?

—Sí. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. O sea que usted dice que...

—Cuestión de horas.

—Y ahora, ¿adónde vamos?

—A Vigàta, a la comisaría.

Volvieron a subir al coche y se fueron.

—¿Por qué le ha preguntado lo de los dientes? —dijo Fazio—. ¿Cree que puede haber alguna relación con el homicidio de la chica tatuada?

—Puesto que eres tan listo haciendo preguntas, procura serlo también en darte respuestas.

—¿A qué viene, *dottore*, ese mal humor? Yo comprendo que el contratiempo dificulta su marcha y lo pone nervioso, pero las cosas han ocurrido así, ¿qué le vamos a hacer? ¡Es de nuestra competencia!

—¡Vuelve atrás enseguida!

—¿Al hospital?

—No, a Jefatura. —A lo mejor, la solución del problema estaba en la palabra que acababa de pronunciar Fazio: competencia.

Al llegar al aparcamiento de Jefatura, le dijo a Fazio que lo esperara en el coche y entró corriendo en la antesala de Bonetti-Alderighi. Donde, tal como era inevitable, tropezó con el *dottor* Lattes, que al verlo fue a su encuentro con los brazos abiertos. Pero ¿cómo? Ahora que no investigaba a La Buena Voluntad, ¿ya no era el réprobo, el excomulgado?

—¡Mi queridísimo amigo!

—La familia bien, gracias a la Virgen. Oiga, quisiera hablar con el jefe superior. Es muy urgente.

Lattes lo miró con expresión desolada.

—¡Pero si está en Roma! ¿No lo sabía?

—No. ¿Cuándo regresa?

—Pasado mañana.

—Adiós.

—¡Saludos a su familia!

Salió soltando maldiciones. Su intención era remarcarle al jefe superior la estrecha relación entre el intento de homicidio de Lapis y la muerte de la chica tatuada. Por lo cual, él, Montalbano, se vería obligado a abrir de nuevo las investigaciones acerca de La Buena Voluntad. ¿Qué pensaba el señor jefe superior? Seguramente Bonetti-Alderighi, aterrizado ante la idea de que Montalbano volviera a moverse entre monseñores y almas piadosas con toda la gracia de un elefante, le pasaría la investigación, «por cuestión de competencia», a Di Nardo o la persona que lo sustituyese. Y él, Montalbano, podría irse a donde quisiera.

Pero las cosas habían salido de otra manera, por desgracia.

—¿Y ahora adónde vamos?

—A la comisaría.

Al ver que estaba más furioso que antes, Fazio no se atrevió a abrir la boca. Habían recorrido en silencio unos tres kilómetros cuando el comisario dijo:

—Volvamos atrás.

—¿Atrás? —repitió Fazio entre aturdido y enojado.

—Atrás, atrás. ¡Total, el coche es mío y la gasolina la pago yo!

—¿Vamos a Jefatura?

—No. A Retelibera.

Entró con tanta furia que la chica de recepción se pegó un susto.

—¡Por Dios, *dottor* Montalbano! Me ha dado...

—¿Está Zito?

—Está en su despacho.

Montalbano empujó la puerta con tal fuerza que esta golpeó contra la pared y el periodista dio un brinco en la silla.

—Pero ¿qué pasa? ¿El sistema Catarella ha sido adoptado por toda vuestra comisaría?

—Perdóname, Nicolò, pero es que tengo mucha prisa. ¿Te has enterado del intento de homicidio de un tal Lapis?

—Sí, he dado la noticia hace media hora.

—¿Sabes quién era?

—¿Era?

—Sí, vengo del hospital. Le quedan pocas horas de vida. Bueno, ¿quién era?

—Una buena persona. Cuarenta años, soltero. Hasta el año pasado tenía un comercio de tejidos. Después le fueron mal los negocios y tuvo que cerrar. Es un homicidio inexplicable. A lo mejor, una terrible confusión con otro.

—¿Inexplicable?

A Zito le brillaron los ojos mientras se repantigaba en su asiento.

—¿Para ti no es inexplicable?

—Se podría explicar.

—¿Cómo?

—¿Conoces La Buena Voluntad, la asociación fundada por monseñor Pisicchio?

—No... o quizá sí... he oído hablar vagamente de ella. Se encarga de la reinserción de chicas que...

—Exactamente. ¿Sabes que Tommaso Lapis era el que convencía a las chicas de que abandonaran la vida que llevaban y pasaran a la custodia de la asociación de monseñor Pisicchio?

—No lo sabía. ¿Tú crees que por eso algún chulo...?

—Espera. ¿Sabes que la chica de la mariposa tatuada, la que mató Morabito, se encontraba bajo la protección de La Buena Voluntad?

—¡Coño!

—Pues sí. Nicolò, tendrías que empezar enseguida a armar un escándalo, un follón impresionante sobre esa conexión. En La Buena Voluntad todo es un chanchullo tremendo. A alguien como tú le basta medio día para comprender cuál es la situación. Pero tendrías que empezar a armar jaleo ahora mismo.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, tengo mucha prisa, Nicolò. Es más, ¿qué hora es?

—Las doce y diez.

¡Virgen santa, ya iba con retraso!

—¿Me permites hacer una llamada?

—Pues claro.

«El número marcado no...».

18

Encontraron a Mimì Augello esperándolos a la entrada de la comisaría; tenía la cara de alguien que no ha pegado ojo en toda la noche.

—¿Cómo está el crío?

—Ahora mejor.

—Pero ¿qué tenía?

—Una tontería magnificada por Beba.

—Vamos a mi despacho.

—Ah. Quería deciros que acaban de llamar del hospital: Lapis ha muerto.

—Bueno pues... —empezó Montalbano nada más sentarse—. Tenemos que recuperar el asunto de La Buena Voluntad. Os había pedido que me facilitarais la mayor cantidad de información posible acerca de...

—Guglielmo Piro, Michela Zicari, Anna Degregorio, Gerlando Cugno y Stefania Rizzo —enumeró Fazio de memoria—. Estaba también Tommaso Lapis, pero hemos de tacharlo de la lista por fuerza mayor.

—Ahora ya no tenemos tiempo que perder con los datos. Debemos pasar a los hechos. Quiero verlos uno por uno a partir de ya mismo. El primero de la lista ha de ser el querido *cavaliere* Guglielmo Piro.

—Un momento —dijo Mimì—. ¿No tendríamos que informar al ministerio público?

—Tendríamos, pero no lo haremos.

—¿Por qué?

—Porque en un noventa y nueve por ciento, Tommaseo encontrará una serie de pegas para hacernos perder el tiempo.

—Pues perdámoslo. Lo esencial es que no nos bloquee.

—Mimì, en primer lugar, tengo mucha prisa. Y en segundo, mucho me temo que alguno de sus jefes obligue a Tommaseo a bloquearnos.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—Cosas mías.

Mimì se levantó, hizo una reverencia y volvió a sentarse.

—Ante una explicación tan exhaustiva de tus motivos —dijo—, me considero plenamente satisfecho. O sea, ¿que tú crees en la existencia de una relación entre el homicidio de Lapis y el de la chica tatuada?

—Me parece evidente.

—¿Y de dónde sale esa evidencia?

—Del hecho de que el disparo que mató a Lapis siguió exactamente la misma trayectoria que el que mató a la chica.

—Habrá sido una casualidad.

—No, Mimì; es un mensaje. Muy claro para quien quiera leerlo. Para quien no quiera leerlo es solo una casualidad, tal como dices.

—¿Y qué dice el mensaje?

—«He matado a este hombre de la misma manera en que él hizo que mataran a aquella chica».

—Pero quizá...

—Mimì, me estás haciendo perder demasiado tiempo. Ánimo, Fazio, ponte en marcha. Y por favor, Mimì, échale tú también una mano.

Ya eran las dos. Intentó llamar a Livia de nuevo. Nada, la habitual grabación de una voz femenina. Sonó el teléfono. ¿A que era ella? Estaba dispuesto a pedirle perdón, poniéndose incluso de rodillas en presencia de toda la comisaría.

—¡Ah, *dottori!* Hay uno que dice que se llama Dona Antonio y que quiere hablar con usía personalmente en persona.

Jamás en su vida había conocido a ningún Antonio Dona. Pero ordenó que se lo pasaran.

—Soy don Antonio, ¿me recuerda?

¡Vaya si lo recordaba! ¡El cura boxeador!

—Dígame.

—Voy hacia su despacho con Katia.

—¿Dónde se encuentra en este momento?

—He recorrido tres cuartas partes del camino.

Pero si Katia acudía a la comisaría, igual se tropezaba con alguien de La Buena Voluntad.

—Oiga, padre, ¿usted conoce Marinella?

—Pues claro.

—Quizá será mejor que nos reunamos allí. Hay un bar donde a esta hora no habrá nadie. Lo verá enseguida; tiene un rótulo de gran tamaño.

Catarella lo vio pasar por delante como un rayo.

Katia Lissenko era una chica preciosa. Las formas de su compacto cuerpo impecablemente diseñado casi estallaban a pesar de estar escondidas en el interior de unos anchos vaqueros y un grueso jersey deformado. Se comprendía que el pobre Graceffa hubiera perdido la cabeza.

—Katia ha decidido hablar con usted nada más enterarse de que habían disparado a Tommaso Lapis. Y por el camino hemos sabido que ha muerto —empezó don Antonio.

—Una advertencia —dijo Montalbano—. Usted, Katia, ¿desea que esta reunión se mantenga en privado o está dispuesta a declarar ante un tribunal?

Katia intercambió una mirada con don Antonio.

—Estoy dispuesta a declarar.

—Pero hasta que llegue el momento —terció el sacerdote—, es mejor que se quede con nosotros. Katia ha conocido a un buen chico que la hospeda en su casa. Se quieren. Comisario, yo no me fío de lo que pueda ocurrir.

—Tiene toda la razón. Pues entonces, Katia, ¿empiezo con las preguntas?

—Sí.

—¿Por qué la mariposa tatuada?

—En Chelkovo, la agencia a la que me dirigí para emigrar tenía esa costumbre. Puesto que nos íbamos en pequeños grupos, en general de cuatro o cinco chicas, a cada grupo le hacían un tatuaje distinto.

—Una especie de marcado.

El bello rostro de Katia se entristeció.

—Sí. Como a las bestias. Nosotras, para ellos, éramos como bestias de carga. Y necesitábamos trabajo para ayudar a nuestras familias, que lo habían

vendido todo. Habíamos pasado momentos terribles en Rusia. Nos hacían aprender un poco de baile y nos enviaban a clubes nocturnos italianos. Nuestro grupo era de cuatro, como las alas de la mariposa tatuada.

—¿Cuánto ganaban por término medio en los clubes nocturnos?

—Lo que ganábamos era para saldar la deuda con la agencia de Chelkovo, que en Italia se encargaba de facilitarnos también un apartamento en común. Para ganar el dinero suficiente para poder enviar algo a casa, teníamos que irnos con los clientes después del cierre del local. —Se ruborizó.

—Comprendo. ¿Dónde conoció a Tommaso Lapis?

—En un club nocturno de Palermo. Antes habíamos estado en Viareggio, Grosseto y Salerno. Lapis habló sobre todo con Sonia. Varias veces. Hasta que un día que estábamos todas en casa, Sonia nos dijo que Lapis le había propuesto trasladarnos a todas a Montelusa, donde una organización benéfica se haría cargo de nosotras y nos encontraría trabajo como cuidadoras, empleadas del hogar y mujeres de la limpieza.

—¿Y quién saldaría la deuda con la agencia?

—Lapis nos dijo que no nos preocupáramos, que él lo arreglaría con la participación de sus amigos.

Mafiosos, evidentemente.

—El caso es —prosiguió Katia— que nuestras familias en Rusia no sufrieron represalias. Porque con eso nos amenazaban siempre los de la agencia: si una de vosotras se escapa, la que lo pagará será su familia.

—En resumen, aceptaron la propuesta de Lapis.

—Sí. Pero Lapis quiso que nos presentáramos en La Buena Voluntad diciendo que habíamos ido allí voluntariamente, no por consejo suyo. Y nos ordenó que no acudiéramos todas juntas.

Estaba claro: Lapis no quería aparecer personalmente como inspirador y organizador del grupo.

—¿Por qué, a su llegada, tanto usted como Irina estaban tan aterrorizadas?

—¿Nosotras?! —dijo Katia perpleja.

Por lo visto, había sido una nota de color añadida por el *cavaliere* Piro.

—¿Después de ustedes dos llegó Sonia?

—Sí.

—¿Por casualidad la cuarta del grupo era Zin?

—Zinaida Gregorenko. Sí.

—¿Por qué ella no fue a La Buena Voluntad?

Katia lo miró sorprendida.

—¿Cómo que no! ¡Fue la cuarta en llegar!

Pero el *cavaliere* Piro no se lo había dicho. Lo cual significaba que el *cavaliere* estaba metido en el asunto hasta el cuello.

—¿Y después qué ocurrió?

—Ocurrió que al día siguiente, cuando todas estábamos juntas, Lapis nos llamó aparte y nos dijo lo que tenía pensado. En las casas adonde íbamos a trabajar, debíamos tener los ojos muy abiertos y comprobar si había joyas o dinero. Después, en el momento oportuno, robarlo todo y desaparecer. A continuación, él se encargaría de cambiarnos de pueblo y de colocar las cosas. A la que cometía el robo, le tocaba la cuarta parte de las ganancias.

—¿Aceptaron?

—Sonia enseguida. Pero creo que ya se había puesto de acuerdo con él antes de irse del club nocturno. Después dijeron que sí Irina y Zin. Yo también acepté.

—¿Por qué?

—¿Adónde podía ir sin las otras? Era importante estar juntas. Pero me prometí escapar a la primera ocasión. Lo hice y jamás robé nada. Después Zin también lo dejó, pero por otros motivos.

—¿Cuáles?

—Se enamoró y se fue a vivir con su novio.

—¿Y Lapis cómo se lo tomó?

—Mal. Pero no pudo hacer nada. Porque el hombre que estaba con Zin, un peligroso delincuente, amenazó con contárselo todo a la policía.

—Cuando en la televisión hablaron de la chica encontrada en el vertedero, ¿comprendió usted enseguida que se trataba de Sonia?

Katia puso unos ojos como platos.

—¿Sonia?!

—¿No es ella?

—No; ¡es Zin la asesinada!

Esa vez el turno de abrir los ojos le tocó a Montalbano.

—Pero ¿Zin no estaba ya fuera?

—Lo estaba. Pero necesitaba dinero para pagar al abogado de su novio, que había ido a parar a la cárcel. Y Lapis lo aprovechó para convencerla de que regresara con él. Hizo que la contratara una empresa de limpieza. Zin recibió el encargo de limpiar también el apartamento del comerciante y entonces se dio cuenta de que en la casa, sobre todo el sábado por la noche, había mucho dinero. Pero Zin puso una condición: que después de aquel trabajo, Lapis desapareciera. Pero en cambio...

Dos gruesas lágrimas se le escaparon de los ojos. Don Antonio le puso la mano en el hombro un momento.

—Pero ¿usted cómo se las ha arreglado para saber todo eso?

—De vez en cuando llamo a Sonia.

—Perdone, pero Sonia podría descubrir la procedencia de la llamada.

—Para hablar con ella utilizo siempre teléfonos públicos.

De momento, no tenía más preguntas. Lo que había averiguado bastaba y sobraba.

—Oiga, señorita, le estoy inmensamente agradecido por lo que me ha dicho. Si la necesitara todavía como...

—Llámeme a mí —dijo don Antonio—. Y permítame una petición.

—Dígame.

—Envíe también a la cárcel a esos canallas de La Buena Voluntad. Ensucian con sus actos el trabajo limpio de miles de honrados voluntarios.

—Es lo que intentaré hacer —contestó el comisario levantándose.

Katia y don Antonio también se levantaron.

—Te deseo una vida tranquila y feliz —le dijo Montalbano a Katia. Y la abrazó.

Pero antes de salir del bar, llamó a Livia desde el teléfono del local. Nada.

Catarella volvió a verlo pasar como el consabido rayo.

—Ah, *dott...*

—¡No estoy, no estoy!

Ni siquiera se sentó a su escritorio. De pie, llamó de nuevo a Livia. La misma respuesta grabada. Llegó a la conclusión de que Livia, después de esperarlo en vano, habría regresado a Boccadasse. Desconsolada, tal vez desesperada. ¿Qué noche pasaría sola en Boccadasse? Pero ¿qué hombre de mierda era Salvo Montalbano, que la dejaba de aquella manera? Entonces buscó una hoja en un cajón, la cogió, tomó el teléfono directo y marcó un número.

—¿Comisaría de Punta Raisi? ¿Está el *dottor* Capuano? ¿Me lo pasa? Soy el comisario Montalbano.

—¿Qué hay, Salvo?

—Capuà, tienes que encontrarme una plaza para el vuelo de las siete de esta tarde a Génova. También tienes que sacarme el billete.

—Espera.

Tabla del seis. Seis maldiciones. Tabla del siete. Siete maldiciones. Tabla del ocho. Ocho maldiciones.

—¿Montalbano? Hay plaza. Te mando sacar el billete.

—Decir que eres un ángel es poco, Capuà.

En cuanto colgó, entraron Fazio y Augello respirando afanosamente.

—Catarella nos ha dicho que habías regresado y entonces... —empezó Mimì.

—¿Qué hora es? —lo interrumpió Montalbano.

—Casi las cuatro.

Tenía una hora escasa a su disposición.

—Los hemos convocado a todos —dijo Fazio—. Guglielmo Piro estará aquí sobre las cinco en punto y después vendrán los demás.

—Ahora escuchadme bien, porque en cuanto termine de hablar, la investigación pasará a vuestras manos. A las tuyas, Mimì, y las de Fazio.

—¿Y tú qué haces?

—Yo desaparezco, Mimì. Y que no se os ocurra tocarme los cojones buscándome, porque, aunque consiguierais encontrarme, no hablaré con vosotros. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Y Montalbano les contó lo que le había dicho Katia.

—Es evidente —concluyó— que el *cavaliere* Piro estaba conchabado con Lapis. Y también es evidente que Lapis ha sido asesinado por venganza. Había obligado a Zin a volver a robar, pero entonces Morabito dispara contra la chica. Y el amante de Zin, que al parecer estaba locamente enamorado de ella, mata a su vez de un disparo a Lapis.

—No será fácil descubrir el nombre del asesino —repuso Augello.

—Te lo digo yo, Mimì. Se llama Peppi Cannizzaro. Con antecedentes penales.

Fazio y Augello lo miraron estupefactos.

—Sí, pero... será difícil encontrarlo.

—Hasta te doy la dirección, Mimì: via Palermo dieciséis, de Gallotta. ¿Quieres que te diga también qué número calza?

—¡Pues no! —saltó—. Tienes que decirnos cómo has hecho para...

—Cosas mías.

Mimì se levantó, hizo una reverencia y volvió a sentarse.

—Sus explicaciones nunca dejan espacio para la duda, maestro.

Sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Ah, *dottori, dottori!*

La cosa era grave.

—¿Qué ocurre, Catarè?

—¡Tilifonió el señor jefe superior! Desde Roma tilifonió.

—¿Y por qué no me lo has pasado?

—Porque a mí solo me dijo que le dijera a usía que quiere encontrarlo de manera absolutamente absoluta a las cinco y cuarto en punto que él vuelve a llamar desde Roma.

—En cuanto llame, me lo pasas. —Miró a Fazio y Augello—. Era el jefe superior desde Roma. Volverá a llamar a las cinco y cuarto.

—¿Qué quiere? —preguntó Mimì.

—Nos rogará que manejemos el asunto con mucha prudencia. Es una cuestión explosiva. Oye, Fazio, ¿está Gallo?

—Está aquí.

—Dile que llene el depósito de un coche de servicio. La gasolina la pago yo. Y que se mantenga preparado.

Fazio se levantó y salió.

—No me convence —dijo Mimì.

—¿Qué?

—La llamada del jefe superior. Ese nos lo quita de las manos.

—Mimì, si eso ocurre, ¿qué le vamos a hacer?

Augello lanzó un profundo suspiro.

—Hay veces en que me gustaría ser don Quijote.

—Hay una diferencia sustancial, Mimì. Don Quijote creía que los molinos de viento eran monstruos, mientras que estos son monstruos de verdad y se hacen pasar por molinos de viento.

Regresó Fazio.

—Todo arreglado.

No les apetecía hablar. A las cinco Catarella anunció por teléfono que había llegado el señor Giro.

—Debe de ser Piro —dijo Fazio—. ¿Qué hago?

—Hazlo pasar al despacho de Mimì. Y haz esperar a ese desvergonzado.

A las cinco y cuarto sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori, dottori!*

—Pásamelo —dijo Montalbano poniendo el altavoz—. Buenos días, señor jef...

—¿Montalbano? Escúcheme con atención y no conteste. Estoy en Roma con el subsecretario y no tengo tiempo que perder. Me han informado de lo que está ocurriendo por ahí. Entre otras cosas, usted ni siquiera ha advertido al *dottor* Tommaseo de la precipitada convocatoria del dirigente de La Buena Voluntad. A partir de este preciso instante, la investigación pasa al jefe de la brigada móvil *dottor* Filiberto. ¿Está claro? Usted ya no debe encargarse de este caso. De ninguna manera y en ninguna forma. ¿Entendido? Adiós.

—Tal como queríamos demostrar —comentó Augello.

Sonó el otro teléfono.

—¿Quién puede ser? —se preguntó el comisario.

—El Papa, que te excomulga —dijo Mimì.

El comisario levantó el auricular.

—¿Sí? —respondió en tono circunspecto.

—¿Montalbano? Todavía no hemos tenido ocasión de conocernos; soy Emanuele Filiberto, el nuevo jefe de la brigada móvil. ¿A qué fase había llegado tu investigación?

—A la fase que tú quieras.

—¿O sea?

—Por ejemplo, ¿quieres que te diga que conozco el nombre y apellido de la chica asesinada?

—¿Por qué no?

—¿Quieres que te diga que Tommaso Lapis era el jefe de una banda de ladronas?

—¿Por qué no?

—¿Quieres que te diga el nombre del asesino de Lapis?

—¿Por qué no?

—¿Quieres que te hable de las conexiones entre Lapis y una organización benéfica llamada La Buena Voluntad, que tiene unos protectores situados muy pero que muy arriba? ¿O bien me callo y ya no te digo nada más?

—¿Por qué me ofreces callar en el momento más interesante?

—Porque hace poco me ha llamado el jefe superior desde Roma.

—A mí también.

—¿Qué te ha dicho?

—Que actúe con prudencia.

—¿Y nada más?

—Nada más. La relación con la organización benéfica me interesa de una manera muy especial. Ya no podemos tomárnoslo a la ligera. ¿Has oído Retelibera?

—No. ¿Qué ha hecho?

—Está armando un escándalo a este respecto, acerca de los líos de ese tal Piro. En dos horas ya ha sacado en antena dos ediciones especiales.

—Pues entonces, ahora mismo va a tu despacho mi subcomisario, el *dottor* Augello, que lo sabe todo.

—Lo espero.

Montalbano colgó y miró a Fazio y Mimì, que lo habían oído todo.

—A lo mejor, puede que todavía haya un juez en Berlín —dijo levantándose—. Mimì, llévate contigo al *cavaliere* Piro. Una muestra de

amistad a Filiberto. Adiós, muchachos. Nos vemos dentro de unos días.

Gallo lo esperaba en el pasillo.

—¿Podrás llegar a Punta Raisi en cuestión de una hora?

—Poniendo la sirena, sí, señor.

Fue peor que en Indianápolis. Gallo tardó cincuenta y ocho minutos y catorce segundos.

—¿No llevas equipaje? —le preguntó Capuano.

Montalbano se dio un fuerte manotazo en la frente. Había olvidado la maleta en su coche.

En cuanto estuvo en el aire, le entró un voraz apetito.

—¿Hay algo para comer? —suplicó.

La azafata le llevó un paquete de galletas. Se las arregló con eso.

Y después empezó a repasar las palabras que diría para lograr el perdón de Livia. La tercera vez que las repitió, le parecieron tan convincentes, tan conmovedoras, que poco faltó para que le asomaran las lágrimas a los ojos.

Pegó la oreja a la puerta del apartamento de Livia mientras el corazón le latía tan ruidosamente como para despertar a toda la casa. Pom-pom, pom-pom, pom-pom. Se notaba la boca seca; tal vez como consecuencia de la emoción, tal vez como consecuencia de las galletas. No se oía nada al otro lado de la puerta. La televisión no estaba encendida, silencio absoluto. A lo mejor Livia ya se había ido a dormir, cansada y enfurecida por el viaje en vano. Entonces pulsó el timbre con un dedo que le temblaba levemente. Nada. Volvió a pulsar. Nada.

Desde el primer año juntos, ambos se habían intercambiado las llaves de sus domicilios respectivos y las llevaban siempre consigo.

La sacó, abrió y entró.

Y enseguida comprendió que Livia no estaba, que después de la salida matutina ya no había regresado a su apartamento. Lo primero que vio fue el

móvil encima de la mesita del recibidor. Lo había olvidado, por eso no contestaba a sus llamadas.

¿Y ahora? ¿Adónde se había ido? ¿Cómo hacía para encontrarla? ¿Por dónde empezaba la búsqueda? Se entristeció; el cansancio lo asaltó de golpe e hizo que las piernas se le ablandaran tanto como si fueran de requesón. Se dirigió al dormitorio y se tumbó. Cerró los ojos. E inmediatamente volvió a abrirlos porque el teléfono de la mesilla empezó a sonar.

—¿Diga?

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Había adivinado que eras tan estúpido y tan imbécil que te irías a Boccadasse!

Era Livia, furiosísima.

—¡Livia! ¡No sabes lo que te he buscado! ¡Casi me he vuelto loco! ¿Desde dónde llamas? ¿Dónde estás?

—Al ver que no llegabas, cogí el autocar. ¿Dónde quieres que esté? ¡En Marinella! ¿Ves cómo por empeñarte en hacerlo todo a tu manera acabas armando un follón que...?

—Oye, Livia, si tú no te hubieras olvidado el móvil aquí, yo...

Y volvieron a enzarzarse en una de aquellas preciosas peleas de antaño.

Nota

Esta es una novela imaginaria. Quiero decir que los personajes, sus nombres y las situaciones en que se encuentran no guardan la menor relación con personas reales. Sin embargo, no cabe duda de que la novela nace de una realidad muy concreta. Por consiguiente, puede ocurrir que alguien crea reconocerse en un personaje o una situación, pero puedo asegurar que se trata de una desgraciada y absolutamente involuntaria coincidencia.

Deseo dar las gracias a Maurizio Assalto por haberme enviado un artículo periodístico y a la amiga Larissa por algunos de sus relatos.

A. C.

Notas del editor digital

[1] Una traducción quizás más correcta de *rilanciare* (*Nel gioco del poker, aumentare la posta stabilita dal giocatore precedente*) sería «subir la apuesta». <<

[2] Giorgio Morandi (Bologna, 1890-1964), pintor italiano. Parte esencial de su iconografía son los utensilios de la vida diaria: vasos, botellas, etc. Dichos objetos, colocados sobre una mesa, se convertían en los máximos protagonistas de sus cuadros. <<

[3] Fausto Calogero Pirandello (1899-1975), pintor italiano, hijo del premio Nobel Luigi Pirandello, perteneciente al movimiento Scuola Romana. Su estilo se encuadra entre el cubismo y el tonalismo, y próximo al neorrealista y al expresionismo. <<

[4] Marco Atilio Régulo (Marcus Atilius Regulus; c. 307 a. C.-250 a. C.) fue un general romano de origen plebeyo, cónsul en dos ocasiones: 267 a. C. y 256 a. C., famoso por su actuación y muerte durante la primera guerra púnica. Cayó prisionero de los cartagineses y se dijo que fue sometido a las más atroces torturas hasta su muerte, convirtiéndose en prototipo de la resistencia heroica y ejemplo para posteriores generaciones de romanos. <<

Última revisión por UMDN: 14 de julio de 2023

